



EL CICLO

A. R. KNIGHT

EL CICLO
LA TRILOGÍA RIVEN
LIBRO DOS

A.R. KNIGHT



ÍNDICE

1. [Dinámicas Familiares](#)
2. [Nuevos Juguetes, Viejas Preguntas](#)
3. [Guía Por La Ciudad](#)
4. [Un Viaje Extraño](#)
5. [Los Bosques Salvajes](#)
6. [El Cebo](#)
7. [El Maestro](#)
8. [Sobras](#)
9. [Malas Noticias](#)
10. [Un Largo Paseo Hacia El Oeste](#)
11. [Fuego Amigo](#)
12. [El Lado Equivocado](#)
13. [Fuera De La Ley En La Ciudad](#)
14. [No Puedes Volver A Casa](#)
15. [Acuerdos En Medio Del Desastre](#)
16. [Inmolación](#)
17. [Salvado Por Un Espía](#)
18. [Aislados](#)
19. [A Las Vías](#)
20. [Donde Caminan Los Espíritus](#)
21. [La Gran Cacería](#)
22. [Trabajo Para Dos](#)
23. [Reensamblaje](#)
24. [Trabajo Policial](#)
25. [Esposado](#)
26. [Operación Simple](#)
27. [Sal De La Ciudad](#)
28. [Vida De Lujo](#)
29. [Hacia La Montaña](#)
30. [Los Antiguos](#)
31. [Duelos](#)
32. [Probabilidades Siniestras](#)
33. [Una Despedida Forzada](#)
34. [Fallos Y Fracasos](#)
35. [Descubierto](#)
36. [Acción De Emergencia](#)
37. [Derribarlo](#)
38. [A Pie](#)
39. [Una Rebanada De Vida](#)
40. [A Dónde Ir](#)
41. [Las Palabras De Una Madre](#)
42. [Aliados De Nuevo](#)
43. [Suspensión De La Ejecución](#)
44. [Aspirantes A Rescatistas](#)

45. [Ahogados En Humo](#)
46. [Hacia El Este](#)
47. [Gran Manzana, Poca Oportunidad](#)
48. [Una Tarifa](#)
49. [Primeros Cruces](#)
50. [Di Adiós](#)
51. [Hablando Y Rastreando](#)
52. [El Ataque](#)
53. [Forzado A Cruzar](#)
54. [Los Campos](#)
55. [Un Alma Antigua](#)
56. [Un Nuevo Vínculo](#)
57. [Un Regreso](#)
58. [Armados Y Reunidos](#)
59. [La Venganza Según Lo Planeado](#)
60. [De Cerca Y Cortante](#)
61. [Última Mirada](#)
62. [Nueva Vida](#)
63. [Mantén El Hilo](#)
64. [Invadido](#)

[Sobre El Autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Sin título](#)

DINÁMICAS FAMILIARES



Selena acuchilló al hombre muerto con su cuchilla. El espíritu era joven, vestido con harapos de hospital, y feroz. Llamas azules brotaban de los bordes del arma de Selena y se enroscaban alrededor del cuerpo gruñón del espíritu. Sus ojos se vidriaron hasta convertirse en nada.

Mi látigo se lanzó hacia adelante y atrapó el brazo extendido de otro espíritu que intentaba alcanzar el cuello de Selena. Las manos nudosas traicionaban la propia mente del espíritu, su percepción de sí misma al cruzar a Riven como una anciana. También vestía una bata de hospital. Como todos los espíritus en el patio, cerca del gran palacio donde Alec y yo habíamos luchado contra un espectro no hacía muchas noches.

—Detrás —dije, y Selena giró, agachándose con su cuchilla mientras yo sujetaba al espíritu. Selena hizo contacto y el espíritu aulló su rabia antes de que el fuego pálido lo consumiera.

—No puedes olvidar eso —dije—. Tu espalda siempre es vulnerable.

—No cuando estás cerca —dijo Selena, dedicándome una sonrisa rápida. No había mucho tiempo para hablar. Más espíritus salían de la brecha, un pozo brillante en las losas frente a nosotros que, como un estanque reflejando el cielo, mostraba una sala de hospital al otro lado.

Una unidad de contención que albergaba a tantos moribundos por la enfermedad. La llamaban gripe, y estaba destrozando el mundo. Destrozaría este también si no cerrábamos las brechas lo suficientemente rápido. A mi derecha, un par de espíritus trabajaban juntos para aniquilar a sus hermanos.

Graham, que parecía un charlatán de feria desproporcionado y blandía un martillo con pinchos, apartaba a los espíritus furiosos con largos balanceos. Eso daba espacio para que Katherine trabajara, sus bastones con ganchos cortando y propulsándola de un espíritu a otro, envolviendo a cada uno en llamas azules mientras se movía.

—Casi está listo —dijo Anna a mi izquierda. Sostenía una tableta con un zafiro azul en el centro. Un dispositivo siglos más antiguo que yo, producto de una creación desconocida que había pasado de guía en guía y ahora se encontraba en manos de una ex ladrona.

—Voy —dije, agarrando mi gran ballesta de su funda en mi espalda. Con Selena proporcionando cobertura, accioné la palanca en el lado izquierdo de la culata para cargar los pernos teñidos de azul, y luego giré la manivela derecha. Coloqué uno, apunté y disparé a un espíritu justo cuando se volvía hacia nosotros, sus ojos inundados con el mismo brillo azul que nuestro fuego calmante. El perno golpeó al espíritu en el pecho y el fuego estalló, igualando sus ojos. Pero cuando el fuego terminó de arrastrarse por su cuerpo, los ojos del espíritu quedaron

vacíos, en blanco. Listo para El Ciclo.

Disparé de nuevo, y una tercera vez. Cada perno domó a un espíritu con fuego azul. Cada uno nos compró un poco de tiempo. Nos acercó un paso más.

—Está listo —dijo Anna—. Voy a por ello.

Empujé la palanca de la ballesta, cambiando a los pernos normales de metal duro. Seguí a Anna mientras corría hacia el centro de la brecha brillante y disparé a cualquier espíritu que se acercara. Cada perno se estrellaba y apartaba un par de manos extendidas, ojos salvajes y locos, y dientes rechinantes.

—¡Retroceded! —grité a Graham y Katherine. Selenia también captó las palabras, corrió detrás de mí y siguió adelante. Tenían que salir del alcance.

Anna llegó al centro de la brecha y presionó el zafiro. Se hundió en la tableta, líneas azules brillantes disparándose en todas direcciones, tentáculos alcanzando los bordes del portal brillante. Atravesaron a cualquier espíritu, envolviéndolos en ese mismo resplandor azul. Los furiosos con batas de hospital se convirtieron en simples cuerpos, de pie sin un pensamiento en sus cabezas. Otros tentáculos agarraron los bordes y los cerraron, encogiéndose el portal contra las losas hasta que, segundos después, no quedó nada más que la dura roca gris del patio bajo nuestros pies. Otra brecha cerrada.

—Se hace más fácil cada vez —dijo Selenia mientras volvía a mi lado.

—Estos espíritus estaban enfermos —respondí—. Pacientes que no eran fuertes. Algunas brechas son más difíciles que otras.

—Oh, vamos —dijo Selenia—. ¿Al menos puedes decir que hice un buen trabajo?

—Estás mejorando. Aún tienes que vigilar tu espalda. Si yo no hubiera estado allí, te habrían atrapado.

—¿A quién le importa? —dijo Selenia—. Ya estoy muerta.

Negué con la cabeza. No tenía una buena respuesta para eso. Aunque Selenia fuera un espíritu y no pudiera morir de nuevo, no significaba que no pudiera resultar herida. No significaba que no pudiera acabar rota y débil, esperando recuperarse. —Aunque eso sea cierto, apuesto a que a Nicholas no le gustaría reparar todas tus cosas.

—Vive para eso —dijo Selenia.

Esa arrogancia. Esa era nueva. Un beneficio inesperado de traer a Selenia a las partes más peligrosas de esta vida. Había querido añadir aventura a sus interminables días en Riven y se había adaptado como una rata a una alcantarilla. No pude contener una risa.

—¿Es eso suficiente para tu cuota? —preguntó Graham—. ¿O Piotr ha aumentado el número otra vez?

—Seguimos en una brecha. —Lo cual era una cantidad ridícula. Nunca antes habíamos tenido la expectativa de cerrar una brecha cada noche en Riven. Normalmente, era un número fijo de espíritus. Tres, cuatro, tal vez incluso cinco que teníamos que encontrar y reducir a maniqués andantes dirigiéndose al Ciclo. Ese lugar lejano donde Riven purificaba a los muertos.

—No está mejorando —dijo Katherine, paseando lentamente la mirada por el patio—. Cada vez que deambulamos, hay más. Y más guías con ellos.

—Piotr ha estado reclutando —dijo—. No hay forma de saber cuándo terminará la guerra. Estamos tomando a todos los que podemos.

—Excepto a algunas personas. —Anna me entregó la tableta y la guardé en mi cinturón.

—Estoy trabajando en ello —dijo—. Los infiltrados no se hacen ningún favor.

—No todo el mundo puede permitirse ser noble y justo todo el tiempo. Algunos necesitamos que nos paguen para sobrevivir.

—Los guías siempre fueron demasiado estirados —dijo Graham—. Todo pompa. Todo fanfarronería.

—Ya basta —dijo Katherine—. Los amabas tanto como yo. Además, si no hubieras sido guía, no me habrías conocido.

—Y entonces yo no existiría —dijo—. Vamos, regresemos al apartamento. Ya casi es hora de cruzar de vuelta.

NUEVOS JUGUETES, VIEJAS PREGUNTAS



En los pocos meses desde que habíamos liberado a Graham, había habido un objetivo para el apartamento: expandirse. La rutina habitual era despejar una brecha y alcanzar mi cuota, y luego volver a este lugar y limpiar el siguiente piso. Poner puertas nuevas.

Recolectar materiales y trabajar con Nicholas para preparar el nuevo espacio habitable.

El científico chiflado ahora tenía el laboratorio de la planta baja que quería. Cuando regresábamos, Nicholas se oía desde una manzana de distancia, zumbando con sus máquinas. Cómo el hombre lograba crear hornos funcionales, generadores y otros milagros de las ruinas desoladas de Riven me asombraba. Pero bueno, por eso lo até en primer lugar.

El segundo y tercer piso pertenecían a Graham y Katherine, con Selena tomando el último para ella misma. El edificio alto y delgado ahora se parecía a una residencia real. Hicimos muebles, despojamos la tela que pudimos encontrar en otros lugares para armar sábanas e incluso una semblanza de alfombra. Todo el ejercicio era para hacer que los espíritus se sintieran más como los humanos que alguna vez fueron.

—¿Te gusta? —preguntó Nicholas cuando entramos. Señaló una pared lejana en la que había tallado un mapa de la ciudad. Ganchos, pequeñas púas, estaban clavados en casi cada pulgada. En algunos de esos ganchos colgaban puntos azules brillantes—. Cada uno es una brecha. Las piedras funcionan como tus resonadores. Las brechas emiten una cierta firma. Una longitud de onda que puedo captar con estos pequeños artefactos.

El científico sostuvo lo que parecían ser un par de cuentas fusionadas con un cable que las rodeaba. Junto al mapa, Nicholas mantenía un barril de metal doblado lleno de estas cosas, con una tapa gruesa encima. Nicholas nos llevó hacia él, continuando su explicación—. Dejo uno fuera, y cuando capta una señal, porque cada brecha es ligeramente diferente, el cable vibra y las cuentas brillan en azul. Luego mido la frecuencia para determinar la distancia, y eso me dice aproximadamente dónde está. —Uno de los puntos en el mapa se desvaneció—. Y eso me dice cuándo se ha sellado una brecha. Genial, ¿verdad?

—No dejas de asombrarme —dije.

—¿Entonces esto nos dice a dónde deberíamos ir? —preguntó Anna—. ¿O dónde es más probable que estén otros guías?

Nicholas la miró por un momento. Luego tarareó, tocándose los labios—. Supongo que no he pensado en eso. Quizás eso sea lo siguiente. Encontrar una manera de rastrear a dónde van los guías.

—Ahora, si pudieras hacer eso —dije—, entonces tú y los demás estarían a salvo.

—Los guías estarían a salvo, quieres decir —dijo Graham. El espíritu no se equivocaba. Ese martillo con pinchos suyo probablemente podría encargarse de la mayoría de los guías que teníamos. Con Katherine a su lado, compadecería a cualquier pobre guía que intentara domarlos.

—De todos modos —dijo Katherine—. Es mejor si nos evitamos mutuamente.

—Me encanta, Nicholas —dijo Anna y el científico le sonrió radiante—. Sigue así. Y, hablando de guías, es hora de que me vaya.

—Anna —dije—. Pasa por lo de Ezra por la mañana. Tengo algo para ti.

Anna asintió. Su salida nos impulsó al resto a hacer lo mismo. Fui con Selena al cuarto piso, el superior. Me pareció gracioso cómo habíamos llenado el apartamento con muebles. Cosas absolutamente sin sentido para un espíritu en Riven. Selena no necesitaba dormir. No necesitaba comer. Nunca, salvo por lesiones, se cansaba. Sin día que oscurecer ni noche que iluminar en el perpetuo tono gris monótono de este mundo.

Cuando entrabas a su lugar, parecía, se sentía, como un hogar en un mundo que no necesitaba ninguno.

—¿La llevas a lo de Ezra? —dijo Selena tan pronto como cerramos la puerta detrás de nosotros.

—Ella aún no lo sabe —dije—, pero Piotr aprobó la solicitud. Va a ser iniciada como guía.

—Ya lo es, más o menos, ¿no?

—Si los guías la atrapan en Riven con un arma que pudiera domar, probablemente intentarían cegarla.

—A veces me pregunto si eso sería tan malo —dijo Selena—. ¿Nunca tener que volver a este lugar?

Seguí a Selena a través de la sala de estar, de vuelta a la normalidad después de que Nicholas se mudó abajo. Selena cubrió las paredes con sus dibujos en blanco y negro, en su mayoría paisajes urbanos que Selena podía ver desde el balcón. Hacia donde íbamos ahora.

A lo lejos, sobre los techos grises de los edificios, ocasionalmente volaban por el aire duchas de chispas de colores. Guías comunicando sus posiciones entre sí. Riven se veía igual que siempre. Lleno de edificios sin un patrón arquitectónico real. Algunos con la piedra puntiaguda y específica de siglos atrás, mientras que otros tenían las paredes lisas y el diseño de varios pisos de ciudades más modernas. Aunque nadie podía recordar haber visto nunca un edificio surgir en Riven, la variedad me hacía difícil aceptar que todo hubiera sido creado de una vez. Una certeza, sin embargo; Riven se estaba desmoronando.

Caminar por las calles era un recorrido por el desastre. Algunos edificios se desmoronaban por completo, otros solo en pedazos. Un piso colapsado aquí, una pared derribada allá. La decadencia continuaba extendiéndose por Riven. En parte debido a los combates; las interminables oleadas de espíritus furiosos destrozando cosas en su furia hasta que un guía los ponía a descansar. En parte debido al misterioso y gradual declive de este lugar. Un mundo moribundo.

Miré hacia el cielo gris, una niebla permanente que atenuaba la luz blanca de arriba. Copos de ceniza se filtraban a nuestro alrededor; una presencia constante flotando en una brisa que venía de ninguna parte. Como nieve que nunca se derretía, que no era fría.

—Es un regalo —dije—. Todos los demás tienen que dormir. Tienen que soñar. Yo puedo pasar estas horas aquí contigo.

—A veces eres tan cursi, Carver —dijo Selena, pero noté su sonrisa—. Ahora es mucho mejor que antes. Gracias por llevarme contigo.

—Te estás volviendo buena con esa cosa —asentí hacia la cuchilla de carnicero asegurada en

una funda en su cinturón. Las chaquetas que llevábamos, largos abrigos que nos proporcionaban protección, no siempre eran las más fáciles para pelear. Eran pesadas. Las mangas largas y la tela suelta podían estorbar. Pero Selena aprendía rápido y nos acompañaba en todas nuestras incursiones.

No estaba seguro si era reconfortante o no que mi novia fuera una experta asesina con una cuchilla de carnicero, pero tenía sentido que hubiera aprendido a usar el arma que la mató.

—Quiero ir contigo —dijo Selena—. Cuando vayas tras él.

—Ni siquiera sabemos dónde está. Quién es —dije—. Solo lo he oído llamar "el Maestro".

—Encontramos a tu madre —dijo Selena—. También podemos encontrarlo a él.

—Siempre y cuando él no nos encuentre primero —dije.

—Si lo hace, estaremos listos —respondió Selena con toda la confianza de alguien que no podía morir.

GUÍA POR LA CIUDAD



Me desperté sobresaltado en Chicago. Me quedaba dormido en mi cama en la torre del reloj de Riven, la base desde la que operaban nuestros guías de Chicago, y despertaba en un mundo lleno de color. Con máquinas zumbando y, fuera de la ventana, enjambres de zepelines a la deriva. La guerra ardía en el extranjero, y las industrias de Chicago cambiaban para satisfacer las necesidades del país.

Eché un vistazo a la creciente pila de correo debajo de mi tubo de vacío. Un embudo que succionaba las cartas desde la calle y las disparaba hacia mi apartamento. El periódico más reciente estaba en la parte superior. Encima del pliegue había un artículo de mi reportero más apreciado y menos querido, un tipo llamado Opperman.

—¿Muerte por enfermedad o por guerra? —rezaba el titular. Leí el artículo por encima, haciendo una mueca ante la interminable hipérbole que empleaba Opperman. Cada batalla era una gloriosa victoria o una derrota horrorosa. Cada muerte multiplicada por mil en su costo para la humanidad. Cada brote de resfriado, la próxima fatalidad que asolaría la tierra.

Antes me reía de artículos como estos. La ridícula noción de que yo vivía en el mundo descrito en estas páginas. Ya no. Los artículos no eran pura exageración. No eran desmentidos por los hechos en juego. Opperman había encontrado finalmente un mundo que le convenía. Uno que traía más desastres cada día.

Me puse la máscara, una pieza negra y dorada que ocultaba mi rostro, que combinada con mi abrigo anunciaba al mundo lo que era. Un guía. Una especie especial de criatura, digna tanto de respeto como de temor. Prueba viviente de un lugar que nadie quería conocer.

Lo cual me daba mucho espacio en las calles abarrotadas, e incluso me ganaba un saludo mecánico de deferencia de un piloto que pasaba en su mecha. Esas cosas gigantes de dos patas, de veinte pies de altura, estaban por todas partes estos días. Sus dobles chimeneas se alzaban sobre los cañones metálicos de sus armas, escupiendo negro caliente al aire. Pisoteando alrededor y asegurándose de que su terrible amenaza trajera paz a las calles.

En cuanto a épocas, había habido mejores.

Las multitudes llenaban el tren hacia el centro, como siempre. La vida seguía su curso, y así las multitudes de hombres de negocios, científicos y todos los que los apoyaban continuaban haciendo sus viajes a sus respectivas partes de la ciudad. Trajes, abrigos manchados de hollín y mecánicos con monos grasientos: todas las clases se unían en un movimiento común.

Yo siempre tenía mi propio asiento. Mi propio espacio. Al principio me molestaba el miedo que se apoderaba de los ojos de todos cuando me veían, esa mirada nerviosa que ensombrecía

sus miradas. Un recordatorio de una pesadilla en la que nunca quisieron creer. Ahora disfrutaba estirando las piernas.

Ezra's definía lo *clásico*. Un elemento fijo que se daba a conocer a cualquiera que pasara. Las letras doradas en el exterior, y ese profundo barniz carmesí que decía que una visita a este bar tenía el potencial de cambiar tu vida. Al menos durante una copa o dos.

Para mí, a las 8:30 de la mañana, el café sería esa bebida. Me deslicé por la puerta y me quedé un minuto en el área de purificación. El aire sucio, esa mugre mohosa de Chicago, se filtraba mientras entraba el dulce aire purificado. Me quité la máscara, su respirador ya no era necesario, y entré en mi lugar favorito de la ciudad.

—Estás aquí. Empezaba a tener mis dudas —me dijo Alec cuando entré. Estaba sentado en nuestra mesa habitual, un círculo lo suficientemente grande para sentar a seis, aunque a menudo éramos nosotros dos sus únicos ocupantes, ahora que mi mentor, amigo y antiguo líder Bryce se había escabullido a una vida tranquila con su familia. Alec ya tenía una cafetera allí, esta vez con tres tazas en lugar de dos.

—No creo que Anna esté acostumbrada a levantarse temprano —dije—. Normalmente soy el primero en cruzar de vuelta por mucho.

—Uno de los muchos cambios que tendrá que hacer —dijo Alec—. Anna no puede ser tanto infiltrada *como* guía.

—Una vez que empecemos a pagarle, podrá permitirse dejar esa vida atrás.

Pasamos la espera intercambiando historias. Le conté a Alec sobre el cierre de la brecha anoche; nuestro equipo de cinco acabando con los espíritus y enviándolos al Ciclo. Alec hizo lo que solía preferir, correr solo, eliminando espíritus enojados cuando no lo veían venir. Por supuesto, nuestra cuota actual hacía eso más difícil. Sería un suicidio intentar cerrar una brecha tú solo.

—Me uno —dijo Alec—. Duele, pero de todos modos necesito hacer amigos. Encuentro un grupo diferente cada noche, les ayudo a cerrar una brecha, y luego voy a hacer lo que quiero.

—Mírate —dije—. Un jugador de equipo. Nunca pensé que vería este día.

—Estos días están llenos de sorpresas —dijo Alec, asintiendo hacia la puerta.

Anna estaba allí, con su habitual atuendo de mujer trabajadora, pareciendo perdida. De todos los lugares de Chicago a los que ir, una infiltrada encontraría Ezra's el menos acogedor. Había sido un lugar de reunión para guías durante siglos. Y los infiltrados, personas que podían cruzar a Riven y lo hacían sin aprobación ni entrenamiento de los guías, definitivamente no eran bienvenidos.

—Anna —dije—. Estamos aquí.

Ella esbozó una sonrisa agradecida y tomó asiento. Le deslicé una taza llena de café y ella la miró fijamente, luego levantó la vista.

—Soy más de té.

—Oh, el primer error ya —dijo Alec—. Carver, creo que cometimos un error.

—No todos podemos ser perfectos —dije—. Simplemente tendrá que esforzarse más para compensarlo.

—Lo siento —dijo Anna—. Creí haber oído que necesitaban más guías. No creo que sea el momento de ponerse exigentes.

—Cierto —dije—. Lo que nos lleva a por qué estás aquí.

Asentí al camarero, y el caballero sacó de detrás de la barra una caja y la llevó a la mesa. De su cintura, el camarero sacó un pequeño dispositivo, un abridor, y lo insertó en la cerradura en el centro superior de la caja. El camarero giró la muñeca y movió el abridor en círculo, haciendo

girar los engranajes de la caja y finalmente abriéndola, con las solapas cayendo a los lados y revelando el contenido.

Una nueva máscara, blanca y plateada, que parecía humo enroscado. Una tarjeta con su nombre. Debajo de ambos, un abrigo oficial. Largo y grueso, y adornado con el círculo y las barras que declaraban a su portador como guía.

—¿Esto significa lo que creo que significa? —preguntó Anna.

—A pesar de mis enérgicas objeciones —dijo Alec, desarmando el comentario con un guiño.

—Nos gustaría hacerte una guía oficial —dije—. Si aceptas.

—¿Hay alguna duda? —respondió Anna—. ¿Por qué no lo haría?

—Tienes que renunciar a lo otro —dije—. No puedes hacer ambas cosas. Una infiltrada no puede ser guía.

Anna pasó la mirada entre Alec y yo, pensando. Luego asintió. —Riven se está volviendo demasiado peligroso para los infiltrados de todos modos. Si puedo ayudar a hacerlo más seguro, entonces sería lo correcto.

—Es una noble —dijo Alec—. Esta es la peor idea.

—Cállate, Alec —dije—. Bienvenida a los guías, Anna. Estamos felices de tenerte.

—Si vamos a tener que aceptarla —dijo Alec—, entonces la única forma en que lo acepto es si lo celebramos. —Miró la taza de café llena de Anna—. Por favor, dime que estás bien con la cerveza.

—Eso sí lo disfruto —dijo Anna, y Alec dio un suspiro exagerado de alivio.

UN VIAJE EXTRAÑO



Sería el primero en decir que me gusta un buen trago. O varios. Ser guía venía con la forma más maravillosa de evitar la resaca: cruzar a Riven y los dolores de cabeza desaparecían.

Cazar espíritus durante unas horas, y cuando volvía a cruzar me sentía bien. Así que esa tarde, en el tren de vuelta a mi apartamento, animado por toda la ginebra, bueno, ansiaba cruzar, encontrar a Selenia y tal vez una o dos brechas para resolver.

Tenía mi propio par de asientos en esta ruta, con un doble frente a mí completamente vacío incluso cuando otras personas estaban de pie en el centro del pasillo. Nadie quería mirarme con mi máscara puesta. Nadie quería enemistarse con alguien con quien podrían encontrarse después de muertos, alguien que hacía que las almas dejaran de existir. Así que no esperaba que nadie me molestara. Por eso, cuando un hombre se sentó frente a mí, y quizás el alcohol ayudó, me tomó un minuto darme cuenta.

No dijo nada, solo me miraba fijamente y por la ventana al paisaje urbano que pasaba. Le eché un vistazo. Llevaba una máscara barata, no de metal tallado como la mía, sino una hecha de tela con bordes ásperos. Sin estilo. Lo mismo podía decirse del resto de su ropa. Un chaleco de obrero y una chaqueta raída, pantalones manchados y desgastados. No podía distinguir bien sus ojos bajo esa máscara, pero el encorvamiento del hombre sugería que estarían cansados.

—Es curioso cómo a nadie le gusta sentarse frente a un guía —dijo el hombre a modo de saludo.

Me tomó un segundo componer una respuesta. Me había sumido en el estupor silencioso que a menudo se apodera de los viajeros en los trenes, volviendo a la consciencia solo cuando anuncian su parada. —A mí no me importa.

—Es como tener miedo de tu destino —dijo el hombre. Sus palabras, los tonos plomizos de su voz, me sacaron de mi bruma alcohólica. La gente no solía decir frases así, mucho menos a alguien que no conocían. Menos aún a un guía.

—Supongo que se podría decir eso —dije—. Pero no todo el mundo necesita un guía para llegar a donde va.

—Especialmente no uno como tú —dijo el hombre.

Me enderecé. —¿Qué has dicho?

—Carver Reed —dijo el hombre—. He estado tratando de encontrarte. Viajando en estos trenes de un lado a otro casi todos los días durante la última semana.

Si antes estaba despertando sobriamente, ahora me espabilé del todo. Me habían cazado antes, en Riven, por el tipo de espíritus con los que no quieres enfrentarte. Aquí en Chicago, en

el mundo real, la gente no conocía mi nombre. No a menos que fueran guías, o los conociera personalmente. Yo no hacía publicidad.

—Ahora —continuó el hombre—, veo que te estás poniendo un poco nervioso. Te diré que no deberías estarlo. Y también te diré que deberías quedarte sentado.

El hombre movió su chaqueta lo suficiente para que viera, colgando de una funda de hombro, el bronce opaco de una pistola. Cuando el hombre vio que lo había notado, cerró la chaqueta de nuevo, pero dejó su mano derecha sobre el arma.

—¿Así es como haces amigos siempre? —pregunté.

—Solo con los que quiero conservar —dijo el hombre—. Creo que es justo que, como yo conozco el tuyo, tú conozcas el mío. Inman.

Extendió su mano izquierda a través del espacio entre nuestros asientos. Quería escupirle. O apartarla de un manotazo. Pero yo no iba armado. Mis armas vivían en el otro lado. Así que agarré su mano con la mía y nos dimos un único apretón.

—Bien, Inman, te has subido a mi tren. Has hecho una amenaza sutil. ¿Vas a explicar por qué?

—Lo haré —dijo Inman—. Pero antes de hacerlo, vamos a bajarnos de este tren.

No estábamos en mi parada. De hecho, nos acercábamos a un punto de cambio. Una estación donde, si querías, podías saltar a trenes que se dirigían más al oeste, fuera de la ciudad y hacia el campo. La estación en sí era un enredo de escaleras y andenes, con trenes entrando y saliendo en un constante estruendo de silbatos. Caos o perfecta eficiencia, dependiendo de tu perspectiva.

Inman me hizo un gesto para que me levantara cuando el tren se detuvo, y no discutí. La supervivencia tenía prioridad, así que seguí las órdenes. No quería que me dispararan, ni iniciar una pelea con el tipo en el tren. Además, tenía preguntas. ¿Qué quería, y por qué hacerlo de esta manera?

Cruzamos el punto de cambio, caminando por un paso elevado sobre varias vías que traqueteaban cuando los trenes pasaban por debajo. El humo se arremolinaba alrededor del cristal que encerraba el paso elevado, por lo que parecía que estábamos envueltos en una niebla momentánea. Pasamos las rutas de la ciudad, un par que se dirigían al norte y la que iba al sur. Nos detuvimos en el grueso raíl que iba hacia el oeste.

—Con arma o sin ella —dije—, no voy a dejar la ciudad.

—Lo harás —dijo Inman—. Pero no vamos lejos. Solo hasta el río.

—¿El río?

Inman negó con la cabeza. —Olvido lo poco que vosotros, los de la ciudad, sabéis de vuestro país. El Mississippi.

Conocía el Mississippi. Por supuesto que sí. No me vino a la mente de inmediato porque nunca salía de Chicago. Nunca lo necesitaba, y ser guía significaba quedarse quieto. Cruzar en un nuevo lugar traía riesgos. Nunca sabías dónde en Riven podrías terminar.

—¿Vamos a pescar? —pregunté.

—Si quieres llamarlo así. Pretendemos atrapar algo un poco diferente. Tú eres el cebo.

—Eso no me hace precisamente querer ir contigo.

—¿Y si te dijera que el hombre que estamos tratando de atrapar es el que ató a tu padre? ¿El que intentó que te mataran? ¿El que asesinó a tu madre? —respondió Inman.

El Maestro. También iban tras él. Y tenían un plan, o al menos eso parecía. Debo no haber reaccionado lo suficientemente rápido, porque Inman continuó.

—Ahora sabemos que no es tu culpa —prosiguió Inman—. Simplemente naciste, pero a veces existir tiene una forma de forzar la mano de las personas. He perdido a demasiados amigos

por culpa de ese hombre, y ni siquiera sé su nombre. Contigo, creo que está desesperado. Te ve como su única oportunidad. Lo cual nos da una oportunidad.

Dos horas de conversación superficial después, el tren entró en la estación, las puertas deslizándose para abrirse frente a nosotros. Esta vez, cuando Inman me hizo un gesto para avanzar, no dudé. Si querían atrapar al Maestro, si querían matar al hombre que había causado tanto dolor a mi familia, yo sería su cebo.

LOS BOSQUES SALVAJES



Nadie llevaba máscara. Después de años en la contaminada Chicago, eso fue lo primero que noté. La gente que descendía del tren a nuestro alrededor, saludando a amigos y familiares, todos tenían sus rostros expuestos a la luz del atardecer. Cuando respiré, el aire tenía un sabor diferente. No el dulce gusto estéril de Ezra y otros purificadores, sino uno cargado de naturaleza. El aroma y las texturas de las flores silvestres y las agujas de pino, el humo ardiente de fogatas no para forjar industria sino para cocinar alimentos.

Alrededor de la estación, hasta donde alcanzaba la vista, se extendían colinas cubiertas de árboles que corrían junto al interminable flujo del río Mississippi. El pueblo donde nos habíamos detenido se anidaba entre los acantilados de piedra caliza, enroscándose lejos del río y subiendo hacia las colinas.

Inman señaló la calle, un camino de grava atestado de animales. Caballos. Un par de pequeños cachivaches, pero por lo demás los relinchantes animales eran la orden del día. No se veían esos en las calles de Chicago. Nadie quería limpiar después de ellos, así que una vez que llegabas a los límites de la ciudad, estabulabas tu caballo y viajabas en tren como todos los demás. O caminabas.

Inman me condujo hacia tres caballos, todos marrones, y todos, según explicó Inman, las yeguas más dóciles. Otro hombre estaba sentado en el tercer caballo, vestido con un abrigo de guía y mirándome como si yo fuera una especie de traidor. La mirada fulminante del hombre hacía juego con su barba enojada, una masa enmarañada de negro y gris que parecía estar apoderándose de su rostro. Un sombrero de carbón manchado descansaba sobre su cabeza, el ala ancha proyectando sombra sobre sus ojos de modo que su verde parecía brillar en el sol poniente.

—Veo que lo encontraste —dijo el hombre—. ¿Sabes montar?

—Ni idea —dije—. No se usa mucho en la ciudad. Ni en Riven.

—Entonces hoy aprenderás —respondió el hombre—. Súbete a la silla, agárrate de ese pequeño pomo frente a ti, y yo la guiaré.

—No está muy lejos —dijo Inman.

Vi a Inman subir a su silla e intenté copiar el movimiento. Metí el pie derecho en el estribo y luego pasé la pierna izquierda por encima. Habría funcionado, estoy seguro, si hubiera tenido un abrigo más suelto. Algo que no se enganchara en el extremo de la silla. Terminé revolcándome con el pecho presionado contra el caballo antes de finalmente acomodarme.

Cuando me senté, vi a Inman reprimiendo una risa y al otro tipo sacudiendo la cabeza. La multitud se unió. Aplausos y silbidos. Nada como un poco de humillación para mantener tu ego a

raya.

—Este es Mead —dijo Inman mientras empezábamos a movernos—. Quizás hayas notado que era un guía.

Rebotaba en el caballo, tratando de ajustarme al movimiento constante. Me deslizaba hacia adelante y hacia atrás en la silla e intentaba mantenerme agarrado del pomo frente a mí, alternando entre eso y un agarre mortal en el pelo del caballo. Por su parte, la yegua no parecía importarle en absoluto lo que yo hiciera. Seguía a Mead y su mano guía en la cuerda atada alrededor de su brida sin quejarse.

—Puede que lo haya notado —dije cuando me sentí seguro para hablar, para apartar un poco mi atención de mantenerme en la silla.

—Quizás hayas notado que no le caes muy bien —dijo Inman.

—Puede que sí.

—Principalmente porque enterraste a su amigo bajo una torre de escombros —dijo Inman—. Que es como sabemos de ti en absoluto.

—¿Barth?

Ese espíritu había sido otro que trabajaba para el Maestro. Barth había realizado experimentos asesinos con la esperanza de encontrar una salida de Riven. Había asesinado a guías en su torre, y con cada fracaso, esclavizaba al sujeto para que se uniera a su ejército de espíritus atados. Todo con la esperanza de encontrar un camino de vuelta a la vida que una vez tuvo.

Entonces Barth eligió la pelea equivocada con Alec, Bryce y yo. Intentó derrumbar su propia torre sobre nosotros y terminó atrapado en ella.

—Ese mismo —dijo Inman—. Habíamos estado preparando nuestro propio movimiento sobre la torre. Queríamos intentar liberarlo. Enviarlo al Ciclo. Luego tú te encargaste de eso por nosotros.

—Parece que les hice un favor.

Giramos saliendo del pueblo hacia un sendero serpenteante que subía a los acantilados. El estrecho camino se curvaba bajo árboles frondosos, añadiendo el sonido de los pájaros cantores al crujido de los cascos sobre la tierra y las rocas.

—Creo que Barth se merecía lo que obtuvo —dijo Inman—. Pero algunos de nosotros pensábamos que podía ser salvado. Algunos de nosotros pensábamos que si hubiéramos podido traerlo de vuelta, Barth nos habría dicho dónde encontrar al Maestro. Ahora todo lo que tenemos eres tú.

—¿Cómo me encontraron siquiera? —pregunté—. No vi a nadie allí después de que cayó la torre.

—Los espíritus hablan bastante una vez que los atas —gruñó Mead desde el frente.

—Encontramos algunos de los viejos espíritus de Barth rondando los restos de su torre —respondió Inman—. Así que ahora entiendes. Le debes a Mead, en realidad. Era su derecho ser el que ayudara a su amigo.

Su derecho. Claro. Barth había estado haciendo sus experimentos durante años cuando nos encargamos de él. Mead no había tenido prisa. Pero no me molesté en decir eso. Bryce me había inculcado una actitud precavida, a pesar de mis intentos de ignorarla. En Riven, precaución significaba mantener la calma alrededor de los espíritus que aún no se habían vuelto. Evitar que un espíritu se agitara significaba salvar tu propia vida. Quería evitar que Mead decidiera que yo sería mejor cebo con unos cuantos moretones catárticos.

Inman no habló durante un rato después de eso. Quizás las brasas brillantes del sol

poniéndose detrás de los acantilados, filtrando sus rayos naranja púrpura a través de las ramas de los árboles, lo hipnotizaron como lo hicieron conmigo. Las alas parpadeantes de los murciélagos reemplazaron a los pájaros, sus gorjeos y campanillas intercambiados por insectos zumbantes. Me senté en silencio. Lo experimenté.

No teníamos esto en Chicago.

Eventualmente llegamos a un campamento; una serie de tiendas y cabañas destartaladas establecidas alrededor de un gran pozo de fuego. Otros diez o quince hombres y mujeres trabajaban a su alrededor, cocinando comida y limpiando, lavando ropa en un pozo de lavado instalado cerca. Sentí como si hubiera caído por un agujero y salido varios siglos atrás.

—¿Cuál es el punto? —dije mientras Inman me ayudaba a bajar del caballo—. Viviendo tan lejos, no pueden estar en nuestras llamadas. No pueden estar conectados.

—Ya no somos guías —dijo Inman—. No tenemos ninguna necesidad de prestar atención a lo que están haciendo.

—¿Por qué?

—Con el tiempo, uno se cansa de seguir órdenes. Especialmente cuando te dicen que olvides a tus amigos.

Inman me señaló hacia una de las cabañas y yo, ignorando mi estómago rugiente, fui. La gente se volvió para mirarme, pero la mayoría no dejó de trabajar. Disciplinados. En la cabaña había un par de catres, si se les podía llamar así. Más bien rollos de cama con mantas encima. Inman señaló el de la derecha.

—Adelante. Acuéstate y cruza —dijo Inman.

—¿Sin cena?

—Tendrás mucho para comer si sobrevivimos a esto.

—Sabes, si cruzo aquí, no tendré nada —dije—. Ni armas, nada para ayudar.

—Eres el cebo —dijo Inman—. Se supone que el cebo no debe ayudar.

Pensé en protestar, pero Inman sacó su pistola y la sostuvo a la altura de la cintura. No tenía otra opción más que cruzar. Lo cual no me importaba. A pesar de todo, quería conocer al Maestro. Incluso si eso me mataba.

EL CEBO



Normalmente, Riven presentaba la misma escena cuando yo cruzaba: una habitación de piedra con una fila de camas a mi lado, un estante de armas enfrente y una mesa de piedra con sillas para esperar hasta que mis amigos se unieran.

Aquí, crucé sobre un montón de hierba. No del tipo de verano; la ondulada verde y suave de los sueños infantiles. Estos tallos estaban crujientes y blancos. Como caminar sobre paja seca. O un cepillo de fregar. Los árboles se alzaban a mi alrededor, bloqueando la luz gris de Riven, sus ramas delgadas brotando hojas negras en todas direcciones. Tenía mi abrigo, mi máscara y nada más. Las cosas que llevaba conmigo cruzaban conmigo. Sin látigo, sin cuchillo, sin defensas.

Sentí una mano agarrar mi brazo y tirar de mí. Me giré y vi el rostro serio de Mead, el ceño fruncido bajo la barba desaliñada del hombre.

—Es por aquí —dijo Mead.

—¿No dejaste a los guías porque no te gustaban sus órdenes? Y sin embargo, ¿aquí estás dándome órdenes?

—Esto es más importante que tu sarcasmo —dijo Mead, pero al menos soltó mi brazo y me dejó caminar detrás de él. A diferencia del sendero a través de los acantilados que llevaba al campamento, el bosque en Riven no tenía olor. Nada más que la habitual insipidez del aire de Riven. Lo respiré, aunque no tenía que hacerlo. Una de las primeras cosas que le enseñaban a un nuevo guía, te decían que cuando cruzaras, aguantaras la respiración todo lo que pudieras. Luego descubrirías que podías hacerlo para siempre.

Llegamos a un claro en el bosque, uno que Mead y los otros habían hecho. Los árboles habían sido talados, sus tocones sin anillos y de un gris sólido. Uno por uno, los antiguos guías aparecieron y formaron un círculo a mi alrededor, empujándome hacia el centro. Inman llegó y me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Entonces esto es un sacrificio, o qué? —le pregunté—. Porque esto no me parece una trampa.

—No sabemos de dónde vendrá —dijo Inman—. Pero sabemos que intentará llegar hasta ti.

—¿Cómo van a atraer al Maestro hacia mí? ¿Quieren que baile? ¿Que cante una canción?

Inman se rio y negó con la cabeza.

—Carver, en otra vida, imagino que habríamos pasado buenos ratos juntos.

Minutos después, con el círculo cerrado y todos de pie listos, con las manos en sus armas, Mead se llevó dos dedos a los labios y silbó. No podía verlos, pero supuse que había otras personas que encendieron los fuegos. Llamas crudas, no del tipo azul pálido domado, subieron

por los árboles a nuestro alrededor.

Los vi ahora, las sábanas raídas y papel y madera recogidos de otro lugar atados alrededor de los árboles. Los fuegos prendieron rápidamente y ardieron hacia arriba, trepando por los troncos grises y azotando las hojas negras. El repentino estallido de color me desconcertó, jugó con mis ojos y una mente que no esperaba nada más que el interminable gris. Cenizas reales se unieron a los copos omnipresentes mientras los fuegos envolvían los árboles alrededor de la plaza.

—¿Crees que verá esto? —le grité a Inman.

—Sabemos que está por aquí —dijo Inman—. Lo rastreamos hasta aquí. Pero sigue escabulléndose. Por eso te necesitamos a ti.

Observé desde los bordes del círculo, las nuca de todos estos guías esperando su oportunidad de vengarse por algún agravio u otro. Deseé poder haber estado con ellos.

Especialmente cuando empezaron los gritos.

EL MAESTRO



Los gritos provenían de más allá del círculo, en la oscuridad parpadeante fuera del claro iluminado por las llamas. Observé, pero ninguno de los guías se movió. Nadie mostraba señales de pánico mientras los aullidos se acercaban. El mismo lamento que había escuchado mil veces. Una ola de espíritus furiosos que brotaba de una brecha, reunidos para formar una turba de horrores. Si se dejaban sin control, la fuente de los aullidos, esa rabia estridente, podría formar un espectro.

Una de las guías levantó la mano, señalando con su hacha. Miré en esa dirección y vi, al borde del patio, una figura. Una persona alta, corpulenta y encapuchada. A la luz del fuego, las túnicas negras del hombre brillaban, entretejidas con filamentos dorados. Su rostro estaba oculto por una máscara de obsidiana estriada, como si hubiera sido forjada de roca volcánica. En ambas manos, a la altura de su cintura, sostenía una espada larga y ancha que medía la mitad de su altura, quizás más.

Mientras el círculo a mi alrededor dirigía su atención hacia él, el hombre levantó la espada y clavó su punta en el suelo. Tan pronto como el filo hizo contacto con la tierra de Riven, si es que se le podía llamar así, los chillidos que nos rodeaban cambiaron, como una sirena en la distancia que de repente se girara hacia mí.

Los espíritus descendieron de la oscuridad.

Los guías desenvainaron sus armas con sus propios vítores y gritos de batalla. La mayoría eran nombres, algunos que reconocí, de guías que habían caído a lo largo de los años. Amigos perdidos en este mundo de pesadilla. Observé cómo se enfrentaban de frente a la embestida de los espíritus.

Solo que estos no eran la chusma andrajosa contra la que Selen y yo habíamos luchado antes, los enfermos y desesperados. Los confundidos y perdidos. No. Estos espíritus estaban unidos, estaban entrenados y endurecidos, y aunque se lanzaban contra los guías sin más que piedras y restos como armas, se movían con propósito y lo hacían juntos.

Los espíritus no vestían uniformes de soldados ni los harapos de los confinados en hospitales. En cambio, eran uniformemente diferentes. Como si vinieran de una docena de épocas y lugares. Algunos llevaban armaduras de un pasado oriental, mientras que otros se enfurecían con poco más que taparrabos y túnicas finas.

Vi a un guía blandir un par de cuchillos largos contra uno de ellos, lanzando cortes y fintas a toda velocidad, solo para ver al espíritu retroceder fuera de su alcance y, después de una estocada que casi lo alcanza, un segundo espíritu se lanzó desde la oscuridad sobre el guía, desgarrando y

rasgando su rostro.

En el otro lado, Inman y Mead trabajaban juntos. Este último usaba un par de lanzas cortas para apuñalar y retroceder, enviando a un espíritu tras otro lejos con fuego azul. Inman complementaba al hombre con un par de pistolas, armas que no había visto mucho en Riven. Nunca se sabía cuántos espíritus podría haber a la vuelta de la esquina, y quedarse sin munición significaba quedarse sin vida. Pero las pistolas de Inman disparaban una tras otra, enviando tiros a los espíritus y abriéndolos para la estocada captora de Mead.

Seguí girando, intentando mantener mis ojos en todas partes a la vez. El círculo aún se mantenía, pero sus límites se estaban aflojando. Los espíritus se acercaban cada vez más a medida que los guías caían o se desplazaban fuera de la línea. Traté de mantener mis ojos en todas partes, minimizando la posibilidad de que pudiera ser atacado sin defensas. Tenía que estar listo para correr.

Un puño golpeó mi hombro y me derribó. Rodé con el impacto y terminé de espaldas, alejándome de la imponente figura que se erguía sobre mí. El Maestro en persona, abriéndose paso a través del círculo.

—Carver Reed —dijo el Maestro, su voz un barítono hueco, como las notas graves de un órgano—. Te llevaré ahora.

El Maestro sostenía su espada en la mano izquierda y extendió la derecha hacia mí. Me incliné hacia adelante y agarré su muñeca, tirando de él, intentando hacerlo tropezar. El Maestro se afianzó y, en su lugar, me levantó de un tirón. Luego señaló fuera del círculo, hacia algún lugar en la distancia.

—Camina —dijo el Maestro, ignorando la pelea que continuaba. Tenía buenas razones para hacerlo. Más espíritus seguían surgiendo de la oscuridad y los guías estaban abrumados. Uno tras otro caían ante los trucos y trampas del astuto ejército del Maestro.

—La verdad es que no me apetece —dije.

—Sabes lo que quiero —replicó el Maestro—. Para abrir la puerta, tú eres el único que necesita morir. Si no caminas, me aseguraré de que todos los que amas mueran también.

Me tomaba las amenazas tan en serio como la persona que las hacía. Si no creía que pudieran cumplirlas, si pensaba que estaban fanfarroneando, me reiría y seguiría adelante. Con el Maestro, empecé a caminar.

—No te lo llevarás —anunció Mead, lanzándose contra el Maestro con sus lanzas en ristre. Observé al guía atacar, su primer golpe dirigido directamente al pecho del Maestro. La gran espada estaba demasiado baja, demasiado lejos para ser levantada y bloquear. Así que el Maestro se retorció, permitiendo que Mead se acercara tanto como para casi clavarlo con la punta de una lanza. Tan cerca, pero no lo suficiente.

Escuché un chasquido, el estampido de la pistola de Inman, y el Maestro gruñó. El hombre grande llevó su mano derecha a su hombro donde pude ver un desgarró en el abrigo.

—Eso es por Barth —dijo Inman—. Esto es por todos los demás.

El guía levantó su otra pistola, apuntando directamente a la cara del Maestro, y disparó. La bala golpeó la máscara. Impactó contra esa roca brillante y rebotó. Voló un trozo, revelando un atisbo de piel en esa luz sombría. Un destello de dientes. Y entonces el Maestro se movió.

Mead se giró tras su ataque y apuñaló hacia la espalda del Maestro, un poco demasiado lento. El Maestro se agachó hacia adelante y cargó contra Inman. La lanza de Mead rozó el abrigo del Maestro, pero no alcanzó la carne. Inman manipuló su primera pistola, insertando otra bala, la levantó, y entonces la espada del Maestro se elevó y partió al hombre por la mitad como si yo cortara una rebanada de pan.

Quería gritar, hacer algo, pero mis manos estaban vacías y mi garganta había perdido cualquier voz que alguna vez hubiera tenido. Solo podía pensar en correr. Vi la cara de ojos desorbitados de Mead mientras saltaba con las lanzas destellando hacia adelante y el Maestro, en un suave movimiento, blandiendo su gran espada para enfrentar el ataque, y entonces me di la vuelta hacia el bosque.

La oscuridad gris más allá de los árboles ardientes me hizo tropezar sobre la hierba quebradiza. Mis ojos se recuperaban de la brillante luz naranja. Intenté recordar dónde había cruzado, dónde Mead me había agarrado por primera vez.

Si terrores visibles llenaban la densa ciudad de Riven, su bosque; oscuro, silencioso y sigiloso, daba lugar a miedos más insidiosos. Mi mente conjuraba garras que aferraban, brazos que arañaban y los horrendos rostros de aquellos viejos espíritus enfurecidos. Cada paso me llevaba más allá de otro árbol, bajo otra rama donde cualquier infierno podría acechar.

Bryce había pasado años expulsando el miedo de mí. Forzando la reacción del pánico a la compostura, para tratar lo inusual con tácticas calculadas. Entonces, había tenido armas. Amigos. Una oportunidad de éxito. Aquí corría solo de un enemigo despiadado con aliados en las sombras.

Y sin embargo, mis pies volaban con propósito. Aparté el frenético entumecimiento que atenazaba mis nervios y me concentré en la hierba, en los rayos de luz gris que se deslizaban a través de aquel dosel. Encontré mi camino y seguí adelante.

Recordé que el árbol había estado cerca, la depresión en la hierba que indicaba que los guías habían usado el lugar como cama más de una vez. Los gritos detrás de mí se volvieron más suaves, más esporádicos mientras los miembros restantes de la banda de Inman compartían su destino.

Allí. La cama de hierba aplastada, anidada entre las raíces de aquel maldito árbol grande.

Me lancé sobre la hierba, me di la vuelta y cerré los ojos. Aparté a los muertos.

SOBRAS



Cuando crucé a Riven, el campamento bullía de actividad. Cuando crucé de vuelta en plena noche, solo los insectos y los lejanos gritos de un colimbo me hacían compañía. No me moví. No por un minuto, al menos. Un cuerpo yacía en la cama a mi derecha. Podía verlo a través de los rayos dispersos de luz lunar que se filtraban por el techo mal techado de la cabaña.

Reconocí el rostro. El abrigo. La pistola bronceada en el suelo junto a la mano inerte. Ningún aliento salía de esos labios, ningún pecho subía y bajaba denotando un cuerpo humano vivo. Inman había muerto en Riven, y así también había muerto aquí. Fuera lo que fuese, cualquiera que hubiera sido su plan para emboscar al Maestro, no habían contado con los números. No sabían a lo que se enfrentaban, no sabían lo que estaban provocando, solo que podían hacerlo.

Me levanté y salí de la cabaña para recorrer el campamento. Había cuerpos esparcidos en los petates, en las otras pequeñas cabañas, alrededor de las brasas moribundas de pequeñas fogatas. Ni uno solo seguía con vida. Todos estos guías, estos antiguos guías, se habían entregado a una misión condenada.

Quise desesperarme en ese momento. No necesitaban morir. Todos estos guías podrían haber ayudado con las brechas, podrían haber ayudado a mantener vivo a Riven. En su lugar, habían sido despedazados persiguiendo a una sola persona. Una sola alma. Un desperdicio.

Pero habían sabido dónde encontrarlo. Al Maestro. Ahora yo tenía una pista: el bosque. Al oeste de la ciudad de Riven, y grande. Solo que su claro podría haber estado en cualquier parte bajo sus oscuras hojas. Así que registré el campamento en busca de algo que pudiera darme una ubicación. Un lugar al que viajar para poder encontrar al Maestro de nuevo. Cualquier cosa que pudiera ayudarme a vengar a mis hermanos y hermanas.

Sabía que si no hubiera estado en ese tren, si Inman no me hubiera encontrado, entonces esta noche no habría sucedido. Toda esta gente seguiría aquí. O si hubiéramos encontrado al Maestro antes. Si Graham, Katherine, Alec y yo hubiéramos derribado a ese monstruo, entonces esta gente seguiría viva.

Selena estaría negando con la cabeza en este momento. Podía oír su voz, diciéndome que no podía responsabilizarme por las acciones de otras personas. Que cada uno es quien quiere ser. Que Mead e Inman y el resto de los guías sabían lo que estaban haciendo, y aceptaban cualquier destino que sus acciones les depararan.

Obsesionarse con la muerte no era un lujo en nuestras vidas.

Encontré el mapa en la última cabaña, clavado en la pared sobre el cuerpo inmóvil de Mead. Sus lanzas no habían dado en el blanco, al parecer. O si lo habían hecho, el Maestro se había

llevado a Mead con él. Con nadie más moviéndose en el campamento, no lo creía probable.

En los plateados jirones de luz, la barba de Mead y sus ojos esmeralda, que se habían quedado bien abiertos en el horrible estado de los muertos, me golpearon con un extraño temor. Un hombre salvaje encontrando su destino salvaje. ¿Yo también me vería así algún día? ¿Solo y congelado en una lucha perpetua contra un final invisible?

Sacudí la cabeza. Mantente en el presente, Carver. Aún no estás muerto. Aparté los ojos del rostro de Mead hacia la pared sobre él. El dibujo.

Como los mapas de Anna en su escondite bajo el sitio de construcción en Chicago, la gran hoja de papel contenía un dibujo rudimentario de la ciudad de Riven junto con un mapeo más intrincado del bosque. Líneas indicaban rutas que habían sido recorridas, caminos desde un círculo que supuse era el claro y si habían encontrado o no, marcado con Xs rojas, fuerzas hostiles. Palabras junto a cada X denotaban el número de espíritus encontrados, si esos espíritus, si eran capturados, mencionaban al Maestro. Hacia la parte superior izquierda del mapa, el bosque se cortaba en una línea ondulante. Dos palabras escritas explicaban la forma.

La Montaña.

Debajo de esas palabras, en el borde de la línea, escrito con letra irregular: *Él vive aquí.*

El mapa se cayó de la pared cuando tiré de él, lo enrollé y lo metí en el bolsillo de mi abrigo. Volví a la cabaña con el cuerpo de Inman y cogí la pistola. Robar a los muertos podría parecer una falta de respeto, pero las buenas armas eran valiosas. Tenía la sensación de que Inman preferiría verla usada que abandonada allí pudriéndose en el acantilado. Registré sus bolsillos y encontré un puñado de balas. Inman había dejado su pistola cargada también. Si hubiera tenido que dispararme, Inman habría estado listo.

Me acerqué a los caballos, todo el grupo en varios estados de sueño y nervioso despertar mientras me aproximaba. La idea de intentar montar uno de vuelta a la estación de tren en la oscuridad casi me hizo reír. Casi rompió el ambiente. En su lugar, abrí la puerta de su corral y me alejé. Quién sabe cuándo, o si, alguien vendría aquí. No había razón para condenar a los caballos a un destino de prisioneros hambrientos.

Sombras inquietantes e ilusiones me acompañaron en mi camino de vuelta al pueblo. Seguía cayendo en recuerdos, reviviendo la pelea, y luego el chasquido de una rama o el grito sorprendido de un animal me devolvían bruscamente al presente. El corto cruce a Riven y de vuelta no ayudaba: mis músculos dolían, mis ojos y garganta estaban secos y me picaban, mis huesos blanqueados y cansados por el estrés y la subida al campamento.

Así que me aferré a lo único positivo. Lo único que hacía que toda esta miseria valiera la pena. Sabía dónde encontrarlo. El Maestro no se escondería mucho más tiempo.

MALAS NOTICIAS



Llegué a la estación al amanecer y compré un billete para el primer tren de vuelta a Chicago. Agarré un periódico y un café cargado para el viaje y me quedé en el andén con un grupo variopinto de viajeros. Ellos y yo compartíamos ese vínculo silencioso de un destino común, comunicado al evitar las miradas de los demás y manteniendo cualquier palabra en lo estrictamente necesario.

El tren rugió desde el oeste, una gran masa imponente de acero y carbón ardiente. El humo negro salía por una serie de gruesas chimeneas. Los silbatos anunciaron la hora de embarque y las delgadas puertas metálicas se apartaron para dejarnos subir. De nuevo me encontré solo, en mi propio rincón de un vagón aislado mientras los pasajeros se agrupaban en otra parte.

Desplegué el periódico, mi compañero para el viaje, y me sumergí en su conversación. Ayer, Opperman tenía el titular principal y hoy su nombre en negrita volvía a aparecer en la portada del periódico.

Nos habíamos unido a la guerra en Europa. Grupos enteros de zepelines chocando unos contra otros sobre hombres y mechs que disparaban sin cesar en las trincheras. Bombas de gas lanzadas de un lado a otro, enviando a los soldados a espirales delirantes y mortales. No se ganaba terreno, pero se trituraban vidas. Los llamamientos para alistarse iban en aumento. Las últimas conversaciones de paz se habían reducido a cenizas entre los últimos informes de bajas. Las naciones desesperadas habían programado el próximo intento para dentro de una semana, en Nueva York, pero Opperman daba pocas probabilidades a una resolución pacífica.

La humanidad parecía resignada a reducirse a cenizas.

Para agravar los combates, continuaban los alarmantes avisos de contagio. La enfermedad se extendía por las principales ciudades de América, barriendo de un barrio a otro. La enfermedad había llegado del extranjero y, como la guerra, parecía empeñada en arruinar todo lo que tocaba.

Se decía que las mascarillas eran eficaces, y que había que evitar a los enfermos. Lo oí allí en el tren. Una tos, dos filas más adelante. Una mujer con un niño.

Y otra; al otro lado del pasillo. Un hombre mayor mirando por la ventana con un pañuelo apretado contra la cara. Aunque aún estábamos a kilómetros de la ciudad, y el aire todavía sabía limpio, saqué mi mascarilla y me la puse. Me aseguré de que el respirador funcionaba.

A veces tenía que recordar que este mundo podía matarme con la misma facilidad que Riven.

Aun así, aunque los países se pusieran de acuerdo, aunque los científicos hicieran una cura milagrosa para evitar que todos cayéramos víctimas de la enfermedad, nada de eso importaría si las brechas seguían formándose en Riven. Nada de eso importaría si los muertos volvían a arañar

nuestro mundo. Nada de eso importaría si no podíamos encontrar al Maestro y detenerlo.

Miré mi café, el vapor que se elevaba de la alta taza, y me apeteció beber. Y no de este tipo.

UN LARGO PASEO HACIA EL OESTE



—¿La Montaña? —dijo Graham cuando le conté sobre el mapa—. Eso no está cerca.

Estábamos de vuelta en el apartamento, todo el grupo. Yo había insistido. Solo Alec, desaparecido en alguna cacería solitaria, no se presentó. Hasta ahora, la respuesta había sido escéptica. Incluso cuando hablé de Inman, Mead y su sacrificio.

—Hemos intentado ir allí antes —dijo Katherine—. Cuando Graham y yo aún estábamos vivos.

Katherine hizo una pausa por un segundo, pude ver que luchaba con la palabra. La idea. Yo nunca había sido un espíritu, pero imaginaba que parte de ello significaba saber todo el tiempo que ya no eras, bueno, tú. Selenia había hablado de cómo extrañaba los sabores, los colores y los sonidos del mundo real. Extrañaba vivir.

—Lo que intento decir —continuó Katherine— es que no puedes llegar allí en una noche. Toma días. Tendrás que cruzar de vuelta antes de que lleguemos.

—Entonces lo intentaremos —dije—. Iré tan lejos como pueda. Al menos hasta el límite de la ciudad. Una vez que pasen de ahí, no habrá otros guías en su camino.

—El bosque no necesita guías para ser mortal —dijo Graham—. Hay razones por las que no vamos allí. Por las que los guías no siguen a los espíritus más allá de los muros.

—No estás ayudando —dijo Selenia—. Y no importa, ¿verdad? No podemos morir.

—Hay cosas peores que la muerte en Riven —dijo Katherine.

—Tenemos que intentarlo, ¿no? —dije—. Quedarnos aquí encerrados no sirve de nada.

Graham y Katherine intercambiaron una mirada, sus rostros pasando de ceños fruncidos preocupados a líneas resueltas a la luz de los ojos del otro.

—Carver tiene razón —dijo Katherine—. Por mucho que no me guste, no ganamos nada quedándonos aquí sentados.

—Haremos el viaje —repitió Graham—. Solo sepan que no será fácil.

—¿Mencionaste un ejército de espíritus? —me preguntó Nicholas—. Por lo que veo, tenemos significativamente menos que un ejército aquí. Incluso si llegamos a la Montaña, me temo que enfrentaremos probabilidades imposibles.

—Creo que el grupo de Inman se encargó de algunos —dije—. Y llamaron la atención. Hicieron una gran bandera ardiente y se pararon debajo. Si podemos encontrar una manera de acercarnos al Maestro sin que lo sepa, entonces podríamos tener una oportunidad.

—Y si te deshaces de él, entonces los espíritus también se van —dijo Graham.

—¿Así que ese es el plan? —Anna cruzó los brazos, se apoyó contra la pared, toda

escepticismo y picardía—. ¿Marchamos hacia el bosque, Carver y yo nos detenemos en la frontera, y luego esperamos que ustedes tres puedan encargarse del Maestro por su cuenta?

—Cuatro de nosotros, creo —dijo Nicholas. Lo miré, arqueando una ceja—. Es hora de que adquiera algo de experiencia de campo. Después de todo, mis inventos solo son capaces de resolver los problemas que conozco. Y francamente, me estoy quedando sin problemas que resolver.

—¿Alguna objeción? —pregunté.

—Mientras no sea yo quien se encargue de él —dijo Graham—. Encontramos al Maestro, es mío.

—Yo vigilaré a Nicholas —dijo Selenia—. No quiero tener nada que ver con el Maestro y su espada. Ya me han cortado lo suficiente para una existencia.

Recogimos nuestras cosas y comenzamos el largo camino hacia la muralla de la ciudad. Fuimos hacia el oeste, a través del distrito industrial conocido como el Pozo de Alquitrán. Donde no hace mucho habíamos organizado una serie de peleas contra Graham, tratando de evitar que hiciera lo que el Maestro quería. Para evitar que me matara y abriera un camino de vuelta al mundo real.

En el camino evitamos las chispas dispersas lanzadas al cielo por los guías en patrulla. Evitamos brechas y sus espíritus enojados cuando pudimos. Graham y su martillo, Katherine y sus bastones, Selenia y su cuchilla, Anna y su maza, y mi látigo. Nicholas, detrás de nosotros, llevaba una gran mochila con artilugios que yo no entendía. Los llamaba sus experimentos, y nos decía que fuéramos pacientes cada vez que preguntábamos para qué servía uno.

Después de varias horas llegamos a la frontera, el largo muro que rodeaba el exterior de la ciudad de Riven. A diferencia de los edificios en ruinas, se mantenía fuerte y sólido, de varios pisos de altura. Mantenido intacto por alguna fuerza de voluntad que ninguno de nosotros entendía.

La puerta estaba abierta, un amplio arco que nos invitaba al bosque más allá. Yo podía seguir adelante, pero si nos quedábamos en Riven demasiado tiempo, nuestros cuerpos en el mundo real se deteriorarían por hambre o deshidratación. Como dormir durante días. Había habido más de un guía que había pasado demasiado tiempo en Riven y se había encontrado incapaz de cruzar de vuelta, su cuerpo desecado y muerto en casa.

—Directo al oeste por uno o dos días más, y luego giren hacia el norte —dije—. Deberían poder ver la Montaña y luego encontrar sus túneles. Encuentren al Maestro y acaben con esto.

—No fallaremos —dijo Graham.

—Siempre confiado —suspiró Katherine.

—La vida es más divertida así —respondió Graham.

—Lo dice el hombre que terminó esclavizado por el tipo que estamos tratando de matar —dije—. Intenten regresar con vida, ¿de acuerdo?

—¿Con vida? Carver, ya hemos pasado de eso —mi madre me guiñó un ojo.

Detrás de nosotros, Nicholas estalló. Lo vi en los ojos de mi madre, el repentino estallido de color sobre mi hombro. Las luces se elevaron hacia el cielo y luego se rompieron una y otra vez. Nicholas arrojó el dispositivo explosivo a la calle. El resto de nosotros corrimos hacia los lados en busca de cobertura mientras el dispositivo, un pequeño cilindro, finalmente dejó de escupir chispas al aire.

—Lo siento, lo siento. Es todo mi culpa —exclamó Nicholas, corriendo hacia nosotros—. Es mi botón de pánico. Útil si alguna vez estuviéramos bajo un ataque grave. Copia el mismo patrón de chispas de un grupo de guías bajo asalto.

—Me di cuenta —dije—. Eso significa que todos ustedes será mejor que corran.

—¿Correr? —dijo Anna.

—Nicholas llamó a cada guía a kilómetros de distancia a este lugar —dije—. Si todavía están aquí, tendremos que explicar por qué tenemos un montón de espíritus armados hasta los dientes marchando fuera de la ciudad.

—Me interesaría escuchar esa explicación —gritó una voz desde el final de la calle. Miré, con el corazón hundiéndose, y vi a un escuadrón de cinco guías mirándonos fijamente—. Porque romper nuestras leyes significa un cegamiento, o algo peor.

FUEGO AMIGO



Me adelanté a mis amigos y extendí los brazos para que los otros guías vieran que no ocultaba nada.

—Los estamos llevando a El Ciclo.

—¿Llevándolos? —dijo el líder del escuadrón. Los cinco se desplegaron para cubrir la avenida, con su líder al frente y en el centro, sosteniendo un par de hojas dentadas y viciosas. Me miró fijamente desde detrás de su máscara, de un rojo vibrante con motas azules—. No sabía que estábamos en el negocio de las escoltas.

—Estos espíritus son especiales —dije—. Demasiado peligrosos para dejarlos ir.

—¿Es por eso que vimos las chispas de pánico?

—Un accidente —dije—. Nada más.

Escuché movimiento detrás de mí. No era bueno. Si Graham o Katherine decidían ponerse intempestivos, los guías perderían sus vidas. Vidas que no podíamos permitirnos desperdiciar.

—Así que has atado a unos cuantos espíritus —dijo el guía—. Rompiendo una regla. Ahora les estás permitiendo empuñar armas contra otros guías, violando otra. Y nos has llamado para que abandonemos nuestra cuota y vengamos a salvarte de nada en absoluto.

—¿No crees que te lo estás tomando demasiado en serio? —dijo Graham desde detrás de mí—. Estamos ocupándonos de nuestros propios asuntos. Asuntos que no tienen nada que ver contigo ni con los tuyos.

—Graham, cierra la boca —dije.

—Tu espíritu tiene una boca muy grande —dijo el guía, y luego señaló a Graham—. ¿Qué tal si llegamos a un acuerdo? Sometes a ese espíritu aquí mismo, ahora. Entonces los dejaremos ir y no informaremos de esto.

—Eso no va a suceder —dije—. Por tu propio bien, date la vuelta y no mires atrás.

—Oímos rumores de guías que se desviaban —dijo el líder, sacudiendo su máscara roja de un lado a otro—. Esclavizando espíritus y haciendo cosas terribles. Nunca pensé que esos rumores fueran ciertos, hasta ahora.

—Carver, no creo que nos vaya a dejar ir —susurró Anna.

No quería esto. Deberíamos estar luchando contra el Maestro, no contra otros guías. Pero tenía que elegir, y el Maestro tenía prioridad. No podía dejar que este desafortunado grupo de guías se interpusiera en nuestro camino.

—No los maten —dije. En voz alta. Me abalancé sobre el líder. Di tres pasos, saqué mi látigo y lo chasquéé hacia adelante cuando estuve a su alcance.

El tipo alineó sus espadas dentadas, atrapando el látigo con una y tratando de cortarlo con la otra, pero retiré el látigo, le arranqué la espada de la mano y la arrojé al otro lado de la calle.

A mi izquierda, vi a Anna y Selena enfrentarse a otro guía que sostenía un fino estoque junto con una tela gruesa que le cubría el brazo. Destinada a soportar el ataque de un espíritu que se abalanzara y facilitar un rápido contraataque.

Graham y Katherine se alinearon contra los otros tres. Parados entre ellos y Nicholas.

—Esta no es tu pelea —dije. El guía frente a mí cambió a una postura, inclinándose hacia adelante con ambas manos alrededor de su espada restante.

—Ahora lo es —escupió el guía, y luego cargó. Chasquéé el látigo de nuevo, esta vez deslizándolo entre sus piernas y envolviéndolo alrededor de un tobillo, enviando al guía al suelo. Intentó rodar para salir de la caída, pero tiré del látigo hacia atrás, apretando el agarre alrededor del tobillo y enviando su giro fuera de control, dejándolo tendido a mis pies. Lo miré.

—Termina con esto —dije—. No vas a ganar.

El guía me gruñó e intentó agarrar mi tobillo, trató de barrer mi pierna y enviarme al suelo. Solo que yo ya había visto ese movimiento un par de veces. Retrocedí fuera de su alcance. Empezó a levantarse, y entonces presioné la punta de mi cuchillo largo contra la parte superior de su cabeza. Se quedó inmóvil. El primer indicio de sensatez que había mostrado.

Miré a la izquierda, manteniendo la punta de mi cuchillo firme, y observé a Selena y Anna realizar su torpe tango con el guía que empuñaba el estoque. El cuchillo de carnicero de Selena no le daba el alcance para acercarse, pero se movió hacia el lado del guía, atrayendo su atención mientras Anna rodeaba por el otro lado con su maza.

—¿Por qué harías esto? —dijo el guía inmovilizado—. Con todos los problemas a los que nos enfrentamos, ¿por qué ahora?

Anna cargó contra la espalda del guía del estoque con su maza. Parecía que iba bien hasta que, cuando Anna balanceó su arma, el guía giró y empujó su brazo protegido para bloquear. Al mismo tiempo, el guía apuñaló hacia Selena con el estoque, forzándola a retroceder. O al menos, eso es lo que esperaba que sucediera.

Selena, con su mano izquierda vacía, alcanzó y agarró el estoque por la hoja, arrancándolo de la mano del guía. La palma de Selena sufrió un corte brutal, pero el guía, desarmado, levantó las manos. Si yo fuera humano, un corte así me habría dolido, habría acabado con mi capacidad de usar esa mano hasta que sanara. Para Selena, el corte desaparecería en una hora. Una molestia y nada más.

—Lo que estamos haciendo —dije— es intentar evitar que Riven empeore. Tienes que creerme.

A mi otro lado, vi a Katherine y Graham despachando a sus guías. Usando el martillo, el lado romo en lugar de la punta, Graham mantenía a raya a dos de los guías mientras Katherine arremetía contra el tercero con una vertiginosa serie de golpes y estocadas. Demasiado para que el hacha grande del hombre pudiera manejar. Tres golpes rápidos al estómago del hombre y Katherine barrió sus piernas, lo hizo tropezar y lo derribó. El hacha repiqueteó en el suelo.

—Tengo que creerte —dijo el guía, con una risa baja burbujeando a través de sus labios—. No tengo elección, ¿verdad? Si me resisto, me matarás. Nos matarás a todos.

—No vamos a matarte. Solo queremos que nos dejen en paz.

Antes de que Katherine pudiera llegar a su lado, los dos guías que enfrentaban a Graham cargaron. Uno, un hombre corpulento con una gran lanza de metal, se acercó con la punta por delante. Su compañero, una figura esbelta erizada de cuchillos, fingió un ataque. Graham balanceó su martillo para detener la carga del portador de la lanza y no alcanzó a ver el cuchillo

arrojado por el otro. La hoja se incrustó en el hombro de Graham mientras su martillo colisionaba con la lanza, alejándolos a ambos.

Vi la chispa azul, el pálido fuego que se encendió en la mano del ágil guía y recorrió un cable que no había visto, dirigiéndose velozmente hacia el cuerpo de Graham. Pero mi padre se movió demasiado rápido. Dejó caer el martillo, llevó la mano al pecho y, en un solo movimiento fluido, sacó la daga y la arrojó de vuelta a su dueña. Se clavó en su estómago mientras el fuego corría por el enlace hasta la empuñadura, la hoja y sobre ella.

Dejé a mi rehén, volví a meter el cuchillo en la funda y corrí hacia la guía. El hombre corpulento, que había soltado su lanza, me encontró allí.

—Voy a sacarlo —dijo el hombre alcanzando el cuchillo. La hoja aún brillaba con el fuego, el azul ardiendo a lo largo de su cuerpo.

Aparté su mano de un golpe y en su lugar giré el pequeño dispositivo alrededor de su muñeca, la fuente del cable que se conectaba al cuchillo. El fuego se apagó y se desvaneció a lo largo de su cuerpo. —Si retiras el cuchillo, podrías lastimarla aún más. Lo que necesita ahora es cruzar de vuelta.

—No estamos cerca de nuestro hogar —dijo el hombre corpulento.

—Entonces corre. Cárgala y vete.

—Carver —dijo Anna desde el otro lado de la calle—. ¿Vamos a dejarlos ir?

Había dicho mi nombre. Hasta ese momento, existía la posibilidad de que no nos hubieran identificado. Los guías no se veían muy a menudo, al menos no fuera de Riven. Los nombres no eran muy conocidos, los rostros a menudo estaban ocultos por máscaras. Ahora, no habría forma de evadir este lío. A menos que los matáramos a todos.

—Déjalos ir —dije, desterrando ese pensamiento oscuro—. No estamos aquí para matar guías.

El hombre corpulento no dudó, agarró a su compañera caída, la levantó en sus brazos y corrió calle abajo. De vuelta hacia el centro de la ciudad. Los otros guías recogieron sus armas y lo siguieron. El líder, el que había tenido arrodillado bajo mi hoja, se volvió hacia mí después de haber puesto cierta distancia entre nosotros.

—Carver Reed —dijo el guía—. Eres un traidor a nuestra orden. Y me aseguraré de que pagues por esto.

—Puedo alcanzarlo —dijo Katherine.

—Déjalo ir. —La detuve con un gesto—. Ya no importa. Lo único que importa ahora es el Maestro.

Pero mis palabras no hicieron nada para derretir el bloque de hielo que se estaba formando en mi estómago.

EL LADO EQUIVOCADO



Los dejamos en las puertas que conducían fuera de la ciudad. Los dejamos con instrucciones de seguir adelante, de adentrarse en el bosque y encontrar al Maestro. De acabar con él y detener este lío. Lo que no dije, lo que no le conté a Anna, es que quizás no tuvieran mucho tiempo.

Tomé el tren al centro, me bajé en Union Station, y tenía la mano en la puerta de entrada al local de Ezra cuando sentí un toque en mi hombro.

—Hace tiempo que no te veía, Carver —dijo Opperman, el periodista que, con su traje gris y su delgada mascarilla con el logo del periódico, añadió—: Supongo que has estado ocupado, ¿no?

—¿Acaso no lees tus propias historias? —repliqué.

—No, solo las escribo —respondió Opperman—. ¿Qué opinas? ¿Va a explotar Riven? ¿Estamos todos condenados?

—Probablemente. ¿Sabes lo que es una brecha, Opperman?

—¿No es donde salen un montón de espíritus enojados a la vez?

—Es como una herida infectada. Una que sangra y propaga su enfermedad desde la llaga —dije—. Si no se trata, se extiende y eventualmente mueres. Una brecha es así. Y Riven se está llenando de ellas.

Por una vez dejé a Opperman sin palabras. Tratando de encontrar una manera de convertir mis palabras en un titular. Así que lo dejé y entré en el purificador de Ezra. Pero antes de que cerrara la puerta, Opperman se apresuró a entrar detrás de mí.

—Solo por esta vez —dijo Opperman—, creo que voy a necesitar más de ti que una frase. Esta es una oportunidad, Carver, una oportunidad para realmente contarle a la gente lo que haces. Por qué deberían preocuparse.

El purificador succionó el aire contaminado de Chicago y un momento después, el interior del bar de Ezra apareció frente a nosotros.

—Nadie quiere saber —dije mientras entraba al bar—. No pueden hacer nada al respecto. Estarías añadiendo otra pesadilla a sus vidas.

—Podríamos dejar de matarnos unos a otros —replicó Opperman.

Me habría reído de la idea. El pensamiento de que los guías simplemente diciendo que un montón de espíritus muertos intentaban regresar al mundo real pudiera poner fin a una guerra. Piotr, y mi antiguo mentor Bryce, ya habían estado intentando eso durante años. No había funcionado. Nunca lo hacía. El enemigo frente a tus ojos era un objetivo más fácil que el que

estaba en las sombras.

Alec estaba sentado en nuestra mesa, y no solo. Otros dos guías se pusieron de pie cuando entré, sus abrigos de un tono más claro que el mío, y reconocí sus nombres y rostros. De Detroit, no muy lejos en tren.

—Carver, por favor, siéntate —dijo Alec—. Sabes por qué están aquí.

—¿Porque querían hacernos una visita? —respondí.

Polk y Derringer, esos eran sus nombres. Polk, un hombre delgado con la costumbre de acariciarse su escasa barba a cada oportunidad. Derringer, un atleta, fuerte y aficionado a hablar como tal. La cantidad de veces que había escuchado a Derringer gritar en voz alta su acuerdo con cualquier cosa que Piotr dijera, bueno, digamos que había sido un juego recurrente entre Alec y yo. Apuestas para ver con qué frecuencia escucharíamos sus rugidos atronadores de aprobación.

—Estás rompiendo las reglas —dijo Derringer—. Existen por una razón, Carver. El hecho de que seas el jefe de Chicago no significa que puedas ignorar nuestros principios.

—Y aunque creas que tienes razón, no significa que la tengas —dije.

—Nina casi muere, Carver —dijo Alec—. Tal como está, está en el hospital allá en Nueva York. Lesiones internas graves.

Al menos había sobrevivido. Fuera lo que fuera que planeaban hacerme, si la guía que Graham había herido no hubiera sobrevivido, habría sido mucho peor. —Ellos me atacaron.

—Con buena razón —dijo Polk—. ¿Qué estabas haciendo con todos esos espíritus de todos modos? Planeando algo siniestro, sin duda.

—¿Qué importa? —dije—. Supongo que Piotr les dijo que vinieran aquí, ¿no?

—Dije que no los necesitaríamos —dijo Alec—. Pero Piotr insistió. Dijo que te resistirías.

—¿Qué piensas, Alec? ¿Debería hacerlo? ¿Debería resistirme?

—Vamos a cegarte —dijo Derringer—. Evitar que vuelvas a hacer esto nunca más. Así que sí, resístete. Sería más satisfactorio.

Mantuve mis ojos en Alec. Observé su rostro. Él sabía todo sobre Graham y los demás. Sabía sobre el Maestro y lo que estábamos tratando de hacer. Podía notar que no quería participar en esto. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, negué ligeramente con la cabeza. No había necesidad de que se sacrificara aquí. Si me cegaban, entonces Alec sería el único que podría tomar mi lugar. Encontrar a Selena, Graham y Katherine. Continuar la lucha.

—Trato hecho —dije, y me lancé hacia la puerta. Cegarme significaba cortar mi acceso a Riven. Quemar lo que me permitía cruzar. Polk y Derringer no iban a quitarme eso.

Escuché un fuerte estruendo detrás de mí, Derringer maldiciendo.

—Oh, lo siento mucho —dijo Opperman—. Siempre soy tan torpe antes de tomar mi primera taza de café.

Cerré la puerta del purificador detrás de mí. Me puse la mascarilla y salí corriendo a las calles de Chicago. Un fugitivo de mis propios amigos.

FUERA DE LA LEY EN LA CIUDAD



Corrí al azar. Intentando alejarme de lo de Ezra. Giré a la izquierda aquí, a la derecha allá. Gradualmente me dirigía hacia el lago, pero sin un destino concreto. Un problema de ser guía es que no haces muchos amigos. Al menos, no fuera de tu propio campo. Como los de mi campo me querían fuera, tenía que buscar en otra parte.

Lo cual me dejaba dos opciones: el sitio de construcción, con Anna y los espías. No quería cruzar a Riven desde el sitio de construcción, porque no tenía ningún equipo allí. Estaría en las Madrigueras sin un arma, a merced de cualquier guía o espíritu que estuviera esperando. Necesitaba volver a la torre del reloj y sacar mis cosas.

Mi segunda opción me llevaría allí.

Supuse que Alec y los demás estarían vigilando los trenes, así que en su lugar busqué uno de los taxis motorizados que circulaban por las calles. Pequeños vehículos con bancos en el exterior y techos de listones en la parte superior en caso de lluvia. En el centro, las cosas funcionaban sobre vías instaladas en las calles. Vías que canalizaban la electricidad a través de sus ruedas. Todo parte de los esfuerzos para reducir la contaminación. Más lejos, cerca de mi apartamento, los autobuses más grandes que quemaban aceite eran la norma.

Cuando un taxi pasó traqueteando, con solo otra persona en el lado opuesto, di tres pasos, extendí la mano y agarré un poste y me subí a un asiento. Me incliné sobre la larga consola en el medio del taxi y conecté mi parada colocando un pin verde en el mapa del centro de Chicago. Los bordes del mapa eran los límites de cobertura del taxi.

Mi pin sería el segundo en el viaje del taxi. Había tenido suerte. El otro pasajero había colocado su destino en la misma dirección. Su pin negro marcaba la primera parada, y solo a unas cuerdas de mi objetivo. Me recosté y me puse a pensar.

A Alec, Polk y Derringer les llevaría tiempo cruzar. Tiempo para informar a todos que había huido de su intento de captura. Sin duda, Alec ocuparía mi puesto como guía principal de Chicago. Podrían darle un pase a Anna ya que había sido iniciada hace menos de un día. Los otros guías con los que luchamos ni siquiera sabrían quién era ella. Esperaba que Alec tampoco fuera tras ella.

Tenía que evitar que los otros guías me cegaran. Mientras pudiera cruzar a Riven, mi vínculo con Katherine y Selenia se mantendría. Mantendría sus espíritus cuerdos.

Necesitaba evadir la captura el tiempo suficiente para que mis padres se ocuparan del Maestro. Después de eso, bueno, podría resolver un problema a la vez. Esconderme y encontrar un mejor plan.

Tal vez terminaría como Inman y los demás; viviendo fuera de la ciudad y cruzando por mis propios esfuerzos de vigilante. Ayudar a los guías desde las sombras. Significaría perder algunas comodidades, seguro, pero aún tendría a Selenia. Todavía estaríamos nosotros.

Tomó una hora, pero el taxi finalmente se detuvo temblando en la esquina de la calle que había estado esperando. Me bajé, miré arriba y abajo de la cuadra. No vi nada. Las aceras estaban desiertas como de costumbre. Los pequeños patios abandonados a sus propias malas hierbas escuálidas. Cualquier cosa que pudiera crecer en la mugre. Nadie estaría afuera a esta hora de la mañana. Todos estaban en el trabajo o en el interior; en cualquier lugar donde no estuvieras respirando el terrible aire.

Lo había intentado una vez, por una apuesta de Bryce. El objetivo era que pudiera tomar más de tres respiraciones sin toser. Había durado una. Beber el aire de por aquí se sentía como inhalar barro seco. Espeso, granuloso y con sabor a un millón de cosas asquerosas. Así que mantuve mi máscara puesta, y su respirador hizo su trabajo.

Llamé a la puerta; un número de roble marrón oscuro frente a una casa de dos pisos. De ladrillo y pintoresca. Apretujada entre un par de edificios similares. El tipo de hogar que no me habría importado tener algún día, suponiendo que viviera tanto tiempo. Esperaba oír el correteo de pies, los ladridos de niños, pero no hubo nada.

Claro. La escuela.

Cuando se abrió la puerta, vi la cara cansada de mi mentor. Triste y encorvada.

—Entra —me dijo Bryce. Mientras pasaba junto a él, se asomó por la puerta y miró arriba y abajo de la cuadra—. ¿No te siguieron?

—No creo —dije—. Me moví rápido, y no creo que Alec realmente quisiera atraparme.

—No lo sé —dijo Bryce. Cerró la puerta y los purificadores de la casa se pusieron en acción—. Vino esta mañana. Más temprano. Me contó lo que pasó. Cree que has ido demasiado lejos.

—¿Demasiado lejos? Él estuvo allí. Luchó contra Graham.

—No arriesgaré su vida por ti. Aquí, quítate la máscara. Vamos a llevarte abajo. Donde no puedan verte.

Seguí a Bryce a través de su casa y bajamos unas escaleras por debajo del suelo. A través de una habitación llena de cajas y un gran horno con una pila de leña cerca. El calor del verano lo dejaba sin encender, el hierro frío y oscuro. Una cama para una persona estaba en una habitación trasera, rodeada de desorden.

—¿Qué quieres decir? —dije mientras miraba alrededor.

—Alec ha estado con los guías más tiempo que tú —dijo Bryce—. Depende de ellos para su estilo de vida. No digo que será fácil para él, pero si tiene que elegir entre tú y todo lo que conoce y de lo que depende; lo siento, Carver.

—¿Y tú?

—Estoy jubilado —Bryce me dio una sonrisa que murió casi tan rápido como apareció—. Pero no puedo arriesgar a mi familia. Puedes quedarte aquí por ahora. No para siempre.

—Deberías saber —dije—. Sabemos dónde está el Maestro. Graham y los demás, van por él ahora mismo. Todo esto podría terminar pronto.

—Por eso te traje aquí abajo —dijo Bryce—. Supuse que querías cruzar.

Miré hacia la cama. Un armazón endeble, un colchón pequeño. No era lo que esperaba del hombre que había sido el guía principal de Chicago durante más de una década. —¿Esto lleva a la torre del reloj?

—No parece gran cosa —dijo Bryce—. Pero te llevará allí. Antes de que preguntes, la razón por la que está aquí abajo, en el sótano... Mi esposa bajaba cada mañana que yo cruzaba para

revisar, en caso de que algo saliera mal. Para evitar que mis hijos encontraran el cuerpo de su padre.

NO PUEDES VOLVER A CASA



Mis ojos se abrieron en la torre del reloj, la cámara central era una mezcla de madera y piedra con una hilera de camas a cada lado. El estante de armas al frente sostenía mi látigo y mi cuchillo largo. Por primera vez, despertar aquí se sentía incorrecto. Como si en cualquier momento pudiera ser atacado por un compañero guía. Por Alec. Mi santuario ya no lo era más.

Estas eran horas extrañas para nuestra región. Mediodía en el mundo real, cuando la mayoría de nuestras cacerías ocurrían de noche. Tomé mi equipo del estante y salí de la torre del reloj sin interferencia. Pasé la fuente sin que ningún guía me viera. Pasé la siguiente media hora escabulléndome por callejones y evitando las chispas ocasionales lanzadas al aire por grupos de guías en patrulla.

Me preguntaba si los infiltrados se sentirían así; siempre mirando por encima del hombro y asomándose por las esquinas para asegurarse de que no estaban a punto de ser atrapados por un guía o despedazados por un espíritu enfurecido.

Tan extraño como se había sentido despertar en la torre del reloj y sentirme como un intruso, entrar en el edificio que Nicholas, Graham, Katherine y Selena habían ocupado se sentía aún más extraño. Nadie en casa. Desprovisto de cualquiera de los espíritus por primera vez en meses. Las máquinas de Nicholas todavía estaban allí en el primer piso, silenciosas y frías.

Vagué por el lugar de mis padres en el segundo piso; era utilitario. Dispuesto para proporcionar máximas líneas de visión a entradas y salidas, y habían colocado una escalera junto al balcón, una que podía extenderse hasta el suelo. Siempre listos en caso de emergencia.

Comprobando si estaban en casa, eso es lo que me dije a mí mismo. Si ya habían regresado de luchar contra el Maestro. O tal vez habían fallado en encontrarlo y habían vuelto. Excepto que sabía que no estarían allí.

Había venido al apartamento porque podría ser mi nuevo hogar. Sin la torre del reloj, necesitaba una base. El apartamento, con Selena, mis padres y Nicholas, era el mejor candidato.

Me dirigí al balcón de Selena, donde compartimos tantas horas hablando y observando el cielo cambiante. Viendo las chispas estallar sobre los techos de la ciudad. Quería intentar algo que nunca había hecho antes. Algo que solo había visto con mi vida pendiendo del borde de la ruina.

Barth, el guía loco que había intentado matarnos en su torre, había hablado con el Maestro a distancia. Había tenido toda una conversación en una habitación sin que el Maestro estuviera siquiera allí. Graham, a punto de matarme en lo alto del muro de Riven, había recibido la orden

de detener su mano desde lejos. Si el Maestro podía hacerlo, ¿por qué no podría yo?

No sabía cómo empezar. No tenía instrucciones, ni una opción fácil como encender un interruptor de luz. O tararear una canción. En su lugar, traté de encontrar las piezas que me faltaban. Las partes que le había dado a Selena, a Katherine, a Nicholas para mantenerlos cuerdos. La conexión que me unía a ellos.

Las partes huecas no eran difíciles de encontrar. Como una lengua buscando un diente faltante, o un dolor de garganta que había desaparecido. Una expectativa buscada reflexivamente pero no encontrada. Y ese diente faltante o dolor de garganta, cada uno, cada pieza faltante tenía un espíritu atado a ella.

Encontré a Nicholas primero. La conexión que nos unía se sentía fría y distante. Como tropezar con un nuevo bulto en mi piel en la oscuridad y no estar muy seguro de dónde estaba. Solo que, cuando presioné, me enfoqué en esa sensación, sensaciones sombrías regresaron. Como tocar algo a través de una tela. Las experiencias de Nicholas en ese momento; su temperatura, su emoción, la sensación del mundo a su alrededor. Tal vez podría alcanzar el otro lado.

—Nicholas —dije.

Pronuncié la palabra en voz alta y, tanto como pude, traté de presionarla a través de la conexión. Pensé la palabra en el vínculo entre nosotros. Entonces sentí la conmoción. El destello de sorpresa vino a través de nuestro vínculo.

—¿Puedes oírme? —envié a través. Otra ola de sorpresa. Luego una pausa. Seguida de frustración—. Intenta hablar de vuelta.

Esperé. Sentí la frustración creciendo en nuestro vínculo. Y luego se desvaneció por completo, se desvaneció hasta la calma. ¿Qué estaba haciendo? Abrí la boca, a punto de hablar de nuevo, cuando sentí un escalofrío.

—¿Carver? —No podía oír su voz, al menos no de la manera habitual. Llegaba más como una sensación. Como cuando imaginas a alguien hablándote en tu cabeza—. ¿Dónde estás?

Selena lo había descubierto. Me aferré a su voz, o a mi interpretación de ella.

—Estoy de vuelta en el apartamento. ¿Puedes oírme? —pregunté.

Esta vez, en lugar de frustración, sentí el cálido resplandor de la felicidad. Sorpresa mezclada con una sonrisa.

—Puedo —dijo Selena—. De alguna manera. ¿Estás bien?

—Estoy mejor ahora —dije—. Ha sido un día duro. ¿Están haciendo progresos?

—Todavía estamos en el bosque, pero avanzando rápido. Podemos ver la Montaña ahora, siempre que las ramas se despejen lo suficiente. Deberíamos estar allí pronto, Graham cree.

—Siento no poder estar allí —dije.

—Desearía que estuvieras —respondió Selena—. Pero es agradable saber que te estoy salvando por una vez.

—Podría acostumbrarme a eso.

La escuché describir el bosque, hablar sobre cómo se llevaba el grupo. Los cuatro espíritus aventurándose. Graham irritándose más con Nicholas cada vez que se detenía para intentar otro experimento. Katherine haciendo de mediadora. Selena, bueno, estaba disfrutando la oportunidad de explorar. De salir de entre los cañones desmoronados de la ciudad por un rato y ver algo nuevo.

No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, enviando nuestras palabras a lo largo de kilómetros y kilómetros, pero terminó cuando la puerta del apartamento se abrió de golpe. Terminó con una voz que conocía diciendo mi nombre.

—No deberías haber vuelto aquí —dijo Alec—. Si no hubiera podido encontrarte, entonces no tendría que matarte.

ACUERDOS EN MEDIO DEL DESASTRE



Al principio no le dije nada. En su lugar, me concentré en enviar un último mensaje a Selena.

—Tengo que irme —dijo—. Si no vuelves a saber de mí, te amo.

—Mira esto, ahora hablas solo —dijo Alec.

—Todavía puedo comunicarme con ellos —me volví para enfrentar a mi amigo—. Al igual que Graham y el Maestro.

—¿Así que ahora eres igual? —dijo Alec—. ¿Empezarás a tener las mismas ideas? ¿Vincular más espíritus? ¿Encontrar guías más leales a ti que a nuestra orden?

—Sabes que no haría eso —dije.

—¿Lo sé? —reflexionó Alec—. Luchamos para salvar tu vida, Carver. Para mantener este mundo y el nuestro separados. Y ahora aquí estamos, en lados opuestos. ¿Arriesgo todo siendo amable? ¿Alejándome? Siento que el riesgo que estamos corriendo es dejarte vivir.

—Piensa en lo que estás diciendo —dije. Improvisando, tratando de mantener a Alec hablando. Mi espalda apoyada contra la barandilla del balcón, una caída de diez metros hasta el suelo. Alec estaba entre la puerta y yo. Sin salida fácil.

—Demuéstrame que estoy equivocado —dijo Alec—. Te lo suplico, amigo. Muéstrame un mejor camino.

—Tienes que confiar en mí. Estamos cerca.

—Si es así, que los guías me condenen por lo que estoy a punto de hacer.

Se lanzó hacia mí, balanceando sus puños enguantados. No había tiempo de sacar el látigo. Agarré el cuchillo y apuñalé hacia adelante mientras Alec se acercaba. Pero el guía saltó, se aferró al marco de la abertura del balcón y me pateó con ambos pies mientras mi cuchillo acuchillaba el aire debajo. La patada me lanzó contra la barandilla, casi me tiró. Me agaché cuando Alec se lanzó hacia mi cabeza.

Falló ese golpe, pero el gancho derecho era solo una finta para el izquierdo. El puño metálico de Alec conectó con mi riñón, un órgano que no existía en Riven, pero que dolía igual. Alec me agarró cuando empezaba a caer por la barandilla y me arrojó dentro del apartamento. Rebote en la mesa de Selena y aterricé con fuerza contra la pared.

Cada vez que mi espalda golpeaba algo, sentía la presión a lo largo de mi columna cuando el eje de la ballesta se clavaba contra ella. Esta vez, ese dolor punzante me dio una idea. Alec caminó hacia mí, lentamente.

—No disfruto esto —dijo Alec—. No es divertido.

—Genial, estaba muy preocupado —murmuré. Mi mano derecha agarró la empuñadura de mi látigo. Me puse de pie, mirando a Alec directamente a los ojos. Ignoré la náusea que subía desde mi estómago revuelto, el dolor punzante de mi espalda.

—Te prometo —dijo Alec—. Después de esto, continuaré tu cacería del Maestro.

—Vaya, todo un santo —Levanté el látigo, y Alec volteó la mesa hacia mí. La lanzó con ambos brazos. Moví mi hombro para bloquearla y la mesa me presionó contra la pared. Alec vino tras de mí. Una serie de rápidos golpes en mi costado.

Me alejé rodando y Alec me dejó escapar, me dejó tomar distancia. Si hubiera sido un espíritu, o alguien a quien realmente odiara, esos guanteletes habrían seguido golpeándome hasta convertirme en papilla.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté—. ¿Quién dio la orden de cegarme?

—Polk y Derringer estaban en lo de Ezra cuando llegué —dijo Alec—. Me dijeron que vino de Piotr. Horas antes.

—¿Piotr no quería hablar? —Una vez más tenía la espalda hacia el balcón, Alec avanzando hacia mí.

—Es un hombre ocupado —dijo Alec—. Basta de esto, Carver. Es hora de irnos.

Alec se lanzó hacia adelante, la misma carrera previa a un puñetazo que le había visto hacer cientos de veces. Agité el látigo hacia sus pies, hacia la izquierda. Alec se movió rápido, saltó sobre el golpe, solo que yo no le apuntaba a él. El látigo se enroscó alrededor de la pata de la mesa y lo tensé justo cuando Alec pasaba por la puerta del balcón.

La cuerda del látigo se elevó a través de la puerta y atrapó el tobillo de Alec. Lo hizo tropezar y lo lanzó contra la barandilla. Corrí de vuelta por el otro lado. Deslicé el látigo de vuelta en su funda y alcancé por encima de mi hombro para sacar la ballesta. Cargué un virote naranja mientras Alec se levantaba y se volvía hacia mí.

—Sabes lo que esto puede hacer —dije, apuntando la ballesta hacia Alec.

—Incendiarias este edificio —dijo Alec.

—No es que tenga mucho que perder.

—¿Cuál es tu oferta?

—Déjame ir. Puedes decir que no me encontraste, podemos olvidar que esto pasó —dije—. Luego, después de que me encargue del Maestro, volveré y podrás cegarme.

Alec me miró por un momento más. Sopesó las opciones. Asintió. —Vete. Pero seguiré buscándote. La próxima vez no estaré solo.

No le di la oportunidad de cambiar de opinión. Salí del apartamento, bajé las escaleras corriendo, llegué a la planta baja y me lancé a las calles. Como en Chicago, fui al azar pero siempre con una dirección general en mente. Tenía que hacer una parada, y luego tendría que cruzar de vuelta. No tenía duda de que Alec estaría esperando en el único lugar donde podía hacer eso.

La torre del reloj.

INMOLACIÓN



Observaba la torre del reloj desde la habitación superior de un edificio al otro lado del patio. Miraba justo por encima de la fuente a los guías que estaban parados frente a donde yo necesitaba ir. Eran tres, y Alec estaba en el medio.

Salir de Riven significaba atarte a una ubicación. Mi cuerpo, mi cuerpo real, estaba sentado en el sótano de Bryce. Esa cama conectaba con este lugar en Riven, la torre del reloj. Cada vez que Bryce cruzaba desde esa cama, aparecería en el mismo lugar aquí. Así es como lográbamos mantener nuestro equipo donde lo necesitábamos. Cómo determinábamos qué regiones patrullarían los guías alrededor del mundo.

No era tan difícil encontrar un nuevo lugar para cruzar desde el mundo real. Necesitabas un sitio donde pudieras quedarte dormido. Algunos guías eran tan buenos, tan capaces de relajarse en cualquier suelo, que podían cruzar de ida y vuelta desde cualquier parte. Eso no funcionaba para mí, pero quizás necesitaba reconsiderar mis comodidades. Nunca había podido cruzar sin un cojín o una colchoneta. Algún lugar seguro. Para *salir* de Riven, sin embargo, solo había una opción. Tenías que salir por el mismo camino por el que entraste.

Eso significaba la torre del reloj. Encontrar mi cama y cruzar de vuelta. No creía que Alec y los otros guías me dejaran pasar sin pelear.

Pero no había venido con las manos vacías. Mi látigo, mi cuchillo, los había dejado atrás en las Madrigueras. Donde Anna y Laurence cruzaban desde su escondite debajo del sitio de construcción. Un lugar que, hasta donde yo sabía, Alec y Bryce desconocían. ¿Lo único que había traído conmigo?

La ballesta.

El virote naranja cargado de la pelea con Alec todavía estaba listo para la acción. Fui hacia la pared derrumbada que daba a otra calle, fuera de la vista de los guías frente a la torre del reloj. Apunté la ballesta a una casa a media manzana de distancia.

Mi disparo cruzó zumbando la calle, golpeó el edificio y estalló en llamas naranjas. Los rayos ardientes treparon arriba y abajo de la casa, y saltaron hacia los edificios alrededor, extendiéndose en una nova que todo lo consumía. Retrocedí, eché un vistazo hacia la torre del reloj y vi lo que había esperado: Alec y los otros guías corriendo a través del patio hacia el incendio que florecía.

Mientras pasaban por mi posición, bajé corriendo las escaleras y crucé el patio a toda velocidad. Detrás de mí escuché sus gritos, Alec ordenándoles que registraran los edificios cercanos y se mantuvieran alejados del fuego. En la entrada de la torre del reloj, me tomé un

segundo para mirar atrás. Para asegurarme de que el invento de Nicholas no iba a asar toda la ciudad.

Parecía una telaraña sólida, líneas ardientes naranjas que se lanzaban de un lugar a otro, conectándose con piedra, madera o espíritus errantes y estallando en una nueva nova. En los bordes, sin embargo, la intensidad se desvanecía. Los saltos eran más cortos. Las líneas humeaban y morían. No había destruido la ciudad para escapar. Al menos, no del todo.

—De todos modos era una manzana fea —me dije mientras me deslizaba dentro de la torre del reloj. Metí la ballesta debajo de la cama mientras me tiraba en ella. No es que esperara que permaneciera oculta, pero podía usar cualquier minuto que pasaran sin saber que ya había cruzado de vuelta.

Cerré los ojos y me dejé llevar de vuelta a Chicago.

SALVADO POR UN ESPÍA



El sótano de Bryce no tenía luces, parecía medianoche, aunque sabía que solo era media tarde. Me levanté de la cama y tanteé mi camino hasta las escaleras.

Subí los escalones lentamente, probando cada uno para evitar crujidos. Bryce me había dado una oportunidad y no quería que muriera por ello. Ni que sufriera. Cuanto antes me fuera de su casa, antes podría afirmar que nunca había llegado. Cuanto antes su familia estaría libre del riesgo que yo traía conmigo.

Oí golpes en la puerta principal, exclamaciones de bienvenida de Bryce y su esposa cuando sus hijos llegaron a casa. Aproveché la oportunidad para escabullirme del sótano y dirigirme a la cocina. Pasé por el rincón donde, no hace mucho, Bryce me había contado sobre su búsqueda para encontrar a mi madre. Cuando las cosas parecían mucho más simples.

Salí por la puerta trasera, mis dedos agarrando el marco de metal mientras se cerraba para amortiguar el ruido. Un jardín vacío, un terreno para un huerto que nunca crecería. Un callejón donde, de vez en cuando, pasarían equipos en grandes tanques de basura para recoger los desechos. Solo cuando perdí de vista la casa de Bryce me di la oportunidad de respirar. De sentir el clima de verano filtrándose a través de mi máscara y bajo mi abrigo.

Había dado el primer paso hacia mi nueva vida. Ahora venía el segundo.

La construcción avanzaba rápido. Cuando vine aquí por primera vez hace meses, solo había pilas de barras de acero y un terreno. Ahora se alzaba una estructura de siete pisos. Cabrestantes y poleas eléctricas empujaban materiales arriba y abajo, de un lado a otro, mientras los trabajadores con diversos equipos soldaban, ataban o medían cada nueva pieza. Un capataz estaba en la base con un monoscopio, alternando entre las diversas lentes para acercarse a la actividad de su equipo y gritar instrucciones.

Nadie notó, ni se molestó en señalar mi presencia mientras caminaba detrás de ellos. Me deslicé por el borde del sitio de construcción y bajé por un empinado tramo de escaleras. La puerta tenía un llamador, pero lo ignoré. Giré el pomo y entré directamente.

Avancé por el pasillo principal, más allá de un par de habitaciones que siempre estaban cerradas, y entré en la cámara central. Dominada por una gran mesa con trozos dispersos de comida y bebida, la habitación atrajo mi mirada hacia sus paredes. Hacia los mapas colgados allí, que detallaban partes de Riven con un nivel de detalle que iba desde lo perfecto hasta bocetos y teorías. Las velas ardían. Aún no había electricidad aquí abajo.

Metí la mano en el bolsillo delantero de mi abrigo y saqué el mapa tomado de la cabaña de Mead. Lo desplegué e intenté encontrar dónde, si es que coincidía, encajaba con los de la pared.

—¿Alguna vez has pensado en llamar? —dijo Laurence, el compañero de Anna y un tipo generalmente poco apreciativo, mientras entraba en la habitación—. No somos tu apartamento.

—Ahora lo son —dije. Laurence pareció confundido, que era el punto.

—¿Te echaron? —preguntó Anna, siguiendo a su compañero a la habitación—. Estábamos esperando aquí, como dijiste. Pero no pensé que realmente lo harían.

—Las reglas son claras —dije—. Lastima a otro guía y te van a cegar.

—Tú no la lastimaste.

—Graham lo hizo —dije—. Es suficiente.

—Él es mi espíritu —replicó Anna, atrayendo una mirada interrogante de Laurence.

—No digas eso —dije—. Si no lo saben, entonces no pueden ir por ti. Yo ya he cargado con la culpa.

—Eso es lo más inteligente que te he oído decir —dijo Laurence.

—Algún día, Laurence, seremos amigos.

—Oye, dame un arma como la de ella y nos llevaremos bien —dijo Laurence—. Hasta entonces, solo eres un tipo que aparece y me da problemas.

Me dirigí hacia la pared, hacia el mapa del bosque que colgaba al fondo. Sostuve el mapa de Mead junto a él. Eran similares, pero el mapa del espía tenía más detalles. Más símbolos.

—¿Este es tu mapa? —le pregunté a Anna, ella negó con la cabeza.

—Es mío —dijo Laurence—. Yo hago la exploración, Anna se encarga de los clientes. ¿Qué tienes ahí? ¿Dibujaste tu propio mapa?

Les conté la historia. El secuestro en el tren, el intento de emboscada al Maestro. Anna había escuchado la mayor parte antes, pero valía la pena tomarse el tiempo solo para ver los ojos de Laurence salirse de sus órbitas.

—De camino de vuelta, encontré este mapa. Así es como sabemos dónde está el Maestro —dije—. Tienes más en tu versión. Como este punto, aquí.

Señalé el gran círculo rojo, directamente en el camino entre la ciudad y la Montaña. Sombreado con las palabras *evitar a toda costa* junto a él. Laurence se acercó, puso su dedo sobre él, murmurando para sí mismo.

—Sí, recuerdo lo que es eso —dijo Laurence—. Es un espectro. Uno realmente viejo y desagradable. Lo estudié por un tiempo, manteniéndome fuera de su vista. Parece que se queda en esa área, por eso dibujé el círculo.

—Está justo en el camino —dijo Anna—. Podrían caminar directamente hacia él.

—¿El camino hacia El Ciclo? —dijo Laurence—. Porque esa es la ruta que estás mirando. Es por eso que creo que el espectro está allí en primer lugar. Muchos espíritus pasan por ahí, y los atrapa.

—Espera —dije—. ¿Estás diciendo que El Ciclo está en la Montaña?

—Bueno, nunca lo he visto —dijo Laurence—. Pero he estado cerca. He seguido el rastro de suficientes espíritus para verlos entrar en esas cuevas y nunca salir.

—Podría estar del otro lado —sugerí, y Laurence se encogió de hombros.

—Tal vez. Te diré algo ahora mismo, si te acercas a ese espectro, mejor que estés preparado. No es normal.

—Tenemos que advertirles —le dije a Anna.

—¿Cómo? —respondió Anna.

—Tengo un nuevo truco que mostrarte —dije—. Vamos a cruzar.

AISLADOS



Los Barrios Bajos. Un desastre miserable de apartamentos destartalados, edificios en ruinas y almas perdidas. Si querías esconderte, ese laberinto era un buen lugar. Cruzamos al sótano de uno de esos edificios. Un monolito de seis pisos, anodino en todos los sentidos excepto por su altura. No nos despertamos en camas, sino que me levanté de una estera con almohadas raídas en el suelo.

—Este lugar realmente necesita una mejora —dije, estirándome.

—Oh, lo siento si no está a la altura de tus estándares. Me pondré en ello de inmediato —respondió Anna.

—Deberías —dije—. Cuanto mejor sea tu sitio, más fáciles se vuelven los cruces. Si estás bajo presión, cada detalle de comodidad ayuda.

—¿Por qué estaríamos bajo presión? Ah, sí. Porque ahora todos los guías de este lugar nos están cazando.

—Deberías estar acostumbrada a eso.

Los infiltrados no eran exactamente el objetivo de los guías, pero si encontraban a Anna merodeando y hablando con espíritus, se ocuparían de ella. Le darían una opción. Revelar su ubicación en el mundo real y quedar ciega. O morir, allí mismo, por interferir con Riven y los espíritus de los muertos.

—Pensé que mis días de infiltrada habían terminado cuando me convertí en una de ustedes —dijo Anna.

—Yo también lo pensé.

Anna me llevó a la azotea del edificio. No sabía si la altura haría las cosas más fáciles, pero podíamos ver más lejos. Teníamos más posibilidades de notar a los guías antes de que llegaran a nosotros. Si teníamos que hacerlo, podríamos correr y los guías no sabrían desde dónde cruzamos. Teníamos que mantener nuestra salida oculta. Ya no tenía una ballesta, no tenía una buena forma de crear una distracción para que pudiéramos escapar y cruzar al otro lado.

Anna observó mientras yo me concentraba en buscar esas piezas faltantes. Mientras intentaba abrir el canal entre Selenia y yo. La última vez, había sentido la oleada de emociones de vuelta. El torrente de sentimientos y sensaciones, como una brisa en un día sin viento. Pero ahora no sentía nada. Como si mi mente chocara contra un muro impenetrable. Lo intenté con Nicholas, con mi madre, y fue lo mismo.

—No los estoy contactando —dije—. Inténtalo con Graham.

Le expliqué el proceso y Anna cerró los ojos y se concentró. Un minuto después los abrió,

negando con la cabeza.

—Nada —dijo Anna—. Puedo sentir dónde debería estar, esa parte de mí que no está, pero cuando intenté conectarme con ella... no pude sentir nada.

—No sé qué significa eso —dije—. Podrían estar muertos. Haber pasado por El Ciclo. O tal vez un guía los encontró y nos han separado de ellos.

—¿Eso no nos devolvería las partes de nosotros mismos? —preguntó Anna.

Asentí. La infiltrada tenía razón. Esas partes de mí seguían faltando, lo que significaba que Selena, Katherine y Nicholas seguían ahí fuera. Atrapados en ese bosque en alguna parte.

El bosque. Un lugar al que no podíamos llegar. A menos que...

—Tengo una idea —dije—. Vamos a tener que hacer un pequeño viaje.

A LAS VÍAS



Por segunda vez en años, viajaba en tren fuera de Chicago. Esta vez, nadie me apuntaba con un arma. Era mucho más agradable sentarme con Anna y observar cómo la ciudad se desvanecía en campos repletos de cereales.

—¿Has estado por aquí alguna vez? —le pregunté.

—Muchas veces —respondió Anna—. A veces los clientes me escribían. O me escribieron, supongo. No querían venir a la ciudad, así que yo iba a verlos.

—Menudo servicio —comenté.

—Les cobrábamos por ello.

—¿Alguna vez te sentiste mal? —pregunté—. ¿Por aprovecharte del dolor de la gente?

—¿Tú alguna vez te sientes mal por enviar a la gente al olvido?

—Yo no pedí esto —dije—. Pero no, es mi trabajo, y es necesario.

—Así es como yo me sentía también. Si la gente quiere cerrar un capítulo y yo puedo ayudarles, ¿por qué no habría de hacerlo?

En otra ocasión, habría insistido en ese punto. Habría argumentado que es más difícil para la gente seguir adelante si piensan que su ser querido vaga por ese páramo desolado. Es difícil superar un desastre si creen que aún podrían, tal vez, tener una última conversación con esa persona. Pero no lo hice. Me quedé callado y dejé que Anna tuviera su momento mirando por la ventana.

¿Quién era yo para definir el bien y el mal?

Una hora después, el tren llegó a la estación. El último del día, con el sol poniéndose sobre los acantilados. Se sentía familiar, como cuando vine aquí la última vez. Solo que esta vez no había caballos. Ni guías rudos esperando para escoltarme hacia la naturaleza salvaje. Solo Anna y yo caminando por la carretera.

Algunas personas nos echaron un vistazo o dos, pero, como en la ciudad, la gente prefería fingir que no existíamos. Los cocheros llamaban a otros pasajeros para preguntarles si querían un viaje y nos ignoraban. Incluso algunos caballos se apartaban cuando pasábamos junto a los postes.

Una vez que nos alejamos de la estación y caminamos por el sendero que conducía hacia el acantilado, me quité la máscara. Anna hizo lo mismo.

—Me preguntaba cuándo ibas a hacer eso —dijo Anna—. Temía haber olvidado alguna regla.

—El aire es mejor aquí fuera —dije—. Pero si has estado leyendo los periódicos, escuchando

a la gente, hay muchas enfermedades. No somos inmunes a eso.

—Eres un paranoico.

—Precavido —repliqué.

Continuamos por el sendero, subiendo y rodeando rocas y pasando bajo los anchos árboles. No dejaba de escanear las copas en busca de murciélagos, esas curiosas criaturas revoloteando en el crepúsculo. Tan diferentes a los pájaros con sus patrones espasmódicos.

—Carver —susurró Anna—. Creo que hay alguien ahí arriba.

Seguí la dirección de su dedo. Había luces más adelante. No el parpadeo de una hoguera, sino eléctricas. Muchas de ellas. Asentí hacia un lado y Anna me siguió hacia la maleza. Nos movimos despacio, pasando por encima de helechos y entre las ramas desgredadas de árboles recién crecidos, pero si algo subía o bajaba por ese sendero, les costaría vernos.

Al menos ocho policías uniformados y sus caballos estaban en el campamento. Husmeando alrededor y cargando los cuerpos rígidos en carros. No sé por qué no lo pensé. Por supuesto que una muerte masiva aquí en el bosque atraería la atención.

Metí la mano en mi abrigo y sentí la empuñadura, el metal de la pistola de Inman. No es que tuviera experiencia con estas cosas, pero trabajaba con las armas que tenía.

—No vas a pelear con ellos —dijo Anna.

—No quiero —dije—. Creo que si esperamos, no se quedarán toda la noche.

—¿Quieres que nos quedemos aquí sentados?

—No veo otra opción.

Nos acurrucamos bajo un gran arbusto, con insectos revoloteando alrededor de nuestras cabezas, y observamos cómo los oficiales continuaban hurgando. Llamándose unos a otros cada vez que encontraban algo interesante. Apoyé la cabeza en mis manos y observé cómo el sol terminaba su descenso y sumía el bosque en la noche.

—Oye —susurró Anna—. Creo que se han ido.

Abrí los ojos. Aturdido por un momento. Me había quedado dormido. Echado una siesta. Probablemente por primera vez en años.

Las luces seguían allí, lámparas eléctricas instaladas y conectadas a una gran batería rectangular. Las luces iluminaban un cartel que decía *Prohibido el paso - Investigación en curso*. Más allá de eso, más allá de la siempre presente fauna silvestre, no había ruidos.

—Mantén los ojos en el suelo —dijo Anna mientras nos acercábamos—. Tendrán trampas para mantener alejados a los animales.

—¿Has hecho esto antes?

—No todo por lo que nos pagan ocurre en Riven —dijo Anna—. Aprendí a moverme.

—Recuérdame que deje de subestimarte.

Nos dirigimos al campamento y a la cabaña donde crucé hace apenas dos noches. Donde había estado el cuerpo de Inman. La policía lo había reemplazado con una marca de tiza. Una pequeña nota que decía que había habido un cuerpo allí.

—Es aquí —dije—. Si cruzamos por aquí, estaremos en el bosque.

Le dije que tomara la cama en la que yo había entrado. Yo me metí en la de Inman. No sabía exactamente dónde cruzaría, pero supuse que podríamos encontrarnos. O eso, o llegaríamos solos, sin armas, a un bosque lleno de peligros.

DONDE CAMINAN LOS ESPÍRITUS



Desperté bajo los árboles grises y sombríos. Aquellas hojas negras ocultaban la pálida luz, proyectando oscuras sombras a lo largo del suelo muerto. La brisa soplabá, ondulando las ramas y añadiendo un tintineo sin vida al lugar.

Había algunas marcas en el suelo, partes aplanadas de tallos rotos que conducían hacia el claro. Las seguí, esperando que Anna hiciera lo mismo. No tardé en volver al mismo lugar donde había visto a Inman partido en dos, donde tantos guías anteriores habían caído. Las cicatrices estaban allí. Las líneas negras que subían y bajaban por los árboles, armas esparcidas por todas partes junto con algún que otro trozo de tela. Pedazos arrancados de abrigo y máscaras de guía. Por lo demás, no había cuerpos. Riven no los tenía. No por mucho tiempo, en cualquier caso.

Lo había visto antes. Un guía cae y, después, sus cuerpos desaparecen lentamente. Sus espíritus despiertan en otro lugar de Riven. O a veces justo encima de su cadáver. A medida que la energía se desvanecía, también lo hacía el cuerpo, y el espíritu comenzaba su camino hacia El Ciclo.

—No mentías —dijo Anna mientras entraba en el claro y miraba alrededor.

—¿Pensabas que sí?

—No —dijo Anna—. Supongo que no, pero tu historia sonaba extraña. ¿Un montón de guías masacrados por un ejército de espíritus y un villano loco blandiendo una espada gigante?

—¿Para Riven? Eso es casi todos los días.

—Para ti, quizás. Al menos ahora tenemos armas —dijo Anna. La astuta tenía razón. Habíamos cruzado con las manos vacías, todo nuestro equipo lejos en las Madrigueras. Había muchas armas esparcidas por el claro y no creía que sus antiguos dueños se molestaran si las tomábamos. Ambos buscamos algo que supiéramos usar.

En el centro del claro, encontré las dos pistolas de Inman, su largo cuchillo y un montón de balas de repuesto. No eran mis armas favoritas, pero las pistolas eran lo suficientemente pequeñas como para llevarlas. Me las metí en los bolsillos. Tomé el cuchillo y luego encontré una espada más larga en otro cuerpo. Ningún látigo, pero podía usar las armas con filo.

—Mira esto —dijo Anna. Miré hacia ella y vi que sostenía lo que parecía una larga cadena con mangos en ambos extremos. A lo largo de los eslabones había pequeñas púas, bordes dentados destinados a cortar—. ¿Qué te parece?

—Eso no parece fácil de usar —dije—. Y esta noche no es el momento de aprender sobre la marcha.

Anna se encogió de hombros—. Voy a llevármela.

Ayudé a Anna a encontrar un par de cuchillos más para colocar en su cinturón y luego miramos alrededor. No había muchos indicadores de hacia dónde ir. Si recordaba correctamente el mapa de Mead, entonces la Montaña estaba al noroeste de aquí. El camino que los otros habían tomado sería directo hacia el norte.

—Estoy de acuerdo —dijo Anna—. ¿Cómo puedes saber las direcciones? No hay estrellas.

—Mira —dije, señalando hacia una parte del claro. La hierba allí estaba destrozada, pisoteada por más pies que en cualquier otra parte—. Si la mayoría de los espíritus vinieron de ese lado, y el Maestro vive en la Montaña, entonces ese sería el lugar al que queremos ir. Solo tenemos que seguir las huellas.

Anna no discutió, y nos adentramos en el bosque. Anna jugaba con la cadena. Practicaba dando vueltas, y casi me arranca la cabeza una o dos veces. Aun así, prefería que supiera qué hacer con ella cuando llegara el momento.

Parecieron horas, pero sin un sol en movimiento o cambios en la luz, era imposible saber el tiempo en Riven. Finalmente, frente a nosotros, apareció una línea abarrotada de espíritus. Caminaban, con ojos vacíos y sin hablar, a través del bosque. Hacia El Ciclo. Fantasmas deslizándose entre los árboles.

Llegamos al borde del camino y los observamos. La larga fila de soldados, pacientes enfermos y hombres, mujeres y niños normales en una larga caminata hacia los últimos momentos de su existencia. Vagando por Riven, veías gente de todos los colores y orígenes, de todas las razas y procedencias. Algunos cruzaban cubiertos de tatuajes o piercings, mientras que otros llevaban elaborados tocados y túnicas espirituales.

Nunca los había visto a todos juntos. Nunca me había dado cuenta de cuántos cientos y miles de espíritus deben estar caminando por este camino cada minuto de cada día. Cuán pocos deben estar perdiendo la cabeza para que podamos mantener Riven a salvo.

—Es casi hermoso —dijo Anna, sus ojos recorriendo la fila—. Todos ellos, de todos estos lugares diferentes y todos están en paz.

—Por ahora —dije—. Nunca me había dado cuenta. Si todos estos espíritus se volvieran locos, no habría manera. No habría forma de que pudiéramos contenerlos.

—El mundo es un lugar grande.

Observamos un rato más hasta que, sacudiendo la cabeza, llevé a Anna entre un par de soldados de ojos muertos y llegamos al otro lado del camino.

—Sigamos caminando. Si recuerdo bien, en el mapa de Laurence, ese círculo está en algún lugar más adelante —dije—. Si algo se llevó a Graham y a los demás, sería eso.

—¿Crees que podemos luchar contra eso? —dijo Anna—. ¿Nosotros? ¿Solos?

—Alec y yo luchamos contra los ghouls y ganamos —dije—. De todos modos, no tenemos elección.

—Oh, eso me hace sentir mejor —suspiró Anna.

Marchamos junto a los espíritus, igualando sus pasos y mirando fijamente hacia el bosque, buscando cualquier señal de nuestros amigos.

LA GRAN CACERÍA



No fue difícil ver dónde comenzaba el círculo rojo de Laurence. A un lado del sendero, a nuestra derecha mientras caminábamos junto a los espíritus, había lo que parecía un árbol gigante hueco. Un tocón tan alto como los otros troncos de la zona. Su copa abierta era una línea de corteza quebrada que se elevaba hacia el cielo.

—¿Qué quieres apostar a que ahí es donde Laurence encontró al necrófago? —dije.

—Tú eres el experto en estas cosas —respondió Anna.

Cierto. Aunque no había cazado muchos necrófagos —el primero vino solo con Alec hace unos meses— se podían notar las señales reveladoras: secciones destrozadas de Riven, falta de espíritus enfurecidos y una sensación general de que no estabas donde debías estar.

—Lo que me desconcierta es que los necrófagos normalmente aparecen cuando hay un montón de espíritus enfurecidos en un área —dije—. Todos estos espíritus son pasivos. O han sido controlados por un guía de vuelta en la ciudad.

—¿Los necrófagos envejecen? —preguntó Anna—. ¿Algo envejece en Riven? Tal vez solía haber espíritus aquí. Laurence dijo que pensaba que el necrófago parecía viejo.

La astuta tenía un buen punto. Riven no parecía cambiar mucho, excepto por el lento deterioro de sus edificios. Un desmoronamiento que tenía tanto que ver con las peleas entre espíritus enfurecidos y guías como con cualquier fuerza natural.

—Es posible —dije—. Normalmente cualquier cosa lo suficientemente grande como para ser notada se atiende rápidamente.

—Estoy diciendo que no sabemos qué es esta cosa —dijo Anna—. Si tratamos de pensar que esto es algo que hemos visto antes, podría ser una mala idea.

—Así que hay que estar preparados para cualquier cosa.

Dejamos atrás a los espíritus y nos acercamos al tocón. Buscamos alrededor de su base. La corteza del tocón era de un marrón desteñido, a diferencia del bosque gris. Patrones y texturas cubrían la madera, a diferencia de los troncos sin rasgos de los otros árboles de Riven. Lo que fuera que hubiera crecido allí, lo que hubiera producido este tocón, había sido algo único.

—Hay una entrada —dijo Anna. Caminé unos pasos delante de mí, alrededor de una curva en el tocón. La seguí y miré. Vi algo que era menos una entrada que un agujero desgarrado. Bordes irregulares y trozos astillados de corteza rodeaban un espacio de seis metros de ancho. La luz se desvanecía en ese agujero, curvándose hacia el suelo.

—Esto parece ominoso —dije.

—Nos escabullimos en un campamento lleno de cadáveres, saqueamos las armas dejadas por

los guías asesinados, caminamos por el sendero con miles de otros espíritus, ¿y ahora dices que esto, esto es la parte ominosa? —dijo Anna.

—Me mantengo en lo dicho —respondí—. Nunca antes había entrado en un árbol.

—Ambos estamos experimentando muchas primeras veces hoy.

Dimos esos primeros pasos a través de la entrada del tocón. Mi mano se deslizó hacia mi cinturón donde, normalmente, tendría un chispero. Algo para proyectar luz frente a mí. Sin uno, descendimos a la oscuridad con solo el más tenue resplandor gris reflejado siguiéndonos.

El aire cambió a medida que descendíamos, espesándose y volviéndose acre con el olor a putrefacción. Un olor inusual en Riven, donde las almas no se descomponían. Algo vivía aquí abajo. O había vivido.

El camino se mantuvo lo suficientemente ancho como para que Anna y yo pudiéramos estirar los brazos a nuestro alrededor sin tocar los bordes. Eso no me daba mucha confianza. Prefería que cualquier monstruo fuera más pequeño que yo. Qué extraño lo raramente que eso ocurría.

El suelo bajo nuestros pies cambió de tierra a madera pulida. Solo que, cuando me agaché para sentir el suelo liso, se sentía como roca aplanada por las olas del océano a través de años y años de presión. El tipo de piedras que encontrarías en una playa, suaves y limpias.

Justo cuando el último destello de luz se apagó detrás de nosotros, vimos un parpadeo al frente. Un susurro de resplandor se escapaba por una curva. Lo seguimos, dando cada paso más lento que el anterior. Ruidos, los gruñidos y murmullos cambiantes de una gran criatura aprovechando al máximo su próxima comida, resonaban hasta nosotros.

—No pensé que los necrófagos tuvieran que comer —dijo Anna.

—No creo que esto sea solo un necrófago.

Cuando doblamos la esquina, no me alegró ver que tenía razón.

Frente a nosotros, bañada en la luz de un agujero en el techo del tocón, colgaba una masa retorcida de raíces, plantas y cuerpos. Espíritus atrapados en enredaderas y ramas, una bola agitada que se conectaba con el exterior del tocón a través de venas de madera y tallos verdes pulsantes. La esfera estaba suspendida en el centro del tocón, como una canica atrapada en una telaraña.

Mientras observábamos, la cosa se movió y cambió. Se transformó y envió partes de sí misma arrastrándose por los tallos, brazos y piernas extendiéndose y siendo retraídos. Ocasionalmente aparecía un rostro, pequeño y áspero en la masa, pero siempre con la boca abierta en un grito silencioso y amplio.

—De todos los horrores en Riven —dije—, nunca había visto uno como este.

—Laurence no mentía —dijo Anna, su voz desprovista de emoción, en completo shock—. Ni siquiera sé cómo llamar a esto. Qué es.

—Espera, mira más de cerca. —Podía ver a lo largo de la esfera, a lo largo de los tallos que sostenían la bola, había cortes. Profundos tajos y quemaduras. Heridas sufridas en una pelea, y algunas de ellas aún goteaban bits de un limo fosforescente en el suelo—. Está herido.

—Graham. —Anna se enderezó, me miró—. Lo siento. La parte de mí que perdí.

Seguí sus palabras. Busqué mis propias conexiones, esa parte de mí mismo que hacía mucho tiempo le había dado a Selena. Y la encontré. Por primera vez en años, mi cuerpo y alma estaban completos. Lo cual significaba...

—Se han ido —dijo Anna—. Esa es la única forma en que se rompe el vínculo, ¿verdad?

Asentí. Selena, ya no podía sentirla. Me había devuelto esa parte. O se la habían arrancado. Agarré la espada que había tomado del cuerpo del guía y la saqué de mi cinturón.

—Solo hay una forma de recuperarlos —dije.

TRABAJO PARA DOS



Tomé la delantera, corriendo hacia la cámara central con la espada en mi mano derecha y una de las pistolas de Inman, cargada y lista para disparar, en la izquierda. Casi me caigo.

Mis piernas se movían más rápido que antes. Mis músculos se sentían más fuertes, más ligeros. Incluso mis ojos eran más agudos; capté los cambios en el gris parpadeante mientras la bestia movía sus zarcillos y extremidades, distinguí las numerosas heridas infligidas por nuestros amigos.

Estaba completo.

No es que al espectro le importara.

No vi ojos, pero nos notó. Con chasquidos y crujidos, el espectro retiró sus conexiones del tocón. Arrancó las ramas y venas hasta que su masa golpeó el suelo del tocón. Esos zarcillos serpenteantes y ondulantes se deslizaron en formación alrededor del cuerpo del espectro, apuntándonos.

—Eso no es bueno —dijo Anna—. Me gustaba más cuando estaba quieto.

—Tengo la sensación de que apenas está empezando —dije—. Tú usa tu cadena y ve si puedes mantenerlo ocupado. Yo iré a por el golpe mortal.

No es que tuviera idea de cuál era la mejor manera de hacerlo. Pensé que una carga directa al centro serviría. Hundir la espada, girar la empuñadura y dejar que el fuego azul hiciera su trabajo. Oí a Anna gritar mientras corría a mi derecha, haciendo ondear en el aire esa cadena con cuchillas. El espectro se giró, el sonido de su cuerpo rozando contra el suelo mientras su ondulante masa marrón y verde se desplazaba hacia Anna. Aproveché la oportunidad para cargar.

El cuerpo principal del espectro, enmarcado por zarcillos verde esmeralda pulsantes, estaba frente a mí. La superficie redonda parecía una bola, perfectamente esférica excepto por donde emergían los zarcillos. Bajo la superficie podía ver los rostros, brazos y piernas cambiantes mientras se retorcían y giraban en su interior.

Después de ver la capa oscura del Maestro y su enorme espada, una pesadilla normal parecía refrescante.

Logré dar diez pasos antes de que el primer zarcillo me atacara, una delgada enredadera que se abatía desde arriba y parecía querer aplastarme contra el suelo. La vi caer, me retorcí y lancé un tajo hacia arriba con la hoja mientras la enredadera se precipitaba hacia mi cabeza. Mi espada cortó el ataque, pero no hizo nada para detenerlo. La enredadera me estrelló contra el suelo y me cubrió con una sustancia pegajosa que manaba del corte que había hecho. La cosa se sentía

cálida, pegajosa. Desagradable. Sentí la enredadera envolverse alrededor de mi pecho y con mi mano izquierda levanté la pistola de Inman. Apunté directamente al centro de la masa del espectro, un blanco demasiado grande para fallar. Y apreté el gatillo.

La pistola rugió. El disparo se incrustó en la bola del monstruo, dispersando un trozo de carne fantasmal de la cosa. Por lo demás, al espectro no pareció importarle. Mientras la enredadera me levantaba, noté que el espectro no gritaba. No rugía. No aullaba de rabia. Solo el crujido áspero y el silbido del viento mientras su cuerpo se desplazaba y movía.

—¿Podrías echarme una mano? —grité mientras la enredadera me arrastraba por el aire. Zarcillos más pequeños se ramificaban desde la enredadera, abriéndose paso entre mis brazos y piernas. La planta apretó, mis extremidades se adormecieron. Mi mano derecha, desarmada, estaba inmovilizada contra mi cuerpo. Tampoco podía recargar la pistola. Si algo no cambiaba pronto, el espectro me aplastaría hasta convertirme en pulpa.

Vi la cadena pasar zumbando cerca de mi cara, envolviéndose alrededor de la enredadera. Los bordes de la cadena se clavaron y la cortaron por completo, cercenando el zarcillo del espectro y enviándome de vuelta al suelo. La enredadera amortiguó mi caída, golpeando primero y estallando en una pila pegajosa de icor. Parpadeé para quitarme el limo, asombrado de descubrir que, de hecho, seguía vivo.

—Ahora es tu turno —gritó Anna desde el otro lado de la cámara. Miré y la vi rechazando un par de enredaderas con sus cuchillos, apuñalándolas cuando se acercaban. Sobre ella, una rama se posicionaba; recta y dura.

—A mi señal, rueda a la izquierda —dije, mis manos apresurándose a recargar la pistola mientras me incorporaba en cuclillas—. ¡Ahora!

Anna se lanzó a su izquierda mientras yo disparaba la pistola. La rama se balanceó para seguirla, lo que la llevó directamente a la trayectoria de mi disparo. La bala explotó en la madera y esparció trozos por todas partes. El cuerpo principal de la rama cayó y aterrizó sobre las enredaderas retorcidas que se giraban para perseguir a Anna, atrapándolas contra el suelo.

—¡Buen tiro! —dijo Anna.

—Lo tomaré como un cumplido.

Enfundé la pistola y desenvainé mi cuchillo, recogiendo la espada del suelo mientras corría de vuelta hacia el espectro. Dos enredaderas más se arquearon hacia mí, pero ahora sabía lo rápido que se movían, y las esquivé. Me hice a un lado para evitar su agarre, luego planté mi pie en el extremo de una y lancé un tajo hacia abajo con la espada, cortándola. La enredadera se retorció, temblando y goteando el mismo fluido azul brillante que las otras partes. Cada vez que pensaba que Riven se había quedado sin formas de ser asqueroso y horripilante, me demostraba lo contrario.

El techo se sacudió. El tocón retumbó y me tomó un segundo darme cuenta de por qué. Las otras ramas del espectro habían girado hacia arriba y golpeaban el agujero, dejando entrar más luz y haciendo que trozos de madera más altos que yo cayeran al suelo.

—¿Qué está haciendo? —dijo Anna, corriendo hacia mí en dirección a su cadena, con una enredadera persiguiéndola.

—Huyendo —dije, sin tener idea de si era cierto. Así que fui tras él.

Me acerqué a pocos metros de la bola y salté hacia ella. Mientras saltaba, con trozos de madera cayendo a mi alrededor, el espectro se elevó hacia su nueva y más amplia abertura. Blandí la espada y sentí cómo se hundía en la piel del espectro, o lo que fuera. Y me encontré colgando de mi propia hoja. El suelo del tocón desapareció bajo mis pies y, con un grito, levanté mi brazo izquierdo con el cuchillo. Clavé el cuchillo en el espectro, dándome un segundo punto

de agarre.

El espectro se elevó por encima del tocón, sus enredaderas y ramas extendiéndose hacia el cielo y destrozando las copas de los árboles cercanos. Me aferré a mis hojas, manteniendo un agarre firme. No podría sostenerme para siempre, y si caía desde aquí, bueno, Anna tendría que limpiar mis restos esparcidos.

El espectro se alejó del tocón, desplazándose por el suelo del bosque, usando sus ramas para clavarse en la tierra y moverse a sacudidas. Intenté girar el mango de la espada para activar el fuego, pero no tenía el punto de apoyo necesario. Incluso tratar de liberarme podría hacerme caer en picado hacia el suelo. Mis brazos ardían. Necesitaba moverme.

Con la izquierda, me arriesgué. Retiré el cuchillo y lo clavé más arriba. Luego, con la derecha, saqué la espada. El movimiento me hizo balancear hacia atrás mientras el espectro se sacudía sobre la hierba muerta. Me dolía la muñeca izquierda, pero me aferré y me lancé de nuevo contra el espectro, clavando mi espada un poco más arriba. Por su parte, el espectro ignoró mi ascenso mientras caminaba. Tomé un aliento innecesario y repetí los pasos. Subiendo mis hojas poco a poco por el cuerpo del espectro hasta que llegué a la cima. Hasta que me paré en la cabeza de la cosa.

Y vi dónde estábamos.

Debajo de nosotros, bajo la masa arremolinada y retorcida de enredaderas y ramas, estaba la línea infinita de espíritus marchando hacia El Ciclo. El espectro comenzó a alimentarse. Uno tras otro, el espectro recogía espíritus del camino y los empujaba hacia su masa esférica. Los presionaba contra su piel, incluso donde yo la había cortado. Dondequiera que los espíritus tocaban, el espectro crecía más. Los cortes sanaban. Nuevas enredaderas comenzaban a brotar.

Se nos acababa el tiempo para vencer a esta cosa.

Levanté la espada y la clavé en la parte superior del espectro. Iba a girar el mango cuando vi un rostro en la piel debajo. Los ojos de Selenia, esa cicatriz viciosa, me miraban vacíos y sin ver. El brillo al que me había acostumbrado ya no estaba en su mirada muerta.

Dudé.

El espectro me golpeó con fuerza, me lanzó volando de su cabeza con una gruesa enredadera. Pequeñas hojas crecían activamente a mi alrededor, extendiendo sus diminutos zarcillos entre mis brazos y piernas y envolviéndolos alrededor de mi cuello.

—No estás jugando limpio —dije, arrepintiéndome inmediatamente de abrir la boca cuando más plantas se dispararon hacia adentro. La enredadera sabía a espinacas, llena de hierro y amargura. Trituré las hojas con mis dientes. Si el espectro quería despedazarme, bueno, lo haría pagar. Le daría todo el poder de mis encías rechinantes.

Las enredaderas me balancearon por el aire, me suspendieron donde podía ver cómo el espectro continuaba alimentándose. Mientras se hacía más fuerte, presionando a los espíritus indefensos uno por uno. Vi a uno de los espíritus corriendo, agarrando una enredadera y cabalgando hacia la parte superior del espectro. Justo antes de que el espíritu se estrellara contra su piel, vi sus brazos moverse, una cadena salir volando y envolverse alrededor de la enredadera.

Ese no era un espíritu. Anna nos había alcanzado, y se liberó. Cayó hacia el espectro y aterrizó cerca de mi espada. Mientras la enredadera crecía hojas frente a mis ojos, coloreando el mundo de un tono más claro de verde, vi a Anna trepar hasta la espada y girar el mango.

El fuego azul corrió por la hoja y se extendió por la criatura, bajando por sus costados y subiendo por sus enredaderas y a lo largo de sus ramas. Sentí que mi enredadera se estremecía, las hojas retirándose de mi boca y marchitándose. Reduciéndose a nada mientras me sostenían a seis metros sobre el suelo.

Caí.

REENSAMBLAJE



No conocía a los espíritus sobre los que aterricé, los que aplasté contra la tierra, pero agradecí a todos y cada uno de ellos mientras me ponía de pie. A mi alrededor, la marcha interminable continuaba, solo que ahora en esta parte del camino, enjambres de espíritus se quedaban mirando los árboles a su alrededor. Las vidas consumidas por el espectro durante su largo reinado.

—¡Carver! —dijo Anna—. ¿Dónde estás?

—Por aquí —dije, sin estar realmente seguro de dónde era aquí. Miré alrededor, escudriñando los rostros. Dentro de poco, todos los espíritus se dirigirían hacia El Ciclo. Había cientos de ellos. Tenía que encontrar a Selena. A Graham, Katherine y Nicholas también.

Anna se abrió paso a empujones entre un grupo de marineros de siglos de antigüedad. Sus abrigos ornamentados contrastaban con su apariencia tosca. Ella se veía maltrecha; moretones por toda la cara y más de unas cuantas cortadas y astillas sobresaliendo de las partes desgarradas de su ropa. A juzgar por la multitud de dolores y molestias que rebotaban por mi cuerpo, deduje que ambos nos sentíamos terribles.

—No puedo creer que estemos vivos —dijo Anna tan pronto como se acercó a mí.

—¿Por qué? Somos guías. Esto es lo que hacemos.

—Basta. Esto no es lo que hacen los guías. Los guías se encargan de uno o dos espíritus enojados en un callejón de la ciudad. No atacan a una criatura gigante cubierta de enredaderas mortales giratorias y luego se ponen arrogantes cuando por suerte logran la victoria.

—No sé de qué estás hablando —dije—. Dejé la espada allí para ti. Sabía que la alcanzarías.

Anna me miró boquiabierta, sacudiendo la cabeza. —Si mi mano no tuviera al menos tres astillas, te abofetearía ahora mismo.

—De todos modos tienes que guardar energía —dije—. Todavía tenemos que encontrar al resto, vincularlos de nuevo y luego cruzar para poder recomponernos.

—No. Espera un segundo —dijo Anna. Me miró a los ojos, con el rostro desafiante—. Hicimos algo increíble. Vas a dedicar una frase. Al menos una frase, para reconocerlo.

Tenía razón. El espectro que habíamos derrotado, ¿quién sabe cuánto tiempo había estado aquí? ¿Cuántos espíritus había devorado? Sabíamos que había vencido a Graham y Katherine, hasta ahora el dúo de guías más mortífero que había visto. Anna y yo, y seamos honestos, principalmente Anna, habíamos vencido a la criatura mediante una combinación de suerte, habilidad y determinación. Me sentí mal por haber dudado de ella, por haber insultado sus habilidades, porque se había demostrado como una de las mejores guías que jamás había visto.

—Cuando quieras —dijo Anna, sacándose una astilla del hombro.

—Está bien. Eres increíble. Eso fue asombroso. Me alegro de que no estemos muertos. ¿Podemos irnos ya? —dije.

—Supongo que eso es todo lo que voy a conseguir.

—Supones correctamente.

Pasamos mucho tiempo buscando entre las almas. Deambulando por multitudes de espíritus e inspeccionando sus rostros. Buscando atuendos familiares. Finalmente los encontramos, los cuatro juntos, comenzando a caminar al borde de la multitud.

Si alguna vez has visto a alguien que amas mirarte como si no existieras, entonces entenderías lo que sentí al ver a Selena. Me acerqué a ella y se volvió para mirarme. Sus ojos se encontraron con los míos y no vi nada de ella en ellos. Ningún reconocimiento, ningún pensamiento.

Cuando había liberado a Graham de su vínculo con el Maestro, él había conservado algo de esa personalidad. Todavía era, en cierto grado, él mismo. Los espectros eran diferentes. Devoraban espíritus, los reducían a nada. No sabía si alguna vez podría recuperarla.

Tenía que intentarlo.

Anna observó mientras tomaba la mano de Selena y buscaba ese pinchazo. Buscaba esa conexión para unirnos allí en ese bosque gris. Cuando la encontré, me vertí en ella. Mi cuerpo se marchitó mientras mi energía se agotaba a través de nuestro contacto, mientras lo que me daba vida pasaba a ella. Encontró un hogar, y sentí cómo crecía el vínculo. Un lazo entre nuestras almas se formó a partir de la mía.

—¿Carver? —la voz de Selena se derramó como agua helada sobre mi rostro. No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos, pero los abrí y la vi mirándome. No el espíritu de ojos muertos, sino la misma Selena.

—Has vuelto.

—Se siente bien —respondió Selena, mirando sus manos que apretaban con fuerza—. No recuerdo nada de eso. Nada después de que el espectro nos atacó. Y ahora estás aquí.

—Lamento no haber estado allí.

—No es tu culpa —Selena sonrió—. Creo que casi lo teníamos. Graham y Katherine lo mantenían distraído mientras yo protegía a Nicholas. Él preparó algo que explotó. O que se suponía que iba a explotar. Pero no vimos todas las enredaderas.

—Tenía muchas de esas —dije—, y sabían horrible.

Selena arqueó una ceja.

—Olvidalo.

Vinculé a Nicholas y Katherine de nuevo, despertándolos de su letargo. Anna hizo lo mismo con Graham y después de revivir las peleas y los desafíos entre nosotros, todos volvimos al tocón para recuperar sus armas.

Se sentía extraño renunciar a esas partes de mí otra vez. Me había acostumbrado tanto a estar sin ellas; siempre siendo más lento de lo que debería ser. Cansándome más rápido. Ser mi yo completo se había sentido bien. Tal vez algún día lo tendría de nuevo.

—Carver —dijo Anna cuando todos estuvieron reunidos—. Probablemente deberíamos irnos. Cruzar de vuelta. Hemos estado aquí por mucho tiempo.

—¿Pueden continuar? —les pregunté a mis padres, a Selena y Nicholas. Asintieron.

—Esa cosa nos tomó por sorpresa —dijo Graham—. No creo que el Maestro sea un monstruo gigante lleno de enredaderas. Nos encargaremos de él.

—Si podemos —dije—. Intentaremos volver por el mismo camino mañana por la noche. Nos

encontraremos en la Montaña.

—Me gusta esa idea —dijo Nicholas—. Me dará tiempo para estudiar los alrededores. Encontrar un plan.

—Planes —Graham sacudió la cabeza—. Entrar corriendo con un martillo en alto, eso sí es un plan.

Anna y yo los dejamos continuar, regresamos pasando la línea de espíritus, al claro, a las camas de hierba y cruzamos de vuelta a casa.

TRABAJO POLICIAL



Abrí los ojos y me encontré con el ancho cañón negro de una pistola, y detrás de él, el ceño fruncido de un agente de policía. Llevaba el uniforme estándar azul y cobre, con el metal entrelazándose con la tela alrededor de varias insignias y dispositivos. Me dio un momento, dejó que recuperara el aliento. Miré a la derecha y noté que Anna estaba mirando fijamente el arma.

—Ahora que ambos están despiertos, espero que no les importe darme algunas respuestas —dijo el agente—. Hace tiempo que no tenía a alguien que decidiera quedarse dormido en la escena de un crimen. Particularmente cuando ese alguien no quiere despertar.

—Estábamos en Riven —dije antes de que Anna pudiera tener alguna idea—. Somos guías. Estábamos tratando de averiguar qué sucedió.

—Guías —dijo el policía—. Guías tan lejos de aquí. Justo pasando por aquí después de que todos los demás murieran.

Podría haber dicho cualquier cosa. Podría mentir; protestar que éramos inocentes y que solo habíamos tropezado con la cabaña como un lugar para pasar la noche para completar nuestra cuota. O podría decir la verdad, decir que había estado aquí la noche en que masacraron a los guías, pero todo lo que conseguiría sería un interrogatorio. Preguntas sobre por qué no había ido directamente a la policía. Así que opté por la tercera opción.

—Es asunto de guías —dije—. Riven es un desastre y estamos tratando de limpiarlo. El grupo de aquí cometió errores, vinimos a arreglarlos.

—¿Ah, sí? —dijo el agente—. ¿Por qué no se levantan y vienen con nosotros? Entonces pueden contarme todo sobre exactamente qué errores se cometieron.

—Con gusto —dije. No es que tuviera idea de lo que iba a decir. Si realmente verificaban con los guías sobre mi nombre, encontrarían mi estatus de fugitivo justo ahí.

—Carver —dijo Anna. Levanté la mano.

—No digas nada —dije mientras nos levantábamos de las camas y seguíamos al agente fuera de la cabaña—. Cuanto menos puedas implicarte, mejor. Si tenemos suerte, seguirás siendo guía después de que salgamos de esto.

Varios agentes más deambulaban por el campamento afuera. Cuando nos vieron salir, uno de ellos se quitó una mochila y sacó un par de lo que parecían collares.

—¿Qué son esos? —susurró Anna.

—Collares de choque —dijo el policía—. Normalmente los guardamos para los escurridizos. Cualquiera que sienta que Riven es un lugar para esconderse. No recomendaría cruzar mientras

llevas uno de estos.

—Reacciona a tu respiración. Si empiezas a uniformarla, como si te estuvieras quedando dormido, te dará una descarga —dijo. Había tenido una experiencia breve y desagradable con esos durante el entrenamiento. Una demostración para mostrar lo que pasaría si te desviabas. No tenía duda de que Polk o Derringer tenían uno en la casa de Ezra y, si hubiera esperado un momento más, habrían intentado ponérmelo.

—Realmente estás arruinando toda esta experiencia de guía —dijo Anna.

—Mal momento de tu parte —respondí.

—Ya que ambos son tan habladores —dijo el agente—. ¿Qué tal si me cuentan sobre esos errores?

Entré en una versión censurada de la historia, inventando un cuento sobre cómo todas las personas aquí eran antiguos guías, cómo habían intentado abrir un agujero a través de Riven de vuelta al mundo real. Sobre cómo ese agujero no funcionó. Atrajo a muchos espíritus. Demasiados. Las propias ambiciones de los guías les habían costado la vida.

—Suenan como si fueran un verdadero grupo de hombres y mujeres malvados —dijo el agente cuando terminé. Su expresión impasible no había cambiado en absoluto. No tenía idea de si había creído la historia—. Pero aquí está lo curioso. Nosotros y todos los demás departamentos alrededor de Chicago, por cientos de kilómetros, recibimos un aviso anoche. Sobre un guía que se había ido por su cuenta y se negaba a la justicia que los de su clase insisten en impartir por sí mismos. Incluida en este aviso había una descripción. Una que casualmente se parece a ti. También incluía una nota sobre una máscara. Negra y dorada. Creo que estarás de acuerdo en que la que llevas ahí tiene esos colores.

El agente nos colocó los collares de choque en el cuello a cada uno. Se sentían apretados, fríos. Cada vez que tragaba o respiraba, mi garganta rozaba contra el metal.

Vi que los ojos de Anna se dirigían hacia mí. Negué ligeramente con la cabeza. Cuatro agentes, dos de nosotros. Podríamos haber sido capaces de ganar, pero hay cosas de las que no se vuelve. Atar espíritus, incluso herir al guía en Riven, eso era diferente. Aquí en el mundo real, estos oficiales tenían familia, amigos. Un cegamiento, ser cortado de Riven para siempre, aún significaba que eras libre. No encerrado en una celda de prisión.

—Parece que ya has tomado una decisión —dijo.

—Tal vez lo haya hecho —dijo el agente—. Creo que será mejor que empiecen a caminar. En el camino hacia allá, de vuelta a la estación, me van a dar la verdadera historia. Porque ahora mismo tengo un carro con veinte cuerpos y nadie que me diga cómo llegaron allí.

—No lo vas a entender —dijo.

—Confía en mí —respondió el agente—. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que este mundo no proporciona respuestas fáciles. No da explicaciones claras. Pero eventualmente alguien vendrá y las pedirá de todos modos. No necesito entender, necesito poder decir por qué.

Así que mientras marchábamos hacia la estación, volví a contar la historia. Le hablé sobre el hombre de la capa con la gran espada y el ejército de espíritus que masacró a los que habían hecho el campamento. El agente lo tomó todo sin interrumpir, y finalmente asintió cuando terminé.

—Ahora esa es una historia que puedo creer —dijo el agente mientras caminábamos hacia la estación de tren—. No porque suene creíble, sino porque la forma en que la dijiste demostró que *tú* la creías.

Esperando en lo alto de las escaleras de la estación estaban Polk y Derringer, sus ojos con un brillo mortal. Derringer favorecía su brazo derecho, y cuando vio que lo había notado, me lanzó

una mirada ardiente. Ellos serían los escoltas. Encantador.

—Nos llevaremos a estos dos desde aquí, oficial —dijo Polk.

—Deberían saber que ambos han sido cooperativos. Para ser fugitivos, la mejor compañía. Incluso me ayudaron a limpiar mi investigación.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Polk. Los seguimos al tren y nos señalaron un par de asientos.

—Directo al hospital esta vez —dijo Derringer—. Directamente a cirugía. Tu juego ha terminado, Carver. —Luego se volvió hacia Anna—. Lástima que te haya arrastrado a esto. Había oído que tenías potencial.

—Fue divertido mientras duró —respondió Anna.

El tren hizo sonar su bocina y comenzó a retumbar, de vuelta a la ciudad. Hacia los bisturíes que extirparían a Riven para siempre.

ESPOSADO



Polk y Derringer estaban sentados en un banco frente a nosotros, mirándome con ojos entrecerrados y suspicaces. Sus bocas se crispaban. Derringer tosió una vez contra su muñeca, luego volvió a su mirada fija. Como si quisieran hacerme una pregunta, pero esperaran a que yo hiciera algo primero. Yo, con un collar de choque alrededor del cuello y esposas en las manos.

Supongo que será mejor que empiece.

—Parece mucho esfuerzo para un solo guía herido —dije—. ¿Están apartando a dos de ustedes de su cuota solo por esto?

Derringer miró a Polk, revelándome su orden de operaciones. Polk podía ser el líder y Derringer sería el músculo. La facilidad con la que asumieron sus roles me hizo preguntarme cuántas veces habrían hecho esto. ¿Eran los manipuladores de confianza de Piotr cada vez que un guía se salía de la línea?

—¿Sabes qué es gracioso, Carver? —dijo Polk—. Estábamos en Detroit. Estábamos cumpliendo nuestra cuota. Entonces Derringer y yo fuimos a nuestro punto de encuentro habitual. Como ese bar que tienes en Chicago. ¿Ezra's?

Asentí. Polk hablaba con un mal acento, un hábito de enfatizar las sílabas equivocadas. Como un actor aprendiendo a hablar viendo películas mudas.

—Como ese. Solo que cuando llegamos allí, Piotr estaba sentado en la mesa. Esperándonos. Ahora, no sé cuándo fue la última vez que lo viste. Pero para mí, para Derringer aquí, Piotr se veía viejo. —Polk abrió mucho los ojos, hizo un encogimiento de hombros impotente—. Se veía cansado. Como si hubiera estado en muchas peleas. Había tenido muchas noches en Riven, y muchos días aquí luchando por la supervivencia de todos nosotros. ¿Sabes lo que dice Piotr? ¿Sabes lo que nos dice cuando Derringer y yo nos sentamos?

—¿Que están haciendo un trabajo estupendo?

—Nos dice que hay este nuevo chico, este tipo que él pensaba que sería un guía excelente, que sería tan buen guía que aunque solo ha sido parte de nosotros por unos pocos años, merece dirigir Chicago. Derringer y yo nos miramos como diciendo, oye, ambos hemos estado haciendo nuestro trabajo por más de una década, y no estamos recibiendo nada. Pero nos quedamos callados. Lo aceptamos. Porque eso es lo que hacen los guías leales. —Pude ver que Polk empezaba a temblar. Sus antebrazos se estremecían, las manos agarraban el banco. Derringer puso una palma en el hombro de Polk—. Así que cuando Piotr nos dice que es el guía que él pensaba que sería la próxima gran cosa, que el hombre que nos está ayudando a salir de estos

tiempos oscuros, nos dice que este chico maravilla ha ido y ha herido a uno de los nuestros. Ha roto nuestras reglas. No tardamos mucho en subirnos al tren.

—Ni siquiera le preguntaron por qué, ¿verdad? ¿Por qué pensaba que yo estaba haciendo esto?

—Oh, no —dijo Polk—. ¿Deberíamos haberlo hecho? ¿Deberíamos haberlo interrogado? ¿Intentado cuestionar al hombre que mantiene viva nuestra orden por sí solo? ¿O, ya sabes, le das esta? Considerando que todas las pruebas están de su lado.

—Me están cazando —dije—. Por eso estoy aquí.

—¿A quién no están cazando? —se burló Derringer—. ¿A ti? ¿A mí? Todos tenemos espíritus tras nuestro pellejo. Todos estamos lidiando con un terror tras otro cada noche.

—Entienden —dijo Anna—, las personas que vienen tras Carver no son como los espíritus. Están tratando de encontrarlo. Solo a él.

—¿Por qué es eso? —dijo Derringer—. ¿Qué te hace tan especial?

Una parte de mí quería soltar la sopa. Decirles que yo, por un accidente de nacimiento, podría ser el fin de todo. Pero entonces, ¿por qué me creerían? ¿Por qué importaría? Si de todos modos me iban a llevar, ¿a quién le importaba?

—Digamos que no soy solo un guía —dije—. Debido a mis padres, puedo ser utilizado por alguien más.

—¿No es eso misterioso? —dijo Polk—. ¿No eres especial?

—¿Oyes eso, Polk? —dijo Derringer—. Este tipo cree que es mejor que nosotros.

—No es eso —dije—. Tienen que dejarme ir. Mantenerme aquí pone a Riven en riesgo.

—Hablas de cómo te están cazando en Riven —dijo Polk—. Parece que hay una solución simple para ti. Te llevamos de vuelta al hospital. Te cegamos. Entonces, ¿adivina qué? No más Riven. No más cacería. Estás a salvo. Piotr está feliz.

—Todos ganan —añadió Derringer.

No tenía un argumento contra eso. Tenían razón, hasta cierto punto. Cegarme, no podría ser utilizado para crear un agujero fuera de Riven. Solo que eso todavía dejaría al Maestro ahí fuera. Dejaría a quien viniera después a merced de sus planes. No podía permitir que eso sucediera.

—¿Qué hay de las personas que me cazan? —pregunté—. ¿Quién se va a encargar de ellas?

—¿Por qué no nos das todos los detalles? —dijo Polk—. Nos encargaremos de ello por ti. Derringer y yo. Los cazaremos. Enviaremos a ese espíritu desagradable al Ciclo. Junto con esos espíritus que ataste allá.

—Polk, no te ofendas, pero ustedes dos no tendrían ninguna oportunidad contra mis amigos —dije—. Si me ciegan, lo mejor que podrían hacer sería mantenerse fuera de Riven por un tiempo. Porque descubrirán quién me cortó, y no estarán contentos.

Polk se rió. —¿Amenazas? Eres algo más, Carver.

—No es una amenaza —dije—. Es una certeza.

Polk se inclinó hacia adelante en el banco, con los codos sobre las rodillas. —¿Sabes qué? ¿Alec? Dice que sabe todo sobre dónde has escondido a tus amigos. Tan pronto como te ceguemos, cruzaremos y nos encargaremos de ellos. No me importa lo buenos que creas que son tus espíritus, estarán superados en número. Sobre pasados.

—Rompiste las reglas, Carver —dijo Derringer—. Es lo que te mereces.

Fuera de las ventanas, los campos comenzaron a salpicarse de edificios. Las calles se abrían paso entre los acres amarillos y verdes del inicio del verano. La luz del sol bañaba el mundo de oro.

Quería volver al gris de Riven.

OPERACIÓN SIMPLE



El Dr. Barrington Farth me miraba de la misma manera mientras se preparaba para separarme de Riven, como lo hizo cuando me contó cómo murió mi madre: clínico, distante, metódico. Alec me había atado a la cama del hospital, con Anna igualmente confinada a mi lado. Lo llamaban cirugía, pero el cegamiento realmente consistía en una pequeña incisión debajo de la sien. Cortar una parte del cerebro.

Había posibles efectos secundarios.

—Antes solíamos golpearte particularmente fuerte en un lado de la cabeza —explicó Barrington—. Como te puedes imaginar, esto llevaba a algunos traumas desafortunados. Una mayor probabilidad de muerte. Esta forma es bastante agradable.

—De verdad lo estás vendiendo bien —dije.

—Carver, cállate —dijo Alec. Estaba de pie en la esquina, cerca de la puerta, supervisando. Para asegurarse de que Anna y yo no intentáramos algo extraño. Todavía llevábamos los collares de choque. Listos para electrocutarnos si intentábamos escapar yendo al otro mundo.

—Primero sentirás un ligero pinchazo mientras te anestesia —continuó Barrington—. Luego, el procedimiento en sí solo tomará un momento. Un simple corte, unas pocas suturas, y estarás libre de tu carga.

—¿Crees que esto es justo? —le dije a Alec.

—No es mi posición. No es mi decisión —dijo Alec—. Les haré saber.

Se refería a Selena. Graham y Katherine. Nicholas. Eso solo se aplicaba si podía llegar a ellos lo suficientemente rápido. Si Alec pudiera cruzar a Riven a tiempo para decirles a mis padres lo que había sucedido antes de que, liberados de su vínculo, viajaran al Ciclo y desaparecieran para siempre.

Barrington se volvió hacia una pequeña mesa y cargó una jeringa, metiendo la aguja en un pequeño vial y llenándola con un líquido transparente. Debería haber sentido pánico. Temor. En cambio, mi mente se nubló con el malestar de lo inevitable. Lo había intentado y había fracasado. Solo esperaba que tomara el tiempo suficiente para que los otros pudieran terminar su misión. Encontrar al Maestro y eliminarlo antes de que el cegamiento los liberara.

—Oye, Alec —llamó Polk desde el pasillo—. Bryce está aquí. Dice que quiere hablar contigo.

—¿No te habías retirado? —preguntó Derringer, su voz fuerte llegando hasta la habitación. No escuché la respuesta de Bryce.

Alec me miró a los ojos y negó con la cabeza. —No debería haber venido por ti.

Alec salió de la habitación y escuché sus voces yendo y viniendo. Polk y Derringer intervinieron mientras Bryce protestaba por el tratamiento. La injusticia de mi sentencia, que Anna no tenía derecho a ser incluida en ella. Polk respondiendo que Piotr tomó la decisión y, como guías, tenían que obedecer sus órdenes. Fue entonces cuando escuché el puñetazo. Un golpe sordo en el pasillo. Los gemidos ahogados de Polk resonaron en la habitación.

Barrington se volvió al oír el sonido, sosteniendo la jeringa en el aire como un arma, y luego el doctor se encogió de hombros y retrocedió hacia la esquina de la habitación. Otro par de golpes fuertes y un grito de una enfermera, y escuché otro cuerpo caer al suelo. Bryce entró, frotándose los nudillos.

—Estos nuevos guías nunca aprenden a pelear fuera de Riven —me dijo mientras se inclinaba sobre la cama y soltaba las correas—. Tienen sus juguetes elegantes allá, pero pídeles que se enfrenten en una pelea a la antigua y se desmoronan.

—¿Qué estás haciendo?

—Alec me contó lo que estaba pasando —dijo Bryce—. Me opuse a ello. Hay cosas más importantes ahora que castigar a un guía por una pequeña lesión.

—No te dejarán salir de esta.

—No quería enfrentarme a mi familia todos los días sabiendo que había permitido que esto le sucediera al hijo del mejor guía que he conocido —dijo Bryce—. Vale la pena el riesgo.

Bryce presionó los cierres a ambos lados del collar de choque, manteniéndolos presionados durante diez segundos completos. El collar rechinó mientras sus engranajes giraban. Se abrió de golpe, un lado abriéndose para dejar salir mi cuello. Yo podría haber mantenido presionado el cierre por mí mismo; los collares de choque normalmente iban emparejados con esposas, y el tiempo que tardaban los engranajes del collar en desbloquearse daba a los guardias amplia oportunidad de intervenir.

—¿Supongo que no habrá procedimiento hoy? —murmuró Barrington desde la esquina.

—Supones correctamente —dije, saliendo de la cama y poniéndome el abrigo.

—Tendrán que salir de la ciudad —dijo Bryce mientras desencadenaba a Anna—. Si se quedan aquí, los encontrarán. Mi suposición es que, después de esto, se olvidarán del cegamiento y buscarán soluciones más permanentes.

Salimos de la habitación y nos dirigimos por el pasillo, pasando junto a las formas inconscientes de Polk y Derringer. Alec nos observó, con los brazos cruzados, mientras pasábamos. Esperaba que dijera algo, tal vez una amenaza o una burla. Alguna medida de reconocimiento. Pero cualquier guerra que Alec librara continuaba dentro de su cabeza y permaneció en silencio.

Fuera del hospital, Anna y yo nos dirigimos hacia la estación de tren. La forma más rápida de salir de la ciudad. Bryce no se movió con nosotros. Miró hacia el norte, de vuelta hacia su casa.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Anna.

—No voy a dejar a mi familia —respondió Bryce—. Si deciden cegarme, no me importa. Ya he terminado con Riven de todos modos.

Extendí mi mano y cuando Bryce la tomó, lo atraje hacia un fuerte abrazo. —Gracias por todo.

—No vayas a desperdiciar mi gesto —dijo Bryce—. Váyanse.

Dejamos atrás a mi antiguo mentor y corrimos por las calles. Hacia la estación de tren y, con suerte, una salida de la ciudad. Aunque no era tan grande como Union Station, los trenes cerca del hospital ofrecían algunas opciones. Uno iba hacia el sur, en dirección a St. Louis, y otros se dirigían hacia el este, rumbo a Detroit. Mantuve mi máscara quitada, respirando el aire áspero y

atrayendo miradas, pero si había habido algún tipo de comunicado sobre mí, ir sin la máscara negra y dorada me daría algo de cobertura.

—Tú, ahí —gritó uno de los policías de la estación, señalándome con su porra—. ¿Cómo te llamas?

Miré a mi alrededor, apartando a Anna de mí. Intentando conseguirle algo de cobertura. Salí de la fila para los boletos, fingiendo no oír. El policía repitió su pregunta y seguí moviéndome. Sopló su silbato y eché a correr. De vuelta por las escaleras y hacia la acera. Tosí, mi respiración acelerada arrastraba demasiado aire áspero para que mis pulmones lo soportaran. Me puse la máscara de golpe y encendí el respirador.

El oficial se abalanzó sobre mi espalda y sentí que me agarraba el abrigo. Me retorcí con el movimiento y me lo sacudí de encima, enviando al oficial al suelo. Tres más se dirigían hacia mí, subiendo a toda prisa las escaleras de la estación. Así que salí corriendo.

Las calles alrededor de la estación mostraban señales de una nueva era para Chicago. Las tiendas y oficinas de madera estaban siendo derribadas para dar paso al metal forjado. Construcción omnipresente. Pequeños zepelines que transportaban materiales se balanceaban en lo alto, guiando a personas y vigas a sus lugares correspondientes. Multitudes cambiantes de trabajadores en la mañana tardía movían su masa de cuerpos por las calles o en los taxis automáticos. De vez en cuando, mientras me escabullía entre la multitud, vislumbraba uno de los mechs de la ciudad, las altas bestias de dos o cuatro patas que, con chimeneas expulsando humo, patrullaban retumbando.

Irrumpí entre la multitud y me encontré en una gran intersección, con grupos bulliciosos cruzando por turnos siguiendo señales azules y rojas en postes de tres metros. Al azar, giré a la izquierda. Por una larga acera que se extendía frente a una hilera de oficinas que ofrecían diversas representaciones legales. El tipo de oficina que probablemente necesitaría en ese momento. Frente a mí, al final de la cuadra, una pierna de metal negro apareció pisando fuerte. Seguida por otra.

La cabina del mech, un medio óvalo con un parabrisas de cristal en la parte superior y un par de grandes cañones debajo, giró para apuntar en mi dirección. Sus cañones se enfocaron en mí, y me detuve. Levanté las manos.

—Carver Reed —anunció el mech, la voz del piloto adquiriendo un tono mecánico al salir de la máquina—. Estás bajo arresto, y cualquier acción tomada sin nuestro consentimiento resultará en tu ejecución inmediata.

SAL DE LA CIUDAD



Anna me agarró del hombro y me arrastró a un callejón. Fuera de la vista del mech. Luego continuó, tirando de mí con un agarre férreo en mi muñeca.

—Puedo correr por mi cuenta —dijo, tratando de liberar mi mano de su agarre.

—Entonces hazlo —dijo Anna, pero me soltó. Anna siguió moviéndose, tomando la derecha en la siguiente separación entre los edificios y saliendo a la calle detrás del mech. Cruzó la calle corriendo, esquivando un par de taxis y metiéndose en otro callejón.

La seguí, jadeando a través de mi respirador. Decir que no salía a correr muy a menudo era quedarse corto. El ejercicio venía en rachas. Sesiones de entrenamiento para perfeccionar técnicas con Bryce. Flexiones en el suelo de mi apartamento. No había otras opciones.

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando Anna finalmente se tomó un segundo para respirar.

—Al aeródromo —dijo Anna.

—Pensé que ibas a conseguir boletos de tren.

—Estaban vigilando los trenes —dijo Anna—. Los oficiales tenían fotos nuestras. No había forma de que pudiéramos subir a uno.

—Oh, ¿pero un zepelín va a ser mucho más fácil?

—Si tenemos suerte. —Anna se puso en marcha de nuevo.

Salimos a una gran avenida que se dirigía hacia el oeste. Una calle ancha con múltiples taxis, multitudes agitadas y muchos policías buscándonos, sus máscaras azules y cobrizas moviéndose entre los atuendos más comunes. Anna mantuvo la cabeza baja y se escabulló entre los grupos, tratando de mantenerse fuera de la vista. Yo la seguí, excepto que había algunas cosas que la chica más baja y pequeña podía hacer que yo no podía. Como pasar desapercibida.

—¡Los tengo! —bramó una voz detrás de mí.

—Eres lo peor —dijo Anna.

—Podrías haberme dejado allí —respondí mientras volvíamos a correr. Mientras los mechs se giraban para seguirnos y los oficiales nos perseguían, seguimos zigzagueando entre la gente. Tratando de evitar cualquier tiro claro. Funcionó, al menos por un tiempo. Avanzamos tres manzanas antes de que los constantes silbatos y gritos de alarma despejaran las calles.

Cuando un mech carga su arma, suena como un zumbido palpitante. Una clara señal de que estás a punto de ser despedazado en un millón de trocitos. Alcancé a Anna, la agarré y salté hacia el escaparate de una tienda. Rompimos las ventanas de cristal mientras la acera estallaba en disparos. Las chispas brillaron detrás de nosotros, las balas rebotando en la calle y atravesando la ventana que habíamos hecho añicos. Una ventaja de estar cubiertos con un abrigo y una máscara

es que el cristal no logró cortarnos. Algunos nuevos arañazos en nuestra ropa, pero nada de sangre.

—Ese es un buen truco —dijo Anna—. ¿Añadiendo vandalismo a nuestros cargos?

—Seguimos vivos, ¿no?

—No puedo discutir eso —dijo Anna y nos dirigimos hacia la parte trasera de la tienda. Estaba llena de vestidos y camisas, blusas y pantalones. La gente dentro corrió detrás del mostrador de ventas o se agachó entre los estantes de ropa. Cualquier cosa para mantenerse fuera de la vista de los dos locos que huían por su tienda. Detrás de nosotros, los oficiales entraron por la puerta, gritando y haciendo sonar sus silbatos.

Pasamos corriendo por la parte trasera, más allá de filas y filas de ropa que no llegaba a la parte delantera de la tienda. Los empleados nos miraban fijamente mientras pasábamos y reprimí el impulso de saludar. No era el mejor momento. Salimos por la puerta trasera, hacia otro callejón.

—Por aquí —dijo Anna, girando a la derecha y corriendo paralela a la calle ancha en la que casi nos habían matado antes.

Una manzana más abajo por el callejón y oí a los oficiales detrás de nosotros, alcanzándonos. Nosotros corríamos en Riven, estos tipos lo hacían aquí, en el mundo real. Donde sus músculos les daban una ventaja tremenda.

—Necesitamos una nueva estrategia —jadeé mientras nuestros pies golpeaban el pavimento.

—Aquí —dijo Anna. Se metió por la parte trasera de un restaurante. Directamente a la cocina donde el personal de servicio y los chefs estaban preparando las cenas. La seguí, chocando contra sartenes y empujando a la gente fuera del camino. Creo que murmuré disculpas, pero no podía estar seguro. Caos navegado por instinto. Tratando de no morir.

Salimos corriendo por el frente del restaurante hacia una calle más pequeña. Anna giró a la izquierda, luego se zambulló entre un par de edificios volviendo por donde habíamos venido. Anna disminuyó la velocidad, se arrastró mientras avanzábamos por el callejón. Nos escondimos detrás de un gran contenedor de basura y observamos cómo grupos de oficiales pasaban corriendo. Persiguiendo nuestro rastro.

—¿No pensarán que nos dirigimos al aeródromo? —dije—. ¿Dado que es allí donde íbamos?

—No íbamos allí —dijo Anna—. El aeródromo principal está en esa dirección. Al que vamos nosotros es mucho más pequeño. Al sur.

Había oído hablar de ese. Unos pocos vuelos al día a las principales ciudades. Solo zepelines de clase de lujo, los que tardarían más pero te daban una ruta panorámica. Una oportunidad de disfrutar realmente tu tiempo sobre las nubes.

—¿Estamos escapando en las naves lentas?

—No sabía que tuvieras un horario que cumplir —dijo Anna.

Eso me detuvo por un momento. Supongo que no tenía ningún lugar al que ir. Esperando a que Graham y Katherine fueran a encargarse del Maestro. ¿Hasta que tuvieran éxito? Solo tenía que sobrevivir.

—Tienes razón.

—Bien, vamos —dijo Anna y nos escabullimos de vuelta al callejón más ancho y salimos disparados por la calle en dirección opuesta a la que habíamos empezado. Esta vez, cuando llegamos a la calle concurrida, había muchos menos oficiales. Ninguno de ellos escaneando nuestros rostros. ¿Por qué prestar atención a los fugitivos cuando habían estado huyendo en la dirección opuesta?

Nos tomó otra hora de caminata, pero llegamos al aeródromo del Sur. Allí en el centro, sobre

un enorme parche de césped despejado, se encontraba un zepelín tan grande como un campo de fútbol. Sus numerosos ventiladores giraban con el viento, manteniendo ociosamente el zepelín en su lugar. Largas cuerdas ataban la nave al suelo mientras la gente abordaba. Subían por una larga escalera conectada a una plataforma con ruedas en la base. Una serie de oficiales uniformados recogían los boletos y daban la bienvenida a todos.

—Supongo que tienes el dinero para esto, ¿no? —le pregunté a Anna—. Porque no planeaba comprar boletos de avión para cruzar el país hoy.

—No lo necesitaremos —dijo Anna. Se dirigió directamente hacia la taquilla, a una fila en particular. Un hombre la miró con ojos penetrantes cuando ella se paró frente a él y sonrió.

—¿Vas a cobrar el favor? —preguntó el hombre.

—Es hora de salir de Chicago por un tiempo —dijo Anna—. ¿Tienes espacio para dos?

—Con la guerra, hay mucho espacio. Parece que a la gente no le gusta viajar por placer cuando el mundo se está desmoronando.

—Imagínate —murmuré.

El hombre selló un par de boletos y se los entregó a Anna. Nos deseó un buen viaje. Esperé hasta que pasamos el par de oficiales que revisaban los boletos, hasta que subimos a la aeronave, para preguntar de qué se trataba toda esa conversación.

—Si un cliente no puede pagar —dijo Anna—, le pregunto qué más puede hacer. Si hay algo que pueda ser útil más adelante. Él dijo que podía conseguirme un viaje gratis en uno de los barcos a cambio de hacerle un favor en Riven.

—No es un mal trato.

El interior del zepelín hacía juego con el encanto clásico de Ezra. Trabajos ornamentales en madera y largos pasillos iluminados eléctricamente brillaban con calidez. La alfombra color mostaza combinaba con las puertas y paredes de color marrón oscuro, y los números de las habitaciones tallados en bronce pulido colgaban sobre cada cabina. Pasamos por una serie de comedores, una pequeña biblioteca y una amplia galería de observación con ventanas en todos los lados e incluso una gran sección de vidrio en el suelo.

—¿Has estado alguna vez en uno de estos? —le pregunté a Anna. Ella negó con la cabeza—. Yo tampoco. Tal vez, cuando no nos estén persiguiendo, podamos intentarlo de nuevo. Disfrutarlo de verdad.

—¿Ustedes los guías alguna vez pueden hacer eso? —dijo Anna—. ¿Disfrutar? Porque todo lo que hemos estado haciendo desde que me uní ha sido arriesgar nuestras vidas de una forma u otra.

—Tienes que encontrar los momentos.

—La próxima vez que veas uno, ¿te importaría avisarme?

Llegamos a nuestra cabina y Anna introdujo la llave, la giró en la cerradura y abrió la puerta. Un par de camas se acurrucaban contra las paredes en una habitación por lo demás espaciosa. Ventanas por todas partes miraban hacia el campo. Cuando estuviéramos en el aire, nos permitirían ver en todas direcciones. Una botella de vino descansaba en un estante en la pared, con copas. Aperitivos cubrían una mesa acompañante, quesos y embutidos. Una nota daba la bienvenida a los pasajeros a la cabina de lujo. El contacto de Anna había cumplido con creces.

—¿Anna? —dije—. Este es uno de esos momentos.

VIDA DE LUJO



En medio de la opulencia del camarote, mis ojos se centraron en las dos cosas más importantes de la habitación. Las camas. Tan pronto como entramos en el camarote, cerré la puerta tras nosotros y la aseguré. Nuestros amigos se estaban acercando al Maestro y, si queríamos encontrarlos, si queríamos ayudarlos, teníamos que movernos.

—¿Crees que las camas están vinculadas? —preguntó Anna.

—El barco parece nuevo, así que espero que no —dije. Si nadie había usado las camas para cruzar a Riven antes, entonces estarían desvinculadas. Abiertas. Anna y yo podríamos concentrarnos en un lugar particular en Riven y cruzar allí. A partir de entonces, estas camas estarían atadas a ese lugar para siempre. Por supuesto, podríamos intentar usar el suelo si las camas no funcionaban, pero aun así teníamos que ser capaces de quedarnos dormidos. Despertar de una larga sesión en Riven sobre una superficie dura normalmente significaba un cuerpo entumecido, un día entero lamentando la noche anterior.

—¿Entonces, cuál es el plan? —preguntó Anna, acostándose en su cama.

—Propongo que visualicemos el tocón. Es el único lugar que puedo imaginar que estará más cerca —dije. No podías simplemente nombrar un lugar en Riven e ir allí desde una cama desvinculada. Tenías que conocerlo. Ser capaz de guiar tu espíritu allí mientras cruzaba.

—El tocón será entonces.

Me acosté en la cama, me quité la máscara y miré al techo por un minuto. Oficialmente un fugitivo. Huyendo tanto de los guías como de la policía ordinaria. En el caso improbable de que registraran el barco mientras estábamos en Riven, nos llevarían sin oponer resistencia. Nos encerrarían y, suponiendo que pudiéramos cruzar de vuelta, nos encontraríamos en celdas. Por otro lado, si Selenia y los demás necesitaban ayuda y nos quedábamos aquí demasiado nerviosos para hacer algo, entonces todo sería inútil. Entonces todo el sacrificio, el guía herido, no habría servido de nada.

Teníamos que esperar que no viniera nada por nosotros. Que nuestro camarote de lujo besara los cielos sin que la policía nos sacara de él. Oí que la respiración de Anna se volvía regular mientras cerraba los ojos. La última vez que cruzamos, casi nos matan. Esta vez no sería diferente. Íbamos a encontrar al Maestro y poner fin a esto.

HACIA LA MONTAÑA



Nos unimos a los espíritus que se alejaban del tocón. Esa larga y concurrida corriente de almas de todas las formas y tamaños marchando hacia la Montaña en la distancia. Una vez más, estábamos desarmados. Un problema que resolver cuando alcanzáramos a los demás.

Disfruté del tranquilo paseo por el bosque después de las rápidas carreras huyendo de los oficiales en Chicago. Mientras no me concentrara en los muchos muertos, el silencioso caminar me permitía relajarme. Las hojas brillaban con la brisa y ninguno de los dos hablaba. Aprovechamos la oportunidad para recomponernos.

En un momento intenté contactar con Selena y la sentí, le envié algo de tranquilidad a través de nuestro vínculo y recibí su cálida respuesta. No estaba frenética ni asustada. Aún no estaban luchando contra nadie.

La Montaña se alzaba gradualmente en el borde de nuestra visión, borrosa a través de las interminables olas de gris y ceniza flotante que componían el aire de Riven. Finalmente, sin embargo, subimos hasta la entrada. Un portal cortado en el lateral, perfecto y con veinte yardas de ancho para permitir el paso de la multitud de espíritus. Graham, Katherine, Selena y Nicholas estaban esperando.

—¿No intentasteis entrar? —dije.

—Lo hicimos —respondió Graham—. Exploramos bastante. Incluso encontramos algunas de estas cosas.

Graham hizo un gesto detrás de ellos. Había un montón de varias armas y túnicas, capas y abrigos. La mayoría parecía equipo de guía, pero viejo, agrietado y desgastado por el uso. Algunos llevaban versiones del símbolo del guía en diferentes tamaños, algunos grabados o cosidos con telas simples. En lugar del cuero grueso que componía la mayor parte de nuestro nuevo equipo, varios de estos estaban hechos de tela fina. Casi harapos.

—¿Qué significa esto? —dijo Anna mientras rebuscaba entre las armas, buscando algo que pudiera usar—. Nada de esto parece estándar.

—Significa que los guías no siempre estuvieron en la ciudad de Riven —dijo Katherine—. O alguien, en algún momento, trajo esto aquí.

—Los espíritus que el Maestro envió para asesinar a Inman no tenían armas —dije—. Eran inteligentes, pero solo usaban sus manos y bocas. Si él tenía estas disponibles, ¿por qué no usarlas?

—Tengo la sensación de que están destinadas a otros —dijo Graham—. Esta, por ejemplo. —Graham señaló una hoz de aspecto particularmente cruel cuya punta se curvaba en una lengua

bifurcada. Las escamas estriadas de una serpiente componían el resto de la hoja curva—. Es el mismo tipo de arma que empuñaba Rainier, uno de los primeros guías de Chicago. Podría incluso ser la misma.

—¿Por qué estaría aquí?

—Las cosas no envejecen en Riven —respondió Nicholas—. Es posible que alguien la encontrara. Recogiera el arma y la trajera a la Montaña. O incluso que Rainier muriera y la dejara aquí.

—Hay una persona que podrá responder a esas preguntas —dijo Selenia.

—Selenia tiene razón —dijo Graham—. Estamos aquí. Estamos listos. Hagamos el trabajo.

Recogí la hoz y una espada más corta. Más larga que los cuchillos, y más ancha, pero las dos se sentían bien en mis manos. Anna, por su parte, encontró una simple maza con pinchos sobresaliendo de su cabeza. Similar a la que Nicholas había hecho para ella.

Entonces, conmigo a la cabeza, nos unimos a la fila de espíritus y nos dirigimos hacia el interior de la Montaña para encontrar al Maestro.

Y acabar con él.

LOS ANTIGUOS



Caminamos por la abertura hacia la Montaña, la roca gris que se cerraba a nuestro alrededor bloqueaba el cielo. Profundo en el túnel, más allá de los límites de la luz gris de Riven, un resplandor azul parpadeaba en las paredes. El mismo tono pálido que ardía en los ojos de los espíritus enojados e iluminaba nuestras armas cuando intentábamos enviar esa ira al olvido.

—¿De dónde crees que viene? —preguntó Anna, señalando con la cabeza hacia el túnel. Los espíritus pasaban junto a nosotros, continuando su viaje hacia El Ciclo.

—Mira a tu alrededor —dije—. Viene de donde ellos van.

—Este sería el lugar apropiado para El Ciclo —dijo Nicholas—. Si El Ciclo está en la base de la Montaña, entonces la Montaña y toda su roca son lo único que lo mantiene a raya.

—Si es que El Ciclo es algo que realmente se puede contener —dijo Katherine—. Nunca lo he visto.

—Puede que tengas tu oportunidad —dije y seguí caminando. Nunca había estado en una cueva antes. Al menos, no en una natural. Chicago tenía muchos caminos subterráneos, pero estaban hechos de metal y piedra. No eran recorridos por una masa interminable de espíritus.

A medida que nos adentrábamos en la cueva, el aire se volvía más claro, la neblina cenicienta de Riven no llegaba muy lejos en las profundidades. La luz exterior desapareció, reemplazada por el resplandor azul. Se reflejaba arriba y abajo en las paredes de la cueva, sus superficies brillantes servían como espejos para el tono zafiro. De vez en cuando, un camino se ramificaba hacia un lado, y cada vez miraba a Graham y Katherine, quienes negaban con la cabeza.

—Ahí es donde encontramos el equipo —dijo Graham después de la primera bifurcación—. Todos los que exploramos terminaban en un pequeño círculo con un cojín de hojas y hierba. Armas y abrigos yacían a su lado. Cuanto más cerca de la entrada, más antiguo era el equipo.

—Parece que la gente cruzó por aquí —dije.

—Esa es también mi impresión —añadió Nicholas—. Hay evidencia de que los guías una vez usaron la Montaña como base.

—Pero ya no. Ningún guía que conozco ha estado aquí. La mayoría probablemente ni siquiera se da cuenta de que existe.

—¿Por qué lo necesitarían? —dijo Graham—. Toda la diversión está de vuelta en la ciudad. Estos espíritus hace mucho que dejaron de necesitar nuestra ayuda.

Finalmente, la cueva se abrió a una gran cámara con un espacio central plano y rocoso. Alrededor de ese círculo, los espíritus continuaban caminando por una escalera en pendiente hacia las profundidades. El círculo contenía una cosa que me hizo pausar. Hacia el fondo, contra

una pared, había una cama improvisada, con sábanas dispersas y una almohada raída. La gran espada que había visto empuñar al Maestro colgaba detrás de la cama, un par de picos clavados en la roca servían de apoyo para la empuñadura de la espada. Junto a la cama, en el suelo, yacía su misma capa con capucha.

—Creo que lo encontramos —dije.

—Excepto que no está aquí —respondió Selen—. Solo que, ¿por qué un espíritu necesitaría una cama?

—Significa que el Maestro no es solo un espíritu.

Rodeamos la cama. Para ser una figura tan letal, el Maestro no vivía en el lujo. La torre del reloj que había usado durante años en Chicago se alzaba en dorado contraste con esta existencia espartana.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Graham—. ¿Esperamos?

Casi dije que sí. Casi dije que deberíamos estar con nuestras armas desenvainadas para que cuando el Maestro cruzara pudiéramos atacar antes de que tuviera la oportunidad de parpadear. Pero el ruido rasposo de una espada desenvainada atrajo nuestra atención. Nos hizo girar como grupo hacia la escalera descendente y, en ella, un espíritu que no llevaba más que una túnica raída, sosteniendo una larga hoja que reconocí de otros guías en el lado opuesto del mundo: una katana.

—Esas armas no les pertenecen —dijo el espíritu.

—¿Tú eres? —respondí.

—Takeda —dijo el espíritu—. Antiguo líder de los guías. Y destructor de ladrones.

Entonces Takeda, destructor de ladrones, corrió. Se precipitó más profundo en la cueva, empujando a los espíritus y desapareciendo.

—¿Recuerdas tu historia? —preguntó Graham.

—Takeda vivió hace dos siglos —dije—. No entiendo cómo puede seguir aquí.

—Digo que vayamos a preguntarle —dijo Graham.

Nos dividimos; Graham, Katherine y yo decidimos perseguir a Takeda por las escaleras mientras los otros vigilaban la cama del Maestro. Pensé que podrían encargarse del Maestro cuando cruzara, tomando forma indefenso en ese montón de tela.

Los tres corrimos tras Takeda, circulando más profundo en las entrañas de la Montaña. La luz azul se intensificó hasta el punto de casi lastimar mis ojos, obligándome a entrecerrarlos hasta que se adaptaron. Empujé espíritu tras espíritu mientras el camino se estrechaba. Se angostó hasta que solo dos cuerpos podían moverse uno al lado del otro. El techo se encogió, rozando la parte superior de mi cabeza y obligándome a agacharme. Y entonces lo encontramos. La fuente de nuestra salvación y nuestro fin último.

El Ciclo se extendía en un inmenso espacio frente a nosotros. Su radiante azul giraba hasta donde podía ver y más allá. Un lago de aura cerúlea agitada. Frente a nosotros, en una planicie plana que se estrechaba en un solo punto, caminaban los espíritus. Se movían hasta el mismo borde y sin romper el paso caminaban y caían en El Ciclo. Takeda los observaba, con la katana aún desenvainada. A su lado estaba un espíritu aún más viejo que no tenía más que un largo bastón y una túnica sencilla. Juntos se volvieron hacia nosotros cuando entramos.

—¿Lo encuentran hermoso? —nos preguntó Takeda—. Deberían, ya que pronto se sumergirán en él.

—He visto cosas mejores —dije. Lo cual era una mentira total. Si pudieras mirar directamente al sol, y el sol fuera tan grande como el cielo, entonces podrías entender cómo era ver El Ciclo de cerca. Tuve que concentrarme en el suelo, concentrarme en los espíritus, porque

mirar ese azul significaba hundirse en él y no volver nunca.

—Cuéntanos —dijo Katherine—. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Después de tantos años?

—No honraremos a los ladrones con respuestas —dijo Takeda. Asintió hacia el otro espíritu, que volvió su rostro hacia nosotros. Algún destino terrible le había arrancado la cara al espíritu, dejando la boca hecha un desastre mutilado. La nariz rota. Sus huesos estaban ennegrecidos.

—Zolin —dijo Graham—. Líder de los guías allá por el 1500. Un monje. Su templo fue quemado y destruido por España mientras avanzaban por México. Con él dentro.

—¿Así que ahora hay dos? —dije—. ¿Ambos antiguos líderes? ¿Ambos mucho más viejos de lo que cualquier espíritu debería ser?

—Es una coincidencia inquietante —dijo Graham—. Una que creo que podemos rectificar.

Graham sacó su martillo de la espalda y mantuvo su muñeca enguantada lista. Katherine desenfundó sus bastones, y yo levanté la hoz. Realmente deseaba tener mi látigo. Mis cuchillos. Enfrentándome a algunos de los mejores guías que jamás habían existido, preferiría hacerlo con armas que supiera usar.

—¿Estáis listos? —dijo Takeda. Apuntó la espada, esa larga katana, hacia nosotros. Innumerables espíritus pasaban caminando, ajenos al mundo que les rodeaba.

—Vamos —dije, y corrí hacia adelante.

DUELOS



Graham se dirigió directamente hacia Takeda, mientras Katherine se separó para enfrentarse a Zolin, dejándome con una elección. ¿A cuál de mis padres quería más?

Fácil. Graham había intentado matarme tantas veces; mi madre merecía mi ayuda. Así que me escabullí pasando el espíritu de un soldado, me adelanté a mi madre y lancé la hoz hacia adelante para encontrarme con el golpe de Zolin. Zolin detuvo el ataque con su bastón y me arrancó la hoz de la mano. Mi arma voló por la habitación y rebotó en la pared de la cueva. El desarme de Zolin hizo que su bastón se abriera, dejando espacio para que lo apuñalara con la espada. La hoja se clavó en el costado de Zolin y él respondió golpeándome con el bastón y alejándose.

Rodé sobre un trío de espíritus y me incorporé para ver a mi madre golpeando a Zolin con sus bastones, con mi espada aún clavada en su cuerpo. Ella hizo retroceder al monje con una ráfaga de golpes, cada bastón siguiendo un ritmo de ataques de arriba a abajo por el cuerpo de Zolin. Noté que mi madre tenía especial cuidado en golpear también mi espada, hundiéndola más profundamente. Desesperado, Zolin soltó el bastón, ignorando los bastones de mi madre que se clavaban en sus brazos. Agarró a mi madre y la arrojó al suelo.

—Eso no es pelear limpio —dije mientras tacleaba al monje. Agarré uno de los bastones de mi madre, clavado en el cuerpo de Zolin como mi espada, con mi mano derecha y lo empujé en el espacio vacío de la boca del monje. Zolin gimíó, más bien un zumbido sin lengua para dar forma al sonido, y se agitó mientras lo empujaba hacia el borde de la plataforma. Puse mi pierna detrás de la de Zolin y lo hice tropezar hacia atrás sobre el borde. Mientras caía, alcancé con mi mano izquierda y agarré el otro bastón de mi madre. La espada corta cayó con Zolin en ese abismo azul.

—¡Carver! ¡Cuidado! —gritó Graham. Me di la vuelta y levanté los bastones a tiempo para detener la hoja de Takeda. La katana vino hacia mi cara y rebotó en los bastones. La fuerza me lanzó hacia atrás, mis pies rozando el borde del acantilado. Takeda se preparaba para otro golpe cuando vi el martillo de mi padre estrellarse contra la espalda del espíritu y derribarlo. Me aparté del borde, ganando algo de distancia. Graham tenía varios cortes profundos en los brazos y las piernas. Takeda no había caído tan fácilmente.

Graham alcanzó al espíritu y, mientras recogía su martillo del suelo, Takeda se giró con un movimiento de la katana, apuntando hacia el estómago de Graham. Mientras la katana se elevaba, Graham disparó un cable ardiente desde su muñeca. Se enrolló alrededor de la mano de Takeda y se incendió. El espíritu soltó la katana y aulló de dolor. Dolor que mi padre, con un

golpe de martillo a dos manos, puso fin.

Ambos empujamos al inmóvil Takeda fuera del acantilado, hacia El Ciclo. Dos leyendas guía borradas, y ninguna nos dio respuestas.

—Decepcionante, ¿no? —dijo una voz detrás de nosotros. Una voz que conocía. Encapuchado y sosteniendo su espada en la cintura, con la punta tocando el suelo, estaba el Maestro. Su máscara de obsidiana brillaba con la luz azul de El Ciclo, aún astillada por el disparo desesperado de Inman—. Han estado aquí abajo tanto tiempo que han perdido su filo. No son más que recuerdos lastimosos.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunté, tratando de deshacerme de los oscuros escenarios que pasaban por mi mente. Que el Maestro estuviera aquí significaba que había cruzado y ninguno de los otros lo había detenido. Lo que significaba que Selena, Anna y Nicholas estaban muertos o capturados.

—Ya han encontrado los espíritus aquí. Líderes de los guías de hace siglos. ¿Cuántos más creen que hay? —dijo el Maestro—. Más de los que sus amigos pueden manejar, al menos.

—Si les has hecho daño... —advirtió Katherine.

—¿Harás qué? Te conozco, espíritu, y no tienes las habilidades para hacerme sudar.

—Tal vez no te has dado cuenta de que estás en desventaja numérica —dijo Graham—. Tres contra uno no son buenas probabilidades.

—¿Acaso parezco asustado? —respondió el Maestro.

Este era el momento. Casi podía sentirlo, como si el destino nos estuviera arrastrando a esta única pelea. Una oportunidad para deshacernos de la persona detrás del peligro y la muerte que me habían seguido durante tanto tiempo. Excepto que no podía sacar a Selena de mi cabeza. Necesitaba saber que estaba bien. Necesitaba asegurarme de que Selena, Anna y Nicholas no estuvieran muertos. O a punto de estarlo.

Así que cargué contra el Maestro, sosteniendo mi hoz en una mano y el largo bastón de Zolin en la otra. No era una combinación ideal, pero este no era momento para la perfección. El Maestro giró la espada, sosteniendo la hoja recta detrás de él, y luego dio un paso adelante y la balanceó para encontrarse con mi ataque. Mientras me acercaba, clavé el bastón en el suelo y me impulsé, salté y lancé mis pies hacia adelante. Sentí la espada silbar debajo de mí, sentí que se llevaba una parte de mi abrigo, mientras pateaba al Maestro en el pecho.

Caí al suelo, miré para ver al Maestro levantándose. Rodé hacia adelante y me lancé sobre él, tacleando al hombre y llevándolo al suelo conmigo.

—¡Vayan! —dije—. Salven a los otros y luego vuelvan por mí.

¿Me escucharían mis padres, o intentarían cobrar su propia venganza? De cualquier manera, no podía prestar atención. El Maestro apartó mis manos y, de alguna manera, me levantó y me arrojó a un lado. Me agarré de la pared, mirando hacia la escalera para ver a Katherine y Graham desapareciendo por ella.

—No importa —dijo el Maestro, siguiendo mi mirada—. Están corriendo hacia una trampa.

—¿Qué, ese ejército de espíritus que tenías antes?

—Esos no son espíritus, son todos guías. O solían serlo —dijo el Maestro. Recogió su espada del suelo y se volvió para encararme. Mi hoz parecía terriblemente pequeña en comparación—. Muchos de ellos son tan antiguos que ni siquiera tenían armas. O las que usaban se han roto con el paso de los años, dejándoles solo con lo que pueden rebuscar.

—¿Por qué siguen aquí? —pregunté.

Una parte de mí quería atacar de inmediato. Una parte de mí quería lanzarlo todo contra el Maestro. La otra parte de mí sabía que yo sostenía una pequeña hoz y que, con esa espada, el

Maestro podría partirme por la mitad sin pensarlo. Tenía que esperar que Graham y Katherine, que los demás, volvieran y juntos pudiéramos abrumar al Maestro. Así que intenté mantenerlo hablando.

—Un pacto —dijo el Maestro—. Uno que se está volviendo innecesario.

—¿Un pacto?

El Maestro dio otro par de pasos y arrastró la espada por el suelo en un movimiento ascendente hacia mi torso. Retrocedí fuera de su alcance y bailé por el borde de la plataforma, cerca del acantilado con El Ciclo extendiéndose detrás de mí. El Maestro siguió mis movimientos, pero con indiferencia.

No quería matarme.

—Como ahora sabes, Carver, tú puedes ser el camino de salida de Riven —dijo el Maestro—. Una válvula controlada para aliviar la presión en estos tiempos oscuros.

—Lo haces sonar tan simple. —Me deslicé entre el flujo incesante de espíritus. Si no otra cosa, los fantasmas de personas del pasado servirían como buenos escudos contra cualquier golpe de espada.

—Debería serlo —dijo el Maestro—. Si no puedes ver lo que está sucediendo, que Riven se está colapsando, entonces eres más ciego de lo que esperaba.

—¿Así que la única forma de salvar Riven es darte lo que quieres? —dije—. Qué conveniente.

—De nuevo hago la oferta, y de nuevo la rechazas —dijo el Maestro—. Si no cambiarás de opinión, entonces te mantendré aquí, atrapado en Riven, hasta que tu cuerpo dormido pueda ser encontrado.

—Inténtalo —dije.

En lugar de responderme, el Maestro se volvió hacia el flujo de espíritus. Seguí su mirada y, mezclado con la gente común y los soldados que se precipitaban hacia El Ciclo, se movía un par con túnicas medievales. Fuertes y sin voluntad, se arrastraron hasta el borde y saltaron al Ciclo con los demás.

—Con cada victoria que tus amigos obtienen —dijo el Maestro—, yo me hago más fuerte. Con cada atadura rota, tu esperanza se desvanece. Ahora, Carver, creo que es hora de cerrar esa boca tuya. El pasaje se abrirá con tu vida, no requiere nada más.

El Maestro levantó la espada y la blandió, abriendo una línea a través de los espíritus y esparciendo sus cuerpos por el suelo. Entró en la brecha, su mirada penetrando a través de su máscara hasta mis ojos. Retrocedí hasta que sentí mi pie rozar la única cosa que podría sacarme de esta con vida.

PROBABILIDADES SINIESTRAS



Mientras el Maestro corría hacia adelante, me agaché, agarré la katana de Takeda y la empujé como una lanza. El Maestro se deslizó hacia un lado, hizo descender su espada con fuerza sobre la katana y la arrancó de mi mano. El arma de Takeda voló por el acantilado y cayó en El Ciclo, uniéndose a su dueño en la otra vida. Pero me había comprado un momento de impulso.

Me lancé con la hoz, intentando acercarme al alcance del Maestro. Dejando la gran espada en su mano derecha, el Maestro encontró mi ataque con su izquierda. Agarró mi muñeca cuando la hoz se acercaba a su cabeza y la sostuvo con firmeza. Miré fijamente esa máscara de roca negra, esos ojos ocultos bajo la oscuridad de su capucha, e intenté encontrar alguna medida de humanidad.

El Maestro intentó volver a traer la gran espada, así que copié su movimiento y agarré su muñeca derecha con mi mano izquierda. Forcejeamos, nuestra fuerza se medía en mi desesperación y su determinación. Escuché al Maestro jadear, no por sorpresa o miedo, sino de deleite. Su mano izquierda torció mi muñeca hacia atrás, alejó la hoz, y usé el empujón para retroceder del Maestro y salir del alcance de la espada. De dónde el Maestro había sacado ese repentino aumento de fuerza, no lo sabía.

—Otro vínculo desaparecido —dijo el Maestro—. Carver, salva a tus amigos. Deja esta futilidad.

El Maestro me dejó tomar distancia, me dejó rodearlo y poner mi espalda hacia los espíritus, hacia el camino que subía la Montaña. De nuevo el Maestro se tomó su tiempo, jugando conmigo. Vi su mirada volver a la escalera; otro espíritu extraño entre la horda. Otro con vestimenta más antigua, pero este lo reconocí.

—Pierce —dije. El Maestro asintió—. ¿Murió hace 20 años?

—Lo vinculé ese día —respondió el Maestro, siguiendo mi retirada alrededor de la habitación.

—¿Cómo? ¿Cómo pudiste lograr vincular a todos ellos?

—Tantas preguntas —dijo el Maestro—. ¿Qué importa?

Levantó su espada de nuevo, y cuando vino hacia mí, le arrojé la hoz a la cara y corrí. No ganaría esa pelea. No con un arma que no sabía usar, contra un enemigo más fuerte que yo, y que parecía tener todas las ventajas. Subí las escaleras de un salto, empujando y derribando espíritus a mi alrededor. Tratando de crear cualquier obstáculo que pudiera para evitar que el Maestro me persiguiera. O al menos para ganar algo de tiempo.

Llegué de vuelta al rellano, donde estaba la cama del Maestro, y vi una masacre. Graham y Katherine estaban trabajando junto a Anna y Selena, con Nicholas observando, mientras se abrían paso a través de una larga fila de espíritus. Antiguos líderes guía, la mayoría sin armas, todos ellos cargando con abandono temerario para ser combatidos y sometidos por mis amigos.

El Maestro sacrificando su ejército por sí mismo.

—Están vinculados a él —grité—. Con cada muerte lo están haciendo más fuerte.

—¿Entonces qué propones que hagamos? —dijo Graham, aplastando su martillo contra la cara de otro espíritu anciano—. Tenemos que luchar, o nos harán pedazos.

—Entonces no los sometan —dije—. Mantengan el fuego fuera.

Selena, con su cuchilla brillando, giró su muñeca mientras se hundía en el siguiente espíritu. El fuego se apagó y, en lugar de caer al suelo con la mirada en blanco y listo para ser ciclado, el espíritu se tambaleó, agarrándose la garganta herida. El espíritu se recuperaría, eventualmente, pero aún así quitaba fuerza al Maestro.

—¡Carver, detrás de ti! —gritó Anna. Me di la vuelta y vi al Maestro, con la espada en alto, abriéndose paso a golpes entre los espíritus mientras subía las escaleras.

—Graham, Katherine. Tenemos que enfrentarlo juntos —dije—. Selena, Anna, ustedes mantengan a los otros espíritus a raya.

Mis padres escucharon la llamada y se apartaron de sus objetivos. Selena se adelantó para cubrirlos mientras los tres nos volvíamos hacia el Maestro. Busqué en mi cinturón y me di cuenta de que no tenía arma. Graham me miró y se rio.

—Mejor deja esto a nosotros dos —dijo Graham—. Solo vas a estorbar.

No se equivocaba. Necesitaba encontrar un arma, y rápido. Retrocedí mientras Katherine y Graham se enfrentaban al Maestro. Lo mantuvieron inmovilizado en las escaleras; el martillo de Graham obligaba al Maestro a interceptar con su gran espada. Katherine intentó ponerse detrás, para golpear al Maestro con sus bastones. Mientras se movía, el Maestro retrocedió por las escaleras y cortó con su gran espada en un alto arco hacia su izquierda. La hoja cortó la pierna de Katherine, derribándola con un grito.

Un espíritu me tacleó por detrás. Un loco maniático con la barba más larga que mi torso. Sus manos arañaban mi cara y yo las apartaba. Rodamos por el suelo mientras intentaba poner mi codo bajo la barbilla del espíritu para alejar sus dientes que chasqueaban. Chocamos contra una pared de roca, deteniendo nuestro revolcón conmigo de espaldas. El espíritu presionó su rodilla contra mi estómago, retorciendo mis intestinos y haciendo girar mi visión. Una de las manos del espíritu se echó hacia atrás, con el codo flexionado y listo para asestar un puñetazo en mis ojos, cuando vi un destello. Nicholas apuñaló al espíritu con uno de los pernos de ballesta que había llevado para mí, cuando recién habíamos dejado el apartamento, cuando todavía tenía el arma.

El perno estalló en fuego azul, sometiendo al espíritu enfurecido. Empujé el cuerpo inerte lejos de mí, otra alma restaurada al Maestro.

—Gracias —le dije a Nicholas, poniéndome de pie—. ¿Tienes más de esos?

Nicholas negó con la cabeza.

—Ya he usado varios.

Me volví hacia las escaleras y vi a Graham montando una defensa frenética mientras el Maestro luchaba por subir de nuevo. Estaba golpeando más rápido que antes, con ataques más precisos. Graham hacía todo lo posible para mantener el martillo rebotando la espada. El Maestro convirtió un golpe cruzado en una estocada desde arriba. Graham levantó el martillo desde el suelo y desvió el golpe, pero el Maestro giró con el impulso, trayendo la gran espada de vuelta más rápido de lo que Graham pudo detener su propio golpe de martillo.

El Maestro gritó, un alarido de dolor. Katherine había clavado sus bastones en sus piernas. Allí tendida, gravemente herida, asestó un golpe que salvó la vida de Graham, tal como era. Graham no lo desaprovechó. Mi padre torció los hombros y envió el martillo estrellándose contra la cabeza del Maestro. El golpe impactó la máscara de cristal negro y la hizo añicos, enviando al Maestro tambaleándose escaleras abajo.

Me fijé en su rostro. Claramente visible bajo la luz azul del Ciclo. Los ojos viejos, la espesa barba blanca, el largo cabello gris de Piotr, el líder viviente de los guías.

UNA DESPEDIDA FORZADA



Quería hacer mil preguntas. Mil cosas que quería decir en ese instante cuando vi su rostro. Cuando vi que Piotr había estado detrás de todos los ataques, el encadenamiento y el sufrimiento de mis padres, y las amenazas a mis amigos. Pero antes de que pudiera expresar alguna de ellas, escuché a Anna gritar detrás de mí.

—¡Son demasiados! —Anna sonaba frenética y me di la vuelta. Estaban abrumados. Cinco espíritus estaban haciendo retroceder a Selena y Anna, todas ellas con múltiples heridas, golpes que deberían haber sometido a los espíritus. En cambio, los cortes no significaban nada para aquellos que ya estaban muertos. Sin embargo, usar el fuego azul solo haría más fuerte a Piotr.

Tenía que tomar una decisión. Si nos quedábamos y no acabábamos con Piotr en un minuto, seríamos abrumados. Si nos íbamos, suponiendo que lográramos salir, quién sabe cuándo volveríamos aquí.

Detrás de mí, Graham continuaba su defensa desesperada, mientras la sonrisa dentada de Piotr crecía con cada golpe. Frente a mí, Selena gritó cuando un espíritu le arañó el antebrazo. No podíamos ganar.

—Tenemos que huir —dije—. ¡Usen el fuego!

Selena y Anna no dudaron, envolviendo una vez más sus armas en llamas azules y abriéndose paso entre los espíritus. Empujé a Nicholas tras ellas.

—Carver —oí gritar a mi padre—. ¡Sácalos de aquí!

—Estoy en ello —respondí. No es que estuviera haciendo mucho. Lo que no hubiera dado por mi látigo. Por esos cuchillos ahora mismo. Selena y Anna, ellas sí que estaban trabajando. Agachándose bajo las uñas que arañaban y esquivando embestidas para asestar puñaladas y estocadas con armas improvisadas, enviando un espíritu tras otro a su ardiente destino azul.

Seguí a Selena, Anna y Nicholas escaleras arriba hacia la salida. Miré atrás a mis padres, que aún contenían a Piotr en la escalera. Piotr parecía estar jugando, probando el alcance del martillo. Mi madre estaba en el suelo, sujetando su pierna herida. Incapaz de moverse. Incapaz de correr.

—Seguid adelante —le dije a Nicholas y a los demás—. Seguid corriendo hasta que estéis fuera y luego seguid corriendo más.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Selena, volviéndose.

—No puedo dejarlos —dije.

—Puedo ayudarte.

—Protege a Nicholas —dije—. Te necesitará.

Selena asintió, luego metió la mano dentro de su abrigo y sacó su cuchillo largo. Parecía

lastimosamente pequeño al lado de la gran espada, pero conté que un arma era mejor que ninguna. Así que cuando me lo lanzó, lo atrapé y le di las gracias.

—Recuerda, Carver —dijo Selena—. Nosotros también te necesitamos.

Tomé el comentario y comencé a bajar los escalones. No tenía ninguna intención de morir aquí. Tampoco planeaba dejar que mis padres murieran.

De vuelta en el círculo, Graham y Piotr se enfrentaban en una danza mortal. Al entrar en el claro, vi a mi madre hacer otro movimiento. Lanzándose con su bastón restante, arrastrando su pierna izquierda, se abalanzó sobre la espalda de Piotr. El golpe un segundo más lento de lo que solía ser. Piotr captó el movimiento y continuó su oscilación, girando con la hoja hacia atrás para atrapar el bastón de mi madre.

La espada de Piotr cortó el bastón, y si mi madre no hubiera caído al suelo, también la habría destrozado a ella. Piotr giró con el golpe, moviendo los pies y levantando la hoja por encima de su cabeza. La bajó hacia Graham mientras el martillo de mi padre se estrellaba contra el pecho de Piotr. Se golpearon mutuamente, el martillo de Graham aplastando la capa de Piotr mientras la espada de Piotr se hundía en el hombro de Graham.

El golpe de Graham hizo tambalearse a Piotr y cayó sobre una rodilla, apoyándose en la gran espada. Pero solo por un segundo. Luego Piotr se puso de pie nuevamente y se irguió sobre Graham, incapacitado en el suelo. Piotr levantó la espada, y Graham disparó un cable desde su muñeca. Se envolvió alrededor de la mano derecha de Piotr, estalló en llamas, y Piotr retrocedió tambaleándose, tratando de quitarse el cable y cambiando la espada a su mano izquierda.

Me dirigí hacia Katherine, extendiendo la mano hacia ella, pero cuando me vio, mi madre se alejó. —Sal de aquí, Carver —dijo—. Por una vez, déjanos salvarte.

Empecé a responder, pero mi madre me robó las palabras de la boca. Agarró la mitad rota de su bastón y cargó contra Piotr, que aún luchaba con el cable. Lanzó un golpe con el arma con garras hacia su cara y acertó. Abrió un largo corte en la mejilla de Piotr, pero no fue suficiente. Piotr giró su muñeca izquierda, enviando fuego azul a lo largo de su espada. Incluso con una sola mano, fortalecido por el retorno de tantos de sus espíritus al Ciclo, Piotr acabó con Katherine con una estocada giratoria.

—Vete —dijo Graham, poniéndose de rodillas—. ¡No dejes que sea en vano!

Vi a mi padre alcanzar el cuchillo en su cinturón, y entonces corrí. Me abrí paso entre los espíritus, empujé más allá de los rostros inexpresivos de los muertos. No me detuve a pensar en nada más que en el siguiente paso frente a mí hasta que estuve fuera en el bosque. Anna, Selena y Nicholas estaban esperando, mirándome con una esperanza que murió cuando se encontraron con mis ojos.

—Se acabó —dije—. Volved a la ciudad.

Huimos. Sentí que una parte de mí, el pedazo que le había dado a Katherine, regresaba cuando nuestro vínculo se rompió. Escuché el jadeo de Anna cuando el alma prestada de Graham volvió a ella. Había perdido a los padres que apenas había conocido. Arrebatados por un enemigo que al fin tenía un rostro. Un nombre.

Piotr.

FALLOS Y FRACASOS



Cuando llegamos al tocón, Selena y Nicholas continuaron. Una larga carrera de vuelta a la ciudad. Anna y yo, sin embargo, teníamos que cruzar de regreso. No sabía cuándo podríamos alcanzar a los dos espíritus. Necesitábamos encontrar una cama que no hubiera sido utilizada, o que pudiera cruzarnos de vuelta a la ciudad de Riven.

Eso podría venir después. Ahora quería respirar. Encontrar una bebida y recordar a mis padres. Alimentar mi creciente ira.

Cruzamos de vuelta al zepelín. Las ventanas de nuestra habitación mostraban un cielo moteado mientras la aeronave zumbaba sobre uno de los Grandes Lagos. Tal vez Michigan, o quizás estábamos más lejos. El sol se ponía, ese orbe dorado iluminando las cimas de las nubes con un fuego púrpura y naranja.

—Lo siento mucho —dijo Anna mientras se sentaba.

—No es tu culpa —dije, con voz plana.

—Podríamos haber hecho más. Lo dejamos entrar. Cruzar. Había tantos espíritus que no nos dimos cuenta.

—No lo sabíamos —dije, poniéndome de pie—. No podíamos haber sabido que los había atado a todos. Que cada uno que capturábamos lo hacía más fuerte.

Anna no dijo nada durante un minuto. Abracé ese silencio. Habíamos estado tan cerca. Habíamos atacado la base de Piotr con números, en el momento adecuado. Solo que no sabíamos lo que había dentro, y Anna y yo no teníamos nuestras armas. Si eso hubiera marcado la diferencia. Graham había sido uno de los luchadores más fuertes que jamás había visto, y mi madre tampoco se quedaba atrás.

Piotr los había demolido a ambos, apenas lastimándose en el proceso. Ir tras él de nuevo sería un suicidio. Así que en lugar de pensar en ello, decidí resolver un problema más simple.

—¿Una copa?

—Sí, por favor. —Anna tomó el vino, me lo ofreció—. Hay esta botella aquí mismo.

Negué con la cabeza. —Necesito algo más fuerte.

Nos dirigimos a una de las áreas de comedor, a un largo mostrador de metal con un cartel en lo alto que lo etiquetaba como el *Sky Bar*. En varios extremos de las letras, pequeños ventiladores giraban mediante algún poder misterioso. Debajo del cartel, un par de camareros mezclaban cócteles de una plétora de vicios. Un menú giratorio declaraba especialidades de donde estábamos volando en ese momento. Pedí vodka. Anna pidió su ginebra. Ambos con hielo.

¿Por qué me sentía tan destrozado? ¿Tan desgarrado por la pérdida de dos personas que, hace

menos de un año, no sabía que existían? Que pensaba que me habían abandonado. Incluso cuando los encontré, Graham y Katherine no estaban vivos. No podían venir a cenar, ir de viaje o disfrutar de un café en una mañana fría. Nuestras únicas experiencias de unión habían sido frenéticas luchas por la supervivencia de Riven.

Sin embargo, no parecía poder invocar palabras. Cada frase que llegaba a mi boca moría mientras la pelea con Piotr se reproducía una y otra y otra vez.

Cuántos errores había cometido. Cuántas oportunidades había tenido para revertir las cosas. ¿Por qué no había agarrado el cuchillo de Selenia antes? ¿Por qué dejé caer la katana, o me quedé con la hoz? Una docena de otras elecciones se volvieron erróneas mientras revivía los momentos.

—¿Cómo lo manejas? —le pregunté a Anna—. ¿Con tus padres?

—Esto —dijo Anna, levantando su vaso—. Y los recuerdos. Los momentos en que reímos. Las esperanzas y sueños que compartimos. Me aferro a esos.

—Ojalá tuviera esos a los que recurrir —dije.

—Los tienes. ¿Cuántas veces exploraste con ellos en los últimos meses? ¿Cuántas veces pudiste hacer lo que *vives para hacer* con los que amabas? Yo diría que eso es afortunado, independientemente de cómo terminó.

—La caza de espectros como un preciado tiempo de unión familiar. —Solté una breve risa.

—Hay cosas peores —dijo Anna, con los ojos clavados en las ventanas que miraban al agua debajo.

Asentí y bebí más licor helado. El vodka se sentía bien en mi lengua, una nova cálida en mi estómago. Imaginé que un rastro de las bebidas eventualmente me llevaría de vuelta a la cabina, y a un sueño esperanzadoramente sin sueños. Cuando me despertara, estaría...

—¿Hacia dónde volamos? —dije, dándome cuenta de que no tenía idea de nuestro destino.

—Nueva York —dijo Anna—. Lo siento si no es donde quieres ir, pero pensé que no teníamos tiempo para ser exigentes.

—Está bien. Solo tenemos que averiguar cómo regresar.

—¿Cuál es tu plan? —respondió Anna—. Fuimos allí con todo lo que teníamos y perdimos. Somos fugitivos aquí también. Hay lugares donde podemos escondernos, pero no para siempre.

—No voy a esconderme. Tenemos que derribar a Piotr.

—Tal vez no me escuchaste —dijo Anna—. Lo intentamos. No funcionó. Sin Graham y Katherine, seremos masacrados.

—Solo si intentamos lo mismo.

—Te escucho.

—Lo atacaremos aquí. Fuera de Riven. No tendrá su espada, no tendrá un ejército de espíritus para ayudarlo.

—¿Estás diciendo que intentemos asesinar al líder de los guías? No creo que eso vaya a funcionar.

—Anna, es él o yo. O, peor aún, seguimos bailando alrededor el uno del otro hasta que Riven se abra y todos perdamos.

—¿Detener a Piotr salvará a Riven? —preguntó Anna.

—No lo sé. Pero no puede hacer daño.

DESCUBIERTO



—Carver Reed —dijo una voz familiar mientras una mano me daba una palmada en el hombro—. No esperaba verte en este barco.

Me giré hacia el rostro inquisitivo de Opperman, el periodista que parecía aparecer siempre en los momentos más extraños. Llevaba más que su habitual abrigo de trabajo. Un nivel de elegancia y sofisticación que nunca había visto adoptar a Opperman antes, y no parecía muy cómodo con el atuendo. Un mendigo colándose en una obra de teatro o en un buen restaurante.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Volando a Nueva York, igual que tú —dijo Opperman—. Oye, ¿cómo te fue allá atrás? ¿Esos dos matones te echaron el guante?

—Aún no —eché un vistazo alrededor, no vi a nadie observándonos—. Estoy tratando de mantener un perfil bajo por esa razón.

—Bueno, entonces tal vez deberías intentar no parecer un guía —dijo Opperman—. Especialmente en un barco hacia Nueva York para la cumbre de paz.

—¿Cumbre de paz? —preguntó Anna.

—En efecto. Comienza mañana —dijo Opperman—. Estoy cubriendo el evento para el periódico. Todo el mundo estará allí.

—¿Todo el mundo? —dije.

—Todo el que importa —dijo Opperman—. Incluso el líder de tu propio grupo, ese tal Piotr, dará un discurso. ¿Seguro que no vas?

Negué con la cabeza.

—Solo necesitaba salir de la ciudad por un tiempo.

Vi el cambio en el rostro de Opperman, sus ojos pasaron de una conversación amistosa a esa mirada dura que el reportero tenía cada vez que buscaba una cita. El hombre tenía olfato para las historias y una vez que Opperman encontraba el rastro, no se le podía disuadir.

—¿Te importaría darme una pista de por qué? —preguntó Opperman—. ¿Los guías están teniendo una pelea? Si Riven está en peligro, entonces el mundo debería saberlo.

—No tiene nada que ver con el resto de los guías.

—¿Tiene razón? —Opperman le preguntó a Anna—. Además, perdona mis modales, no creo que nos hayamos conocido, señorita...

—Smith —dijo Anna—. Creo que Carver tiene la opinión correcta sobre esto. No hay nada de qué hablar.

Opperman se recostó en su silla y nos evaluó.

—Entonces, ¿me están diciendo que ustedes dos, y por lo que parece ambos son guías, están en este barco y *no* van a la cumbre a la que literalmente todos los demás a bordo se dirigen?

—Una coincidencia, en realidad —dije.

—Una desafortunada, entonces —Opperman giró la cabeza hacia la derecha—. ¿No son esos los dos tipos que intentaban atraptarte en lo de Ezra?

Seguí su mirada y vi a Polk y Derringer, sentados en la mesa al otro lado de la habitación. Aún no nos habían notado, lo que podría tener algo que ver con el hecho de que ambos estaban vendados, bebiendo vino y parecían bastante maltrechos por su pelea con Bryce.

—No los vimos subir —dije.

—Fuimos directamente a Riven —dijo Anna—. No sé cuánto tiempo permaneció atracado el barco después de que abordamos.

—Llevamos varias horas en el aire. Diría que estamos sobre Ohio —dijo Opperman—. ¿Dicen que cruzaron? ¿Y qué hicieron? ¿Algo que pueda publicar como noticia?

—Opperman, cállate —dije—. Necesitamos volver a nuestro camarote sin que esos dos sepan que estamos aquí.

—Necesitarán una distracción. Creo que puedo proporcionarles una, a cambio de una historia.

—Si puedes esperar hasta que termine la cumbre, te puedo dar una historia increíble —dije—. En primera plana, como dices.

—Si fueras cualquier otra persona, no confiaría en tu palabra. Pero un reportero necesita proteger sus fuentes, y tú, Carver, eres una de las mejores que tengo.

Me terminé el resto de mi vodka, y Anna se bebió su ginebra de un trago. Asentí para que Opperman comenzara cualquier plan que tuviera en mente. El reportero se levantó de su silla y se acercó a los dos guías. Se sentó en la mesa. Empezó a hablar. Observé sus ojos mientras los dos guías lentamente reconocían a Opperman como el hombre que los había derribado en Chicago, cuando Polk y Derringer habían intentado arrestarme por primera vez. Pude ver cómo sus miradas se nublaban ante el aluvión de preguntas de Opperman.

—Es hora de movernos —dije—. Ve tú primero. No te conocen tan bien.

Anna asintió, se deslizó de la silla y se abrió paso por el comedor. Cruzó entre la multitud y, mientras yo caminaba, ni Polk ni Derringer levantaron la vista hacia ella. Una menos, faltaba yo. Me quité el abrigo y lo sostuve en mis brazos. Debajo solo llevaba una camisa blanca lisa, un poco menos llamativa que el abrigo de guía.

Frente a mí había mesas y sillas, gente entrando y saliendo mientras decidían sobre comidas de media tarde, cócteles o algo más. Polk y Derringer estaban en el lado izquierdo, así que me desvié hacia la derecha. Rodeé una mesa. Me escabullí detrás de un caballero corpulento que parecía decidido a comerse una vaca entera él solo. Una camarera frente a mí repartía champán a todos alrededor de una mesa más grande. Me deslicé detrás de ella y seguí avanzando. Casi lo había logrado.

Oí un estrépito detrás de mí, un tintineo de cristal cuando la copa de alguien golpeó la mesa y se hizo añicos. Alguien gritó y me volví, en contra de mi buen juicio, para ver qué sucedía. El hombre corpulento del filete se golpeaba el pecho, su rostro se estaba poniendo morado. Un par de camareros corrieron hacia él, uno intentaba desalojar el trozo de carne que se había quedado atascado en su garganta. Todos los ojos se dirigieron a la escena. Entonces sentí un par de ojos sobre mí.

Miré a mi derecha y vi a Polk y Derringer, sus ojos fijos en los míos.

Eché a correr.

ACCIÓN DE EMERGENCIA



Corrimos a través de la aeronave hasta nuestro camarote. Cuando la puerta se cerró, miré hacia atrás en el pasillo y no vi a ninguno de los dos guías allí. O bien habíamos perdido a Polk y Derringer, o habían tardado demasiado en levantarse de la mesa. Con suerte, Anna y yo podríamos escondernos en nuestra habitación.

—Hasta que aterricemos, de todos modos —dijo Anna en respuesta a mi comentario—. No es como si hubiera otras formas de salir de la nave.

—Cuando estemos en tierra, creo que podremos encontrar otra salida —dije—. Mientras tanto, solo tendremos que ser cuidadosos.

—¿Te refieres a pasar hambre? —preguntó Anna—. ¿Quedarnos en esta habitación durante el próximo día?

—¿Acaso pensaste que la vida de fugitivo sería glamurosa?

—Por un segundo me atreví a esperarlo —dijo Anna, sentándose en la cama—. ¿Escuchaste lo que dijo Opperman?

—Piotr estará en Nueva York. Tendremos una oportunidad.

Anna abrió la boca para responder cuando un ruido crepitante provino del pasillo. Una voz grave y distorsionada habló.

—Aquí habla su capitán. Se nos ha informado que hay un par de posibles criminales a bordo de nuestra aeronave —dijo la voz por el intercomunicador—. Para garantizar la seguridad de nuestra tripulación y nuestros pasajeros, ordeno a todos que regresen a sus camarotes hasta nuevo aviso. Realizaremos una búsqueda camarote por camarote hasta que los sospechosos sean encontrados y detenidos. Nos disculpamos por las molestias y esperamos que comprendan que la seguridad de nuestros huéspedes es primordial.

Nada bueno. ¿Una búsqueda camarote por camarote? Miré alrededor de nuestra habitación, confirmando que, de hecho, no había una multitud de escondites. Apretujarse debajo de las camas parecía una mala elección.

—¿Entonces esperamos? —preguntó Anna—. Podríamos quedarnos junto a la puerta y emboscarlos cuando la abran.

—No podemos luchar contra todos los guardias de la nave. Esto no es Riven. No tenemos nuestras armas.

Lo que significaba que tendríamos que intentar otra cosa. Quedarse en el camarote no era una opción, pero el ruido masivo que se escuchaba afuera, los pies golpeando en los pasillos de arriba y abajo mientras la gente corría a sus camarotes... eso significaba una oportunidad.

—No registrarán el área de la tripulación —dije—. Si podemos escondernos allí, podríamos tener una oportunidad.

—Es tan buen plan como cualquier otro.

Abrí la puerta de nuestro camarote y miré al pasillo. Gente corriendo de un lado a otro, parlotando con sus cónyuges y amigos. Metiéndose en los camarotes y cerrando las puertas de golpe. Me puse el abrigo y salimos. Giramos a la derecha y nos dirigimos lejos del área del comedor y el bar, hacia los motores de la nave.

Una escalera al final del pasillo conducía hacia arriba y hacia abajo, junto a ella había una puerta marcada con letras blancas en negrita: PROHIBIDO EL PASO - SOLO TRIPULACIÓN. Giré el pomo y lo encontré cerrado. Anna golpeó la puerta antes de que pudiera sugerir intentar otra ruta. Un momento después, el pomo giró y la puerta se abrió, con un miembro del servicio ya hablando irritado al otro lado.

—¿Volviste a perder tu llave? —dijo el hombre del servicio antes de darse cuenta de que, de hecho, no éramos parte de su tripulación. Lo empujé de vuelta a través de la puerta, tapándole la boca con la mano. Anna se deslizó detrás de mí y cerró la puerta. Presioné al tripulante contra la pared, una estrecha que carecía del refinamiento de los camarotes de pasajeros. Más adelante pude ver que el pasillo se dividía en una serie de pasarelas y compartimentos, espacio para motores en funcionamiento, piezas mecánicas, literas de la tripulación y baños.

—Nos vas a llevar a los motores —le dije al hombre del servicio.

—¿Los motores? —preguntó Anna.

—No podemos escondernos aquí durante otro día hasta que la nave llegue a Nueva York —dije—. Necesitamos hacerla descender, ahora.

El hombre del servicio, con los ojos muy abiertos, intentó asentir. No moví mi mano. No le iba a dar la oportunidad de gritar.

—Ahora, somos un par de guías a los que estás llevando en una inspección de la nave —le dije al hombre del servicio—. Eso es lo que le vas a decir a cualquiera con quien nos encontremos. No intentes nada, o te romperé el cuello. Luego cruzaré a Riven, encontraré tu espíritu allí y me aseguraré de que vayas directamente a El Ciclo.

El hombre del servicio intentó asentir de nuevo, más frenético que antes. Dejé caer mi mano y él tomó una gran bocanada de aire. Mi mano izquierda se cerró en un puño, lista para golpearlo en los riñones si intentaba gritar. Parece que el hombre del servicio no quería arriesgar su vida sin razón, ya que se alejó y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos por el pasillo.

—Sígueme —dijo el hombre del servicio en voz alta—. Si quieren ver los motores y asegurarse de que estén seguros, los llevaré directamente a ellos.

—Nos estamos convirtiendo en verdaderos criminales —me susurró Anna—. ¿Primero evadir el arresto y ahora tomar un rehén?

—Siempre puedes decir que te presioné para hacerlo —dije—. Amenazas, chantaje, elige lo que quieras.

—¿Y tú qué?

—No lo sé —respondí—. Ya se me ocurrirá algo.

El hombre del servicio nos guió más allá de las literas en los baños, a través de una serie de pasarelas de metal negro bordeadas por juntas que expulsaban vapor, pistones que se movían y giraban, y un laberinto de tuberías. Luces de cobre colgaban del techo por hilos de alambre, su resplandor amarillento daba un rico tono bronceado al mundo. Apparently, la mayoría de los miembros de la tripulación estaban ayudando con la búsqueda, porque las salas traseras estaban desiertas. Solo un equipo mínimo se aseguraba de que todo funcionara bien.

Las válvulas cubrían la sala de máquinas. Ruedas grandes y pequeñas controlaban la presión y el combustible que alimentaba a los diversos ventiladores que mantenían el zepelín en el aire. Una mujer estaba allí trabajando con ellas en un uniforme azul real bien planchado. Se giró cuando el hombre del servicio entró y nos miró con la mirada severa de alguien interrumpido en medio de una profunda concentración.

—Ahora no es el momento —dijo la mujer—. Estamos ejecutando un cambio de altitud para atravesar una zona difícil.

—Querían hablar contigo, Wynn —dijo el hombre del servicio.

—Necesitamos que hagas descender la nave —dije, yendo directo al grano—. Los criminales a bordo son peligrosos. Podrían inutilizar la nave. No queremos que haya víctimas mortales.

Wynn me miró fijamente, luego movió sus ojos hacia el hombre del servicio, y luego hacia Anna. —¿Quiénes son ustedes? —preguntó Wynn.

—Soy un guía —dije—. Estamos intentando atrapar a un par de fugitivos.

—De acuerdo —dijo Wynn—. La única persona que puede ordenarme que baje la nave es el capitán. Si quieres cambiar este vuelo, habla con él.

No teníamos tiempo para eso. Sin mencionar que las probabilidades de que lográramos salir de esta área y llegar al puente sin encontrar problemas eran nulas. Era hora de cruzar otra línea.

—Wynn, vamos a simplificar esto —dije—. El mundo está en peligro. Somos los únicos que pueden salvarlo. Para lograrlo, esta nave necesita estar en tierra, ahora.

Wynn arqueó una ceja. —Ya te lo dije. La nave se mantiene en el aire a menos que el capitán me ordene lo contrario.

Anna me empujó a un lado, caminó directamente hacia Wynn y la presionó contra las válvulas detrás de ella. —Escucha, Wynn. Está diciendo la verdad. No tenemos reparos en hacer lo que sea necesario para conseguir lo que queremos. O bajas la nave ahora, o jugamos a ver cuántas de estas válvulas tengo que girar para hacer que la nave se precipite. ¿Cuál crees que te da mejores posibilidades de sobrevivir?

Wynn alternó la mirada entre nosotros dos. —Lo haré.

Anna se volvió hacia mí. —¿Ves? No eres el único que puede hablar duro.

Apenas vi el movimiento, el cambio en la expresión de Wynn cuando lanzó un codazo al costado de Anna. La mecánica alzó la mano y golpeó un botón junto a las válvulas, uno etiquetado como asistencia de emergencia. Las alarmas sonaron por encima de nosotros.

Y pensar que, por un segundo, creí que realmente podríamos lograr esto.

DERRIBARLO



El empleado de servicio decidió hacerse el héroe y vino hacia mí mientras Anna y Wynn forcejeaban junto a las válvulas. Golpeó como un hombre que nunca había peleado antes, con un movimiento amplio y lento, temeroso de acertar en su objetivo. Esquivé el golpe y barrí su pierna con la mía, haciéndolo caer al suelo. Miré hacia atrás, al pasillo por donde habíamos entrado, con la esperanza de encontrar una puerta. Nada. Cualquier refuerzo tendría fácil acceso.

Oí un grito y me volví para encontrar a Wynn en el suelo. Anna se dirigió a las válvulas y comenzó a girar las ruedas. Cerrándolas al azar.

—No creo que... —empecé.

—Vas a derribarlo y matarnos a todos —dijo Wynn desde el suelo, luego se impulsó y saltó en una embestida baja.

Sentí al empleado de servicio agarrándome los tobillos y di un paso atrás, levanté el pie y amenacé con pisarle la cara. El empleado captó el gesto y levantó las manos. ¿Por qué arriesgarse cuando los refuerzos tenían que estar en camino?

La aeronave se sacudió como si todo el mundo se inclinara sobre su eje y nos hizo caer hacia la derecha. Mi hombro se estrelló contra la pared lateral de la habitación, las tuberías metálicas no ofrecieron ningún tipo de amortiguación. Escuché gritos desde el pasillo. Los miembros de la tripulación tenían dificultades para mantener el equilibrio mientras la nave se retorció y giraba.

Anna se mantuvo erguida, con las manos aferradas a un par de válvulas mientras Wynn se agarraba al abrigo de Anna. Tratando de avanzar.

—Entonces dime cómo aterrizar —le gritó Anna a la mecánica.

—No puedes hacerlo todo desde aquí —respondió Wynn—. Se necesita un capitán para dirigir.

Anna se estiró y giró otra válvula hacia la derecha, sellándola.

—Él captará la idea.

—Estás loca —dijo Wynn.

—Estamos desesperados —repliqué.

Mi estómago se me subió a la garganta mientras la nave entraba en una caída más pronunciada. Los ventiladores se apagaban a medida que la nave inclinada aceleraba hacia el suelo. Hacia un aterrizaje muy desastroso.

—¡Está bien! —dijo Wynn—. Vuelve a abrir la de tu derecha. Después de cinco segundos abre la de tu izquierda. Se equilibrarán.

Anna lo hizo, giró las válvulas para abrirlas. Gradualmente sentí que la nave comenzaba a salir de su zambullida suicida. Recuperé la capacidad de mantenerme en pie y me aparté de la pared. Justo a tiempo para que el empleado de servicio volviera a por mí.

Optó por el método menos preciso de la carga con el hombro, corriendo directamente hacia mi pecho. El empleado de servicio me inmovilizó contra la pared mientras yo le rodeaba el cuello con el brazo, coloqué mi pie izquierdo detrás de sus tobillos y una vez más lo derribé al suelo. Esta vez no me contuve. Le di una patada viciosa; el hombre quedó inconsciente. Nunca había noqueado a nadie aquí antes. Solo en Riven. Más líneas que se cruzaban, y todo por culpa de Piotr.

Wynn empujó a Anna a un lado, usando el impulso de la nave y el abrigo más grande de Anna para arrastrar a mi amiga lejos de las válvulas y lanzarla al suelo. Me moví para ayudar, luego me detuve cuando dos empleados de servicio más entraron corriendo en la habitación, estos blandiendo bastones aturdidores. Dos contra uno, y yo no tenía arma. Así que hice lo único que podía.

Corrí hacia las válvulas. Crucé la habitación mientras los empleados de servicio comenzaban a perseguirme. Giré todas las válvulas que pude hacia la derecha. Wynn trató de detenerme, pero Anna invirtió sus posiciones, aferrándose a la espalda de Wynn y obligándola a ponerse de rodillas. Una pelea fea.

La aeronave se sacudió de nuevo. Escuché a los empleados de servicio gritar mientras eran empujados contra la pared. Copié la técnica de Anna; mantuve mis manos en las válvulas. Me sentía como si estuviera colgando de un acantilado, las válvulas eran mis únicas agarraderas.

—Tienes que abrir algunas o nos matarás a todos —suplicó Wynn.

—No hasta que no haya otra opción —dije—. Esta nave va a aterrizar.

No había ventanas en la sala de máquinas, ninguna forma de saber qué tan cerca de la superficie estábamos. La adrenalina y las náuseas me recorrieron, mi estómago dando vueltas sin cesar. No temía morir, realmente; en cuanto a muertes se refiere, morir en un accidente de aeronave parecía ser una de las mejores. Solo que no quería matar a todos los demás en el vuelo. Los otros pasajeros no tenían idea de que habían abordado la nave equivocada. La catástrofe de Piotr no debería lastimarlos también.

—Dime cuándo —le dije a Wynn.

—Ahora —dijo Wynn—. Hazlo ahora. Al menos dos de ellas.

Wynn podría estar mintiendo. No podía saberlo. Como había jugado con Anna. Si la nave se enderezara y fuéramos capturados. Pero si Wynn había dicho la verdad y yo no hacía nada, todos morirían. Así que giré las válvulas. Las abrí y sentí los ventiladores girar mientras la aeronave luchaba por enderezarse.

Otras alarmas se sumaron a la cacofonía. No sabía qué significaban los ruidos, pero supuse que estaba haciendo algo bien. Una suposición que resultó ser cierta un momento después con el primer crujido fuerte que vino de algún lugar del frente. Seguido por otro y otro. Una sección del pasillo se desprendió en un breve destello de un tronco de árbol marrón, esparciendo agujas de pino por todas partes. Las ramas lo atravesaron todo.

Nos precipitábamos hacia un bosque.

—¡Agárrense! —grité a nadie y a todos. Porque no se me ocurría nada más que decir. Porque todo lo que teníamos delante desapareció en un inmenso terror verde, marrón y crujiente. Mantuve mi agarre en las válvulas, agaché la cabeza contra mi pecho e intenté sobrevivir.

A PIE



Girasoles crecían por todas partes. Amarillos, marrones y altos. Los vi fuera de la nave, los vi a pocos metros de mí mientras soltaba mis dedos de las válvulas y daba un paso fugaz hacia adelante. Nos habíamos estrellado a través de un bosque y, de alguna manera, el capitán nos había hecho aterrizar en un amplio campo. Los pasillos frente a nosotros habían sido arrancados por completo. Los escombros estaban esparcidos por todas partes, pero la sala de máquinas resistió. Las gruesas tuberías proporcionaban refugio.

A mi alrededor, los tripulantes gemían. Wynn parecía inconsciente, y la aparté para ver a Anna atrapada contra la pared. Tenía los ojos cerrados y una herida le marcaba la frente. Probablemente donde Wynn había caído sobre ella. Levanté a Anna, la alcé con su abrigo. Me puse de pie sobre mis doloridas rodillas y me alejé de la nave.

Me agaché bajo barras y vigas, con ocasionales ráfagas de vapor rociando aire caliente y húmedo sobre mi cara. Pedazos de lona rasgada giraban en el viento, golpeando como las alas de un pájaro enorme. Gritos pidiendo ayuda y rescate resonaban mientras la gente se daba cuenta de que no estaban muertos. Seguí caminando. Crujiendo sobre las plantas y saliendo de debajo de la nave.

El campo era enorme. Se extendía por cientos de metros. Cada centímetro cubierto de altos tallos de girasol. Intenté proteger a Anna de sus hojas, manteniendo su rostro cubierto por su abrigo. La cálida luz del sol de verano nos abrasaba, sobrecalentándome, haciendo que el sudor brotara por cada poro. No sabía dónde habíamos aterrizado, pero quedarnos cerca de esa nave y ser capturados haría que el desastre fuera en vano.

Finalmente llegamos al bosque en el borde del campo y allí, bajo la sombra de los árboles, me arriesgué a mirar hacia atrás. La aeronave parecía una ballena varada, su gran masa deslizándose lentamente hacia el suelo mientras el zepelín se desinflaba. Todavía podía oír gritos, y vi al menos uno o dos jinetes a caballo que habían llegado galopando hasta la nave. La ayuda vendría. Los que pudieran ser salvados, serían salvados. Esperaba que Opperman estuviera entre ellos.

—Creías que era imprudente antes, Selena —murmuré para mí mismo—. Espera a que oigas sobre esto.

Continuamos por otra hora a través del bosque, caminando sobre agujas de pino y absorbiendo los olores de helechos y flores en flor. El canto de los pájaros y los ruidos de animales en lo profundo. Anna pesaba en mis brazos, una consecuencia del tiempo más que del peso. Nuestros abrigos —me había quitado el mío— tuvimos que llevarlos con nosotros. Hice

frecuentes pausas y descansos para recuperar el aliento. Paradas para asegurarme de que Anna aún respiraba.

—¿Carver? —habló Anna mientras yo avanzaba con dificultad, el día hundiéndose más en la tarde—. ¿Dónde estamos?

—No tengo ni idea. Pero estamos vivos.

—Me duele la cabeza.

—Tienes un corte feo —respondí—. Espero que podamos encontrar un lugar para dejarte pronto, porque mis brazos van a ceder.

—Oh. Creo que puedo caminar.

—Eso sería maravilloso.

La ayudé a ponerse de pie, y Anna inmediatamente se apoyó en mí. Sus piernas tenían fuerza, podía moverse, solo necesitaba apoyo. Así que seguimos caminando mientras la tarde se convertía en noche y el sol caía detrás del horizonte. No quería quedarme atrapado en el bosque toda la noche. No teníamos equipo de campamento, ni comida ni agua, y Anna necesitaba tratamiento para su corte.

—Allá —dijo Anna, señalando—. ¿Lo ves?

Un pequeño pueblo parpadeaba en el crepúsculo, asomándose entre los troncos de los árboles y las ramas bajas y frondosas. Había estado buscando salvación todo el tiempo, pero ahora que potencialmente la habíamos encontrado, dudé. Una granja tal vez, un lugar donde las probabilidades de encontrarnos con otros supervivientes fueran escasas. ¿Un pueblo a solo unas horas a pie del accidente? No seríamos los únicos dirigiéndonos allí.

—Carver —dijo Anna ante mi vacilación—. No creo que pueda seguir.

—Entonces vamos a conseguirte ayuda —dije, y nos dirigimos hacia esas luces encendidas. Estar libres no nos ayudaría si Anna moría, o si su herida se infectaba.

El pueblo creció. A medida que nos acercábamos y salíamos del bosque, me di cuenta de que los densos troncos de los árboles bloqueaban gran parte de la vista del pueblo. El tráfico; automóviles y caballos y una línea de ferrocarril, nos envolvió con su ruido mientras nos acercábamos. No teníamos una buena manera de cubrir el corte de Anna, algo que llamaría la atención si se veía, así que cuando nos acercamos, Anna encontró un banco al lado del camino. Mantuvo la cabeza baja y su cabello cubriendo la herida.

Continué hacia el pueblo, tratando de encontrar alguna forma de primeros auxilios. Un lugar donde pudiéramos quedarnos que no hiciera preguntas. Y esperé que nuestros crímenes no se hubieran adelantado a nosotros.

UNA REBANADA DE VIDA



Una amplia avenida, atrapada entre lo antiguo y lo moderno, atravesaba el centro de la ciudad. Entre automóviles y caballos compartiendo la calle, levantando polvo y barro a su paso, y los destellos dispersos de letreros de neón que se encendían fuera de las tiendas y cantinas, me di cuenta de que los lujos comunes de Chicago no se habían extendido a todas partes. No había taxis automatizados, faltaban calles pavimentadas y, por otro lado, el aire era limpio.

Mi máscara colgaba dentro de mi abrigo, en el bolsillo del pecho diseñado para llevarla. Primero había sido el campamento de Inman, y ahora este pueblo. Me propuse salir más. Encontrar más lugares donde el mundo no se experimentara mejor a través de un filtro.

Escudriñé las ventanas y las marquesinas, tratando de encontrar algo que indicara un médico. Algún tipo de hospital o clínica. Pasé por lugares que vendían comida, bebida y prácticamente todo lo que una persona pudiera necesitar. Un pequeño reloj adornaba cada poste de luz, sus manecillas añadiendo una cadencia mecánica al bullicio del lugar. La gente se movía sin la naturaleza apresurada y frenética de Chicago. Sus ojos se posaban en mi abrigo y no se desviaban, sino que se detenían con la fascinación curiosa de ver una leyenda cobrar vida.

Había avanzado una cuadra y media cuando vi el corazón brillante colgando en una ventana delantera. Dentro, a través del cristal, vi las habituales batas blancas de enfermeras y médicos atendiendo a un puñado de pacientes que abarcaban desde el borracho de primera hora de la noche hasta el accidente agrícola de última hora de la tarde. Un lugar perfecto.

Llevé a Anna al lugar de contrabando, manteniendo su cabeza baja y presionada contra mi pecho, como si estuviera sufriendo algún tipo de pena o resfriado, aunque llevaba puesto su abrigo y la noche era cálida. Cualquier atención que atrajimos rápidamente se desvió hacia el rugido de otro motor, las risas que resonaban desde un bar cercano, o incluso solo una mirada al cielo estrellado.

Fuera con Inman, aquella noche en los acantilados, fue la primera vez que realmente vi el dosel centelleante que colgaba sobre nosotros cada noche, que el resplandor interminable de Chicago hacía invisible. El pueblo se encontraba en un punto intermedio, sus luces difuminaban las estrellas más pequeñas pero dejaban que las más brillantes se asomaran. Una parte de mí se preguntaba si Riven vivía en una de ellas, un lugar colgado en algún lugar del cosmos al que viajábamos cuando cruzábamos.

Dentro de la clínica, una enfermera echó un vistazo a Anna y se puso en acción. La sentó en una silla, limpió la herida con una toalla húmeda y se dispuso a suturarla. Anna soportó todo sin

hablar, mirando al frente con una mirada vidriosa. Agotada. Como yo.

—¿Dónde se hizo esto? —me preguntó un médico, acercándose para observar mientras la enfermera terminaba de cerrar la herida.

—Corriendo por el bosque —dije—. Tropezó y se cayó.

—¿No son un poco mayores para ese tipo de juegos?

—Aparentemente no.

—No es asunto mío —dijo el médico—. Pero ustedes dos parecen ser guías, ¿correcto?

No dije nada por un momento. Sopesé la respuesta. Con los abrigos que llevábamos, sin embargo, sería obvio. Asentí.

—Nos iremos del pueblo tan pronto como ella esté lista para partir —dije.

—Mírela —respondió el médico—. Mírese usted, ya que estamos. No están en condiciones de ir a ninguna parte. Déjeme recomendarles un hotel, agradable y discreto.

—¿Por qué? ¿Qué quiere?

—No quiero nada —dijo el médico—. Tengo una hija. Se llama Ada, y es una de ustedes. Vive al este de aquí, en Pittsburgh. ¿Es cierto lo que dicen, lo que he estado escuchando, que las cosas están empeorando allá? ¿Al otro lado?

—Lo es —dije—. La guerra, las enfermedades, duelen tanto allá como aquí.

—Sé que probablemente piensen que a los que estamos aquí no nos importa —dijo el médico—. Que no entendemos lo que están haciendo. No es cierto. Simplemente no sabemos cómo ayudar.

—Esto ayuda —dije, señalando a Anna—. Darnos lugares para dormir. Comida y agua. Eso ayuda.

—Entonces haremos lo que podamos —dijo el médico—. Cuando haya terminado, los dos pueden irse. No es necesario que paguen.

Miré el rostro de Anna, sus ojos caídos mientras la enfermera limpiaba las suturas. —¿Mencionó un hotel?

—Está a una cuadra más adentro —dijo el médico—. Se llama *Pine's Rest*. Díganles que los enviamos nosotros y los tratarán bien. Recuerde que ella tiene que quitarse los puntos en unos días.

Minutos después, los dos caminábamos por la calle hacia el hotel. Anna mantenía sus ojos recorriendo el paisaje. Yo intentaba mantenerla erguida.

—¿De qué hablabas con el médico? —preguntó Anna.

—Por una vez, alguien estaba dando las gracias —dije.

—Apuesto a que eso es algo raro para ti —respondió Anna.

—Me gustabas más cuando estabas callada.

El *Pine's Rest* se alzaba cinco pisos de ordinariez. Sin la indicación del médico, habría seguido caminando. El *Pine's Rest* tenía un pequeño letrero y ventanas tenues, una falta de energía. Entonces, de nuevo, no queríamos llamar la atención. Definitivamente yo no quería emociones. Para eso, el *Pine's Rest* encajaba perfectamente. Reservamos una habitación con la promesa de pagar por la mañana y subimos. Un par de camas individuales en un espacio pequeño que me hizo añorar las comodidades de la aeronave.

No me quedaba mucho dinero y no creía que Anna tuviera tampoco. Si íbamos a reservar un pasaje hasta Nueva York, entonces el *Pine's Rest* tendría que quedarse sin pago. Otro delito que añadir a nuestra creciente lista. Una parte de mí se desesperaba por la facilidad con la que llegué a esa conclusión. Actos tan insignificantes ya no parecían tener relevancia en un mundo que se volvía más oscuro y desesperado.

—Voy a cruzar —dije.

—No creo que pueda —dijo Anna—. No esta noche.

—¿Podrías sentirte mejor al otro lado?

—Carver, ¿no has tenido suficiente aventura por hoy?

—En este mundo, sí.

Cuando me acosté en la cama, con el bullicioso zumbido de la calle colándose por la ventana, sentí el tirón hacia el sueño. Esa amenaza de sumergirme en las profundidades de aquel estanque inconsciente. Sin embargo, en lugar de seguir ese impulso, concentré mi mente en Riven e intenté cruzar.

A DÓNDE IR



Tuve suerte. Ningún guía había usado la cama antes. No tenía ningún anclaje en Riven, así que cuando me concentré en el apartamento que compartía con Selena y Nicholas, desperté justo donde quería estar.

Selena estaba fuera en el balcón, inclinada sobre el borde y mirando la ciudad. Como si nada hubiera cambiado.

—Has vuelto —dije.

—Corrimos todo el camino —respondió Selena—. Nunca me di cuenta de lo diferentes que somos aquí. Nunca nos cansamos, Carver. Nunca tuve que parar para recuperar el aliento. Nunca sentí que mis piernas flaquearan. Corrí directamente hasta la puerta.

—No todo sobre ser un espíritu es una desventaja.

—Seguía esperando que sucediera. Daba miedo cuando no ocurría. Cuando mis piernas seguían moviéndose —dijo Selena, y luego me miró con un destello de preocupación en sus ojos—. Mírame. Aquí estoy hablando de no cansarme, cuando tú debes estar exhausto.

Le conté la historia. Cómo derribé el zepelín y corrí por el bosque llevando a Anna en mis brazos. Selena escuchó todo sin apenas pestañear. Al final, asintió con la cabeza y me dio una triste sonrisa.

—Parece que nuestras vidas son un lío tras otro —dijo Selena—. Me alegro de que lo hayas logrado.

—No me vendría mal un poco más de calma. —Extendí la mano y tomé la suya. Nunca había llegado a acostumbrarme a cómo se sentía el tacto de un espíritu en Riven, esa sensación tibia, casi plácida. La falta de sangre real corriendo por sus venas. Pero me aferré a ella, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No creo que podamos atacar la Montaña de nuevo.

—Estoy de acuerdo —dije—. Por mucho que me gustaría pensar que podemos vencerlo, Piotr es demasiado fuerte. Anna y yo vamos a buscarlo en el otro lado, donde no tendrá sus armas. Sus espíritus. Si lo eliminamos allá, eso romperá sus ataduras. Puede que Piotr incluso vaya directo al Ciclo por sí mismo.

—¿Realmente crees que funcionará?

Me encogí de hombros. —Es todo lo que tenemos.

Nos quedamos en silencio por un minuto, observando las chispas brillar. Luego Selena soltó mi mano y me atrajo hacia ella para un abrazo más fuerte.

—Lamento que nunca hayas podido despedirte de ellos —dijo Selena—. Si sirve de algo,

Katherine y Graham fueron maravillosos durante el viaje de salida. Fue increíble llegar a conocerlos mientras nos quedamos aquí en este apartamento. Siempre estaban de buen humor, disfrutando cada momento juntos. Ya fuera luchando contra espíritus o no.

Una faceta de mis padres que nunca vi. Sí, tuvimos la oportunidad durante los últimos dos meses, después de liberar a Graham, de ponernos al día, pero la mayoría de nuestras noches las pasamos persiguiendo fantasmas y cerrando brechas. Controlando espíritus para mantener Riven intacto. No hubo muchas oportunidades para la unión familiar. No muchas oportunidades para fortalecer los lazos entre madre, padre e hijo.

—Cuéntame más —dije—. ¿Alguna vez hablaron de su pasado? ¿De quiénes eran o qué querían ser?

Selena hizo una pausa. Luego habló lentamente. —Carver, puede que no lo entiendas, pero se siente extraño hablar de la vida cuando ya no estás vivo. Yo no hablo de mis hijos, ni te pido que intentes encontrarlos, porque siento que esa parte de mí ya no está aquí. Katherine y Graham eran iguales. Solo hablábamos de lo que habían hecho en Riven. Sus aventuras juntos.

—¿Ni una sola vez? —pregunté—. ¿Mi madre nunca habló de cómo murió? ¿O de lo que la unió a Graham?

Selena negó con la cabeza. —Lo siento. Tal vez no éramos lo suficientemente cercanos.

Nos quedamos allí un rato más. Hablando, tocándonos y deleitándonos en un momento sin horror ni violencia. A veces necesitaba un recordatorio de que esos momentos podían ocurrir realmente en Riven, o fuera de él.

—Voy a volver a su casa —dije—. Apuesto a que sus diarios todavía están allí. Nunca terminé de leerlos.

—Iré contigo —dijo Selena—. No hay razón para quedarse aquí. Además, Nicholas está trabajando duro en algo nuevo.

—¿Algo nuevo?

—Tendrás que preguntarle. ¿Recuerdas que hablaba del Ciclo, de cómo quería aprender más sobre él? Supongo que ver cómo funcionaba en la Montaña le dio una idea.

Bajamos al nivel inferior, en la planta baja, y encontramos a Nicholas inclinado sobre una mesa. Muchas de las máquinas que habían estado en la habitación habían desaparecido. Cuando le pregunté al científico, hizo un gesto hacia el montón de metal, tubos y otros restos reunidos en esa mesa.

—Riven no está repleto de materia prima —dijo Nicholas—. Así que lo estoy convirtiendo. Creo que el resultado final valdrá la pena, sin embargo.

—¿Cuál será ese resultado? —pregunté.

—Lo sabré cuando lo encuentre —dijo Nicholas—. Ahora mismo es solo una idea. Algo que podría resolver todos nuestros problemas si resulta ser cierto. O, si no es el caso, entonces simplemente habré desperdiciado días y días de esfuerzo.

—¿Eso es todo?

—Tu tono implica que quizás participar en tales actividades aleatorias es, de hecho, una pérdida de tiempo —respondió Nicholas—. Puedo asegurarte que no lo es. Especialmente cuando el tiempo no tiene un punto final, siempre que te mantengas con vida.

—Si vivo o muero no parece muy seguro ahora mismo —dije.

—No tardes demasiado —intervino Selena—. Ya sabes cuánto nos gustan tus juguetes, Nicholas.

—¿Juguetes? —dijo Nicholas—. Katherine y Graham nunca los llamaron juguetes. Supongo que es demasiado pedir que reciba algo de aprecio.

—Te queremos, Nicholas —dije.

—Si de verdad me quisierais, cuando volváis de donde quiera que vayáis, si pudierais traer otro trozo de metal. Cualquier metal en realidad, pero preferiría algo grueso. Hierro o acero. Si fuerais tan amables —dijo el científico.

—Estaremos atentos.

¿Metal en Riven? Raro incluso si no especificabas un tipo. ¿A dónde íbamos? ¿Los Escombros? Tendríamos suerte si encontrábamos algo utilizable.

No iba allí por el científico o sus experimentos. Iba porque, mientras Anna se recuperaba, quería averiguar qué le había pasado realmente a mi madre.

LAS PALABRAS DE UNA MADRE



Siempre había espíritus abarrotando los Tugurios. Los edificios destartalados y las amplias calles proporcionaban un espacio amplio para que la horda de espíritus corriera en su camino hacia El Ciclo. Ahora había más que antes. Menos definidos. Los soldados que antes constituían gran parte de los muertos que corrían por aquí se habían reducido, reemplazados por viejos y jóvenes. Los enfermos.

La noticia seguía siendo que la plaga se estaba extendiendo. Cada vez más personas sufrían de lo que llamaban la gripe. Selenia y yo nos movíamos entre ellos, usando a los espíritus como cobertura mientras avanzábamos por el distrito. Esquivando a los guías en el camino.

La casa de mi madre estaba abierta, la puerta trasera entreabierta como la dejamos hace meses cuando encontré a Selenia allí, cautiva de Katherine cuando Graham y, por extensión, Piotr la habían atado. Arriba había una serie de mesas apiladas con páginas cubiertas con la letra de mi madre. Quería sumergirme en esos diarios. Explorar mi propio pasado.

Selenia fue al lado opuesto y comenzó a revisar las páginas. Yo no tenía un objetivo específico, excepto tratar de descubrir más sobre lo que había unido a mis padres. Lo que había llevado a mi madre a morir poco después de mi nacimiento. Para llegar ahí, hojeé página tras página de notas, discusiones sobre varias cacerías que Katherine había realizado con Bryce. Párrafos de reflexión preguntándose qué había estado haciendo yo. Comentarios de Bryce sobre dónde me habían trasladado y con quién vivía.

No estoy seguro de qué esperaba encontrar en las páginas, qué pensaba que se me revelaría sobre mi madre. Descubrí que la vida de un espíritu en Riven compartía muchos de los mismos problemas que yo tenía en el otro lado. El aburrimiento, el deseo de tener un propósito y los sueños estaban todos allí. Los pensamientos sobre las decisiones no tomadas atormentaban los días de mi madre. Anécdotas alegres sobre el descubrimiento de edificios fascinantes, o el encuentro con un espíritu que aún no se había desviado y profundizar en una conversación. Si alguien podía decir que había vivido después de morir, mi madre lo había hecho.

—Carver —dijo Selenia—. Creo que encontré lo que buscabas.

Me acerqué y alargué la mano para tomar la primera página que Selenia sostenía, pero ella la apartó.

—No es una lectura fácil —dijo Selenia—. ¿Quieres que simplemente te diga lo que dice?

—Tengo que saberlo —dijo—. Mi madre dijo que Piotr la mató. Necesito saber cómo y por qué.

Selenia me entregó la página sin decir otra palabra. Deslizó las siguientes debajo de ella. Un

montón de entradas. Comencé a leer:

Siento como si estuviera empezando a perder más de estos recuerdos. Las cosas que me han llevado a este lugar, y quién soy. Como si mi comprensión de la realidad se estuviera desvaneciendo. Así que los estoy escribiendo.

Este recuerdo comienza en la primavera de 1889. En una incursión para cerrar una brecha. Alguna escaramuza al otro lado del mundo que trajo a muchos soldados desafortunados a Riven a la vez. Como sucede cuando los países olvidan que sus guerras no solo afectan a los vivos. Graham blandía ese martillo suyo, un arma ridícula. Una que le daba una ventana tan pequeña de flexibilidad. Recuerdo haberme reído de ello, salvándolo de un grupo de espíritus que se abrieron paso dentro de su alcance.

En lugar de ser arrogante o despectivo, Graham optó por jugar conmigo. Me desafió a hazañas cada vez más estúpidas aquí en Riven. Como cualquiera, disfrutaba llevándome al límite, así que no me negué. Juntos pronto comenzamos a tener aventuras nocturnas. Acercándonos cada vez más el uno al otro. Hasta que, seis meses después, Graham me dijo que se estaba muriendo.

Me dijo que, en el otro lado, tenía una enfermedad que estaba consumiendo su corazón. Nunca lo había visto allá. Solo en Riven. Él vivía en la Costa Oeste, y yo en Chicago. ¿Qué sentido tenía viajar por todo el país para encontrarnos cuando podíamos hacerlo cada noche?

Me hizo prometer. Prometer que lo ataría cuando muriera. Cuando sintió que se estaba yendo, Graham cruzó y se paró a mi lado. Sostuve su mano y me dijo cuando sintió que el cordón que lo ataba a su cuerpo se cortaba. Lo reemplacé con el mío.

Las siguientes páginas hablaban sobre cómo continuaron en Riven. Cómo su amor creció a pesar de no tener conexión en el mundo exterior. Mi madre empezó a pasar más tiempo en Riven, a menudo cruzando de vuelta solo para despertar, comer, atender las necesidades corporales y luego sumergirse de nuevo. Al menos hasta ese otoño.

Podía sentirlo. Aunque no sabía cómo. Estaba embarazada. En cinta. No lo creí al principio, pero me encontré teniendo que cruzar de vuelta con más frecuencia. La enfermedad se presentaba a intervalos regulares. A menudo estaba cansada. Graham prometió seguir cumpliendo mi cuota mientras yo estaba ocupada de otra manera. Como no estaba presente en mi mundo, eso era todo lo que podía hacer.

Escudriñé las bibliotecas durante los días. Hablé con otros guías en los que sentía que podía confiar. Incluso se lo conté a Bryce, el nuevo guía que estaba mentorizando en ese momento. A lo largo de la historia había habido varios de estos niños, nacidos de espíritus y personas mezclándose de maneras que, quizás, no estaban previstas. La mayoría llegó a llevar las mismas vidas que yo, Graham o Bryce podríamos vivir. Algunos, sin embargo, se convirtieron en objetivos.

A medida que avanzaba el verano y se acercaba mi fecha de parto, noté que se prestaba más atención a mis actividades. Guías no asignados a Chicago se mudaron a la zona, alegando que estaban de visita por otras razones. Vecinos con los que nunca había hablado me notaban en los pasillos. Me preguntaban cuándo iba a dar a luz.

No pasó mucho tiempo antes de que empezara a verlos por la noche, antes de cruzar. En las sombras durante el día. Podía sentirlos fuera de la puerta de mi apartamento. Esperando. Sabía por qué. Querían llevarse a mi hijo y usarlo, usarlo para unir los mundos.

Conseguí la promesa del Dr. Farth de que no se permitiría la entrada de nadie más que el personal médico durante mi parto. Que nadie tendría acceso a mi hijo más allá de los necesarios para mantenerlo con vida. Pero el Dr. Farth tenía lealtades más allá de las mías.

Acababan de asignarle el cuidado de nosotros, los guías en Chicago. No renunciaría a ello por mí.

Fue la noche después de que Carver dejara mis brazos para irse con las enfermeras cuando se hizo el primero de los intentos. No sé qué usaron, solo que lo deslizaron dentro de mi comida, y cuando me negué a comer, en mi bebida. Me escondí en Riven, reemplazando mi cuerpo débil con mi mitad fuerte de Riven. Hasta que finalmente yo también sentí que ese vínculo se desvanecía. Ese último lazo con el mundo y mi hijo.

Bryce me ató eventualmente, pero Graham había desaparecido. El precio de nuestro breve romance fue mi vida y, solo podía imaginar, la de mi hijo.

ALIADOS DE NUEVO



Dejé la última hoja y miré por las ventanas hacia el gris de Riven. Ya lo tenía. La historia que me había llevado hasta aquí. La sospecha y el miedo que consumieron a mi madre en sus últimos días mientras sentía que los matones de Piotr se acercaban. Ella había conocido mi condición y aceptado que Piotr la mataría por ello.

Lo más terrible, sin embargo, era que Katherine no sentía que pudiera siquiera intentar detenerlo. Al menos no allá, en el mundo real donde vivía sola. En Riven tenía una oportunidad; con sus armas y sus amigos. ¡Qué extraño que Riven, su salvación, se hubiera vuelto más peligroso para mí que el mundo que dejó atrás!

—Carver —dijo Selena, moviéndose cerca de las escaleras—. No creo que estemos solos.

Llevé mi mano al látigo. Habíamos recogido mi equipo del lugar de Anna en los Warrens de camino aquí. Se sentía bien no depender de armas al azar, sino del equipo familiar con el que había trabajado durante tantos años. Selena desenvainó su cuchilla y los dos tomamos posición, yo vigilando las escaleras desde atrás y Selena lista para saltar si el intruso llegaba arriba.

Las escaleras crujieron mientras alguien subía. En el momento en que apareciera alguna cabeza, Selena podría cortarla o yo podría enredar el látigo alrededor de su cuello.

Pero cuando vi el rostro de Alec, dudé.

—No me maten —dijo Alec—. No estoy aquí para pelear.

—¿Y si no te creo? —dije.

—Esto no se trata de nosotros. No se trata de ti —dijo Alec—. Van a purificar a Bryce.

Purificación. Cegar era el castigo habitual, una separación de Riven. Una purificación equivalía al grado capital. Tomar tu alma en Riven y enviarla al Ciclo. Borrarte tanto en este mundo como en el otro. Reservado solo para los infractores más graves. Nunca había oído que se hubiera sentenciado uno. Más un castigo preventivo que algo que realmente se aplicara.

—¿Por qué? —dije.

—Porque te ayudó.

—Eso es ridículo. ¿Por qué no simplemente lo ciegan?

—Piotr quiere hacer una declaración —dijo Alec—. Dice que los guías no pueden estar divididos en este momento. Que todos debemos estar unidos. Sin embargo, purificar a Bryce no es el camino.

—Ese no es el único problema con Piotr —dije. Puse a Alec al día con los detalles. Quién era realmente el Maestro. Lo que les sucedió a mis padres. Al final, Alec extendió la mano y estrechó la mía, luego me atrajo hacia un abrazo.

—Lamento lo que he hecho —dijo Alec—. ¿Me perdonarás?

—Solo por esta vez —dije—. ¿La próxima vez, tal vez podrías darme un poco más de crédito? Además, siento que saber que nunca me atrapaste es castigo suficiente.

—Sin duda, me atormentará el resto de mis días. —Alec miró hacia las escaleras—. Tenemos que darnos prisa. Ya están llevando a Bryce al Ciclo.

—Una pregunta —dijo Selena—. ¿Cómo nos encontraste aquí?

—Fácil —dijo Alec—. Sabía que Carver nunca podría dejarte. Así que vigilé tu apartamento hasta que apareció. El amor siempre hace una presa fácil.

—Eres tan espeluznante.

—Y tú, *mon frier*, un espíritu con una cuchilla, ¿no lo eres? —respondió Alec. Selena miró la hoja en su mano y se encogió de hombros.

—Me alegro de que pudiéramos estar de acuerdo —dije, asintiendo hacia las escaleras—. ¿Se están llevando a Bryce? Vamos a salvarlo.

Mientras bajábamos las escaleras y salíamos de la casa, Alec señaló un objeto apoyado contra la pared de entrada. Mi ballesta.

—Pensé que tal vez te gustaría recuperarla —dijo Alec—. La encontré debajo de las camas. Escondida como el juguete de un niño.

—Alec, creo que este es el primer regalo que me has dado —dije, negándome a reconocer su juicio sobre mi escondite elegido.

—Recuerdo haberte dado la vida más de unas cuantas veces —respondió Alec.

No podía discutir eso.

SUSPENSIÓN DE LA EJECUCIÓN



Cuatro guías, con Bryce en el medio. Se acercaban a la puerta para salir de la ciudad a través de los Mataderos, el flujo de espíritus abriéndose paso alrededor y dando a los guías mucho espacio. Bryce, por su parte, caminaba con la cabeza en alto y la mirada fija al frente. Las manos atadas a la espalda con una cadena. Ver a mi mentor como prisionero me llenó de una profunda ira por la justicia arruinada. Esto no estaba bien, y Bryce caminaba encadenado por mi culpa.

—Nos superan en número por uno —dije—. Dispararé con la ballesta, intentaré igualar las cosas. Selená, saca a Bryce de ahí. Alec y yo nos encargaremos de los otros tres.

—Yo también puedo pelear —dijo Selená—. No tienes que protegerme.

—No lo hace —dijo Alec—. Bryce es el objetivo más importante, y no queremos matar a los guías.

—Si puedes alejar a Bryce, entonces podremos irnos —dije, y Selená asintió. Parecía que entendía por qué no quería que despedazara a mis antiguos compañeros.

Estábamos en la planta baja de un edificio a una manzana detrás de los guías, un tramo de camino seco y espíritus condenados marchando fuera de la ciudad. Subí al segundo piso, trepando por una escalera que se tambaleaba con cada pisada. La putrefacción de Riven reclamando la casa pieza por pieza. Me arrastré hasta un saledizo, rezando para que aguantara mi peso. Crujió y escuché algo romperse debajo de mí, pero se mantuvo en pie. Me tumbé y coloqué la ballesta frente a mí, miré a lo largo de su eje y apunté al guía de atrás.

Cargué el virote normal. No lo suficiente, esperaba, para matar. Solo incapacitar. Cuando el guía de delante empezó a pasar bajo la puerta abierta, disparé. Apreté el gatillo y, sin esperar a ver si el virote daba en el blanco, me dejé caer del saledizo y aterricé en la calle corriendo.

Alec y Selená iban delante de mí. Corriendo por los lados de las calles para mantenerse fuera de la multitud de espíritus y esprintando hacia el cuarteto de guías. O, debería decir, un trío. Mi disparo había dado en el blanco. El guía de atrás se tambaleó alejándose del resto, agarrándose la espalda. Los otros tres estaban perdiendo la oportunidad de prepararse, mirando a su compañero y sin prestar atención a sus adversarios que se acercaban. Lo cual era exactamente el punto.

Alec, con los guanteletes listos para trabajar, saltó desde detrás de un par de espíritus y plató al guía de la izquierda. Parecía empuñar el conjunto estándar de equipo de guía, el que se les da a los nuevos aprendices. Una espada y un cuchillo, simple y letal.

El de la derecha, mi objetivo, tenía la misma combinación. La líder al frente parecía ser la única con experiencia. Sostenía un par de hachas cortas, de doble filo, con más colgando de su

cinturón. Mientras Selena se acercaba, la guía líder empujó a Bryce al suelo y echó el brazo hacia atrás para lanzar una de las hachas.

—¡Agáchate! —grité. Pero no fue necesario. Bryce rodó y pateó a la guía en la rodilla, desequilibrándola y obligándola a apoyarse en el suelo con una mano.

El guía de la derecha avanzó para enfrentarse a Selena, su espada apuñalando hacia adelante. Una maniobra que funcionaría bien contra espíritus sin mente y sin preocupación por su propia seguridad. Un movimiento que cualquiera con una mente funcional podría esquivar sin pensarlo dos veces. Selena esquivó el golpe hacia la derecha, apartando la espada de un golpe con su cuchilla y atacando con el cuchillo largo. Yendo a por una puñalada no letal en la pierna del guía.

El nuevo guía tenía algo de habilidad, sin embargo. Vio venir el golpe y retrocedió fuera de alcance. Fuera de alcance para Selena, al menos. Mi látigo pasó por el lado derecho de Selena, silbó y se envolvió alrededor de la muñeca del guía. Lo jalé hacia la derecha, alejándolo de Bryce y dándole a Selena un camino despejado hacia mi mentor.

—No tienes que pelear —dije mientras usaba el látigo para tirar a mi objetivo al suelo—. Queremos a Bryce. No queremos hacerte daño.

—Entonces no deberían haber venido —dijo una voz a mi lado. El guía al que le había disparado dejó atrás su dolor y se acercó a mí. Cambió su cuchillo largo por una segunda espada, y blandió las armas de largo alcance al mismo tiempo. Por encima de la cabeza, un ataque masivo a todo o nada que sería fatal si acertaba.

Si acertaba.

Me lancé hacia las hojas, agachándome en una voltereta para pasar por debajo del tajo. Sentí las espadas silbar sobre mi abrigo mientras salía de la voltereta en un placaje, golpeando al guía en la cintura y derribándolo. El guía soltó un grito de dolor cuando su espalda golpeó el suelo y me di cuenta de que no se había quitado mi virote del hombro. Un hombro ahora clavado en la dura calle. Aproveché el momento de dolor conmocionado para arrojar sus armas lejos, pateándolas fuera de sus manos hacia un lado. Desaparecieron bajo el pisoteo de los pies de los espíritus.

—Carver —gritó Alec—. ¡Un poco de ayuda!

Me giré y vi a Selena arrastrando a Bryce, ayudándolo a ponerse de pie mientras Alec bailaba con los otros dos guías. La líder, con sus hachas gemelas en movimiento, mantenía a Alec a la defensiva. Tenía que cambiar constantemente sus guanteletes para interponerse en el camino de los golpes, saltando chispas cada vez que los filos golpeaban el metal de Alec. El otro guía, el de la espada y el cuchillo, circulaba por detrás buscando un golpe abierto.

El guía se concentró demasiado en Alec para verme venir. Para ver mi látigo antes de que se envolviera alrededor de su pierna y lo derribara. Envié al guía al suelo de golpe, su cabeza golpeando la calle y quedando inerte.

—Tienes el camino libre —grité.

Alec captó las palabras, bloqueó un golpe más del hacha oscilante de la guía principal y pasó a la ofensiva. Dos rápidas estocadas que obligaron a la guía a poner sus hachas frente a su cara para defenderse. Un movimiento que expuso los mangos para que Alec los agarrara. Así lo hizo, y luego pateó a la guía en el pecho. Usó su agarre en las hachas para añadir fuerza y, mientras ella caía hacia atrás, le arrebató las hachas.

Me giré a la derecha, donde el primer guía estaba de nuevo en pie, con espada y daga listas. Solo que ya no parecía tan ansioso por atacar.

—Lo repito —dije—. No tienes que pelear esta vez. Retrocede y te dejaremos ir. Luego podrás ayudar a tus amigos.

El guía miró a su líder, que estaba llevando la mano al cinturón para sacar nuevas hachas. Se detuvo cuando Alec se acercó, levantando sus propias hachas y mostrándole lo que podría pasar si continuaba luchando.

—Nos rendimos —dijo la líder—. Hemos terminado. Pueden llevarse a su prisionero.

—Por fin, una buena decisión —dijo Alec.

—Llévenlo ahora —dijo la líder—. Pero lanzaremos las chispas tan pronto como se vayan. Serán rastreados. Encontrados. No pueden retenerlo para siempre, y nos aseguraremos de que compartan su destino.

—Podríamos matarlos también —dijo Selena desde un lado mientras usaba el machete para cortar las cadenas de Bryce—. Es difícil usar un chispeador cuando estás muerto.

—¿Qué tal si nos llevamos los chispeadores con nosotros? —dije—. Un poco menos letal, creo.

Apenas terminé la frase cuando el guía con el dardo en la espalda, que se estaba incorporando desde el suelo, levantó la mano y lanzó las chispas. La rápida cadencia, lograda manteniendo presionado el gatillo y dejando que se encendiera más gas, indicaba una emergencia. Alertaba a cualquier guía cercano para que viniera a ayudar. Se nos había acabado el tiempo.

—¡Corran! —grité.

Y eso hicimos.

ASPIRANTES A RESCATISTAS



Los cuatro corrimos de vuelta a través de las Ruinas, dirigiéndonos al norte hacia la torre del reloj. Teníamos que llevar a Bryce de regreso al lugar donde había cruzado a Riven para que pudiera volver a salir. Para que pudiera esconderse. Le entregué mi cuchillo, dándole algo con qué defenderse. Mantuve mi látigo listo.

—Alec, toma la delantera —dije y mi amigo asintió. Me quedé en la retaguardia mientras Selena se mantenía cerca de Bryce.

Corrimos por las calles, esquivando espíritus y compitiendo contra las chispas que estallaban mientras los guías, al ver nuestra huida, las lanzaban por el cielo. Ahora sabía lo que se sentía ser un espíritu enfurecido, cazado y perseguido por las ruinas grises de Riven y su ciudad. Nada agradable.

Hacia el borde de las Ruinas, donde se fundían con el parque que llevaba a las Madrigueras, tuvimos nuestra primera prueba. Un par de guías mayores. Cada uno llevaba abrigos gruesos y dañados, y portaban grandes alabardas, lanzas con un filo de hacha en un lado y puntas en la parte superior y posterior. Los guías parecían casi idénticos. Los conocía. Un par de gemelos de Sudamérica, conocidos por trabajar en tándem tan estrechamente que efectivamente luchaban como uno solo.

—Selena, mantén a Bryce en movimiento. Nos reuniremos con ustedes más tarde —dijo Alec. Selena obedeció, desviándose con Bryce hacia la izquierda y adentrándose en el parque, mientras Alec y yo fuimos directamente hacia el par.

—Alec —dijo el primero—. No puedo decir que esperábamos esto. ¿Cuántas cacerías hemos compartido, y ahora lucharías contra nosotros?

—Mateo, no planeé esto —dijo Alec—. Es obra de Piotr. Sus manos moldeando este conflicto.

Me acerqué a Alec y nos quedamos a cinco pies de distancia de la pareja. Casi al alcance de sus alabardas. Ante las palabras de Alec, inclinaron sus cabezas y entrecerraron los ojos.

—Piotr —dijo Mateo—. Piotr no liberó a los prisioneros. Piotr no lastimó a los otros guías. Piotr no liberó a Bryce.

—Todos esos son síntomas —dije—. Piotr es la causa.

—O tal vez lo seas tú —respondió Mateo—. Sin embargo, si deseas discutirlo, baja tus armas y ven con nosotros. No les haremos daño.

Yo ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara. —Lo siento, Mateo, Anton. No podemos.

Asintieron al unísono. Luego colocaron sus alabardas al frente. No disfrutaría esta pelea.

Alec atacó primero, abalanzándose cuando Mateo, a la izquierda, intentó dar un paso adelante con su alabarda. Yo hice restallar el látigo hacia la derecha, golpeando hacia el rostro de Anton. El hombre se movió, deslizando su cabeza hacia la derecha y esquivando el golpe del látigo. Se acercó a mí y blandió la alabarda en un amplio corte. Retrocedí, pero no lo suficiente. La punta de la alabarda se clavó en mi costado y cortó a lo largo de mi abrigo. Dejó un corte ardiente en mi abdomen. Hice una mueca e intenté ignorar el dolor. No había tiempo para eso aquí.

Anton siguió avanzando, revirtiendo su corte para balancear desde el otro lado. Si hubiera tenido mi cuchillo, podría haber intentado atrapar la lanza. En cambio, hice lo único que podía y agité el látigo de nuevo. Esta vez, en medio del balanceo, Anton no pudo esquivar mi golpe. Mientras la hoja de su alabarda caía hacia mi costado, mi látigo golpeó su pecho. Los extremos puntiagudos atravesaron su abrigo y provocaron que Anton trastabillara hacia atrás, quitando algo de impulso a su corte, de modo que en lugar de ser bisecado, tenía otro largo corte a lo largo de mi lado izquierdo. Feliz de hacer ese intercambio.

No cedí, no podía ceder. Mientras Anton retrocedía tambaleándose, hice restallar el látigo una y otra vez. Cada golpe abriendo nuevos agujeros en el pecho, brazos y piernas del guía. Ninguno de ellos realmente grave, todos debilitantes. Quitándole su impulso y su concentración. Y entonces Anton dejó caer la alabarda. Dejó que el arma resonara en el suelo a sus pies. No me detuve. Seguí empujándolo hacia atrás hasta que me paré sobre su arma, y solo entonces dejé que el látigo se quedara quieto y colgara a mi lado.

—Lo siento —le dije a Anton, que estaba arrodillado en el suelo y sangraba por una docena de cortes—. Lo siento, pero no me dejaste otra opción.

Me giré a la izquierda para ver a Alec recibir un golpe del asta de la alabarda en su barbilla. Mateo había atraído a mi amigo cerca y, en lugar de hacer un largo balanceo, sacudió la parte posterior de la alabarda en el rostro de Alec. Ahora, mientras Mateo presionaba su ventaja, me arrodillé, agarré la alabarda de Anton del suelo y se la lancé a su hermano.

No fue un gran lanzamiento —no era un experto lanzando lanzas—, pero fue lo suficientemente cerca. El arma se deslizó entre las piernas de Mateo, mordiendo sus muslos y rodillas y enviando al hombre al suelo. Alec aprovechó la oportunidad. Corrió y desarmó a Mateo, pateando la alabarda lejos y clavando al guía en el suelo.

—Ríndete —dijo Alec.

Mateo lo miró con furia, cualquier espíritu de compañerismo que hubiera existido entre nosotros se había extinguido de manera traicionera. —Pueden tener su victoria, y nosotros tendremos nuestra venganza.

Las palabras de Mateo se quedaron conmigo mientras corríamos por el parque, alcanzando a Selen y Bryce al otro lado. Entramos en las Madrigueras y el laberinto de grandes apartamentos. Tendrían su venganza. ¿Cuántos guías estarían diciendo eso sobre nosotros ahora mismo? ¿Cuántos planeaban mejorar su propio estatus, o vengar a sus amigos, haciéndonos pedazos? Estaba empezando a pensar que no habría vuelta atrás desde esto. Sin recuperación.

Mis días como guía habían terminado.

La torre del reloj apareció a la vista, después de otra hora de correr y escondernos, agachándonos entre tiendas y mostradores, serpenteando entre masas de espíritus en movimiento. Incluso usando las brechas a nuestro favor, atrayendo a los guías a las erupciones de espíritus enojados. No tenía idea si algunos de nuestros amigos habían caído tratando de encontrarnos. Si, conducidos a las brechas, habían sido abrumados y despedazados. Habría tiempo para eso más

tarde. Tiempo para hacer que Piotr rindiera cuentas por todos los terrores que había desatado.

Cruzamos el patio, rodeando la fuente que lanzaba agua de Riven al aire, y condujimos a Bryce hacia la torre del reloj. Selená cerró las puertas detrás de nosotros y las atrancó con la voute de Bryce, que aún estaba en el bastidor de armas donde él la había dejado.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente —dijo Bryce a Alec y a mí—. Por todo lo que han sacrificado por mí, por mi familia. Si alguna vez necesitan algo...

—Empecemos por llevarte de vuelta a casa —dije—. Ve, cruza para que podamos salir de aquí.

No es que supiéramos qué encontraría Bryce al otro lado. Quizás una celda. Tal vez uno o dos guías más esperando para aplicar algún castigo. Pero teníamos que empezar por algún lado. Darle alguna oportunidad.

Bryce se acostó en la cama y se concentró. Vi sus ojos cerrarse y esperé a que su cuerpo se desvaneciera. Pero no lo hizo. Bryce permaneció allí, en forma completa. Después de que pasaran varios minutos y Bryce aún no nos hubiera dejado, me acerqué. Lo miré de cerca. Respiraba uniformemente, no había sufrido heridas. No debería haber ninguna dificultad. Entonces sus ojos se abrieron de golpe.

—Están bloqueando mi camino de regreso —dijo Bryce.

—¿Qué? —dije.

—Mi cuerpo. Lo mantienen dormido. Con drogas. Lo sentí cuando crucé de vuelta, sentí que me sumergía en un sueño. Si dejo que eso suceda, podría no volver nunca aquí. Podría no despertar jamás.

—Alec —dije, volviéndome hacia mi amigo—. Si no puede cruzar, entonces tenemos que salvarlo en el otro lado. Liberarlo. Eres el único que puede hacerlo.

—No creo que me dejen entrar en el hospital, no después de esto —dijo Alec.

—Oye —dijo Selená desde las puertas—. Hay ruidos afuera. Estoy escuchando hablar a los guías. Creo que están planeando algo.

Me acerqué a la puerta mientras Alec y Bryce trataban de discutir la estrategia. Intenté mirar entre las puertas hacia afuera, pero todo lo que pude ver fue un gris cambiante y un poco de la fuente. Un estallido de naranja. Un olor a humo. Miré a nuestro alrededor, a la cámara de madera y piedra, y me di cuenta de que los guías no tenían ningún interés en luchar contra nosotros. Iban a quemarnos.

AHOGADOS EN HUMO



¿Hay otra salida? —preguntó Selená.
Negué con la cabeza.

—No que yo sepa.

Le conté a Bryce y a Alec sobre el incendio, aunque el humo que entraba por debajo de la puerta lo hacía innecesario. El humo gris y blanco flotaba hasta la parte superior, atrapado bajo el techo. La gran altura del edificio nos daría algo de tiempo, pero pronto el calor se volvería insoportable.

—No puedo volver a cruzar —dijo Bryce—. No hay salida.

—Selená y yo tampoco podemos —miré a Alec—. Alec, vete. Eres el único que puede salir. Regresa.

—¿Dejarlos a todos? No soy un cobarde —dijo Alec.

—No sirves de nada muerto —dije. Miré hacia la puerta, donde el primer destello naranja aparecía cerca de las bisagras. El humo se espesaba; ya no podía ver el techo—. Regresa. Encuentra a Bryce. Libéralo.

Ese era un compromiso que Alec podía aceptar. Se deslizó sobre la cama, cerró los ojos y se desvaneció un minuto después. Eso nos dejó a los tres en medio de un edificio que rápidamente se ennegrecía mientras las llamas se abrían paso al interior.

—¿Alguna idea, Carver? —preguntó Selená.

—Tengo una, pero puede que no les guste.

—No creo que importe si nos gusta o no —dijo Bryce—. Lo importante es si salimos vivos de esta.

—Eso no está garantizado —saqué la ballesta de mi espalda. Coloqué un virote naranja al frente y lo cargué en posición de disparo—. Esta cosa va a causar mucha destrucción. Será mejor que se alejen.

—¿Vas a derrumbar el edificio sobre nosotros? —preguntó Selená.

—Solo estén listos para moverse —dije—. Bryce, si quieres tu arma, es ahora o nunca.

Bryce asintió, fue hacia la puerta y sacó su vouge de las cerraduras. E hizo una mueca.

—Está muy caliente.

Pasó corriendo junto a mí mientras yo levantaba la ballesta, apuntando mi tiro a la pared frontal. La puerta que daba a la fuente. Si todo salía bien, el virote explotaría y quemaría la estructura, provocando el caos suficiente para que pudiéramos escapar. Si las cosas salían mal, la torre del reloj caería y nos enterraría bajo los escombros. O saldríamos corriendo directamente

hacia una muerte segura a manos de los guías.

Apreté el gatillo.

El virote salió disparado y se incrustó en la puerta, o lo que quedaba de ella, ya que el fuego devoraba el edificio. El virote estalló y se expandió en una floreciente nova naranja, un remolino de luz sobrecalentada que devoró el resto de la puerta. Ramas se extendieron como electricidad, zarcillos que se aferraban a otras partes de la torre, trepando, expandiéndose y consumiendo todo el frente del edificio en una ola de calor y luz.

A nuestro alrededor, la estructura gimió. La madera y la piedra comenzaron a caer a medida que los soportes desaparecían, ya fuera aniquilados por el fuego, el virote o derrumbándose bajo la presión. Tiré de Selenia hacia el suelo, nos arrastramos bajo la mesa que durante tanto tiempo había servido de poco en un lugar donde no pasábamos mucho tiempo. Bryce se unió a nosotros, apretujándose mientras las rocas y las tablas golpeaban la superficie de la mesa. El calor azotaba nuestros rostros mientras los gritos de los guías, preguntándose qué estaba pasando, se mezclaban con los ruidos crepitantes.

Me tomé un momento para volver a cargar la ballesta, colocando un segundo virote naranja. El último. No quería usarlo, pero si necesitábamos una salida o una distracción mortal, la ballesta era nuestra única y mejor oportunidad.

Detrás de nosotros, la estructura trasera se quebró cuando el techo, perdiendo su soporte frontal, se inclinó hacia la fuente. El reloj, la parte más pesada del edificio, arrastraba el techo consigo. Miré hacia atrás, por encima del hombro de Selenia, para ver cómo las tablas ardientes en la parte trasera del edificio simplemente se partían en dos. Luego el techo se vino abajo sobre nosotros.

—Vayan a la derecha, ahora —dije—. Traigan la mesa.

Mientras el edificio se derrumbaba, nos movimos, manteniendo la mesa sobre nuestras cabezas para atrapar las brasas, las rocas y las piedras que caían. Nos lanzamos hacia la pared derecha mientras se plegaba hacia nosotros. Se abrieron agujeros, cenicientos, naranja y ardientes. El calor abrasador lamía nuestros pies y nuestro cabello, y bajaba por nuestra garganta para quemar nuestros pulmones.

—No vamos a poder salir —dijo Selenia.

—Levántense y corran —dijo Bryce—. Usen la mesa como escudo.

Golpeamos la pared en diez pasos, el costado del edificio abultándose, doblándose y rompiéndose. La mesa impactó primero mientras Bryce, Selenia y yo éramos golpeados por trozos ardientes de madera y roca. Sentí el ardor de las brasas quemando mi abrigo, chamuscando mi cuello y abriéndose paso en mis muñecas y manos. Pero me aferré. Nos aferramos. La pared de la torre del reloj no resistió.

Irrumpimos en el callejón abierto entre la torre del reloj y el siguiente edificio, una lluvia de chispas anunciando nuestra salida. Una lluvia infinitamente empuñada por el infierno rugiente detrás de nosotros. Soltamos la mesa y corrimos, esprintando por el callejón hacia la derecha. Pasamos por detrás de la torre del reloj y nos adentramos en el interminable laberinto de Riven. Mantuvimos el incendio entre nosotros y los guías durante todo el tiempo que pudimos.

Nadie dijo nada durante mucho tiempo. Solo corrimos. Tomé la delantera y gradualmente nos dirigimos hacia el apartamento. Después de otra hora escabulléndose por callejones y edificios en ruinas, lo logramos. Abrimos la puerta y encontramos a Nicholas de pie, mirándonos fijamente. Observando nuestra ropa destrozada, nuestros cuerpos quemados y nuestras almas maltrechas.

—Entonces, ¿lograron conseguirme algo de hierro?

HACIA EL ESTE



No estaba acostumbrado a ver a Bryce tan derrotado. Se desplomó en una de las pocas sillas que Nicholas tenía en su laboratorio en la planta baja del edificio de apartamentos. Los ojos de Bryce recorrieron el entorno sin parecer notar nada. Nicholas, por lo general dispuesto a soltar una opinión, se quedó en silencio cuando le conté lo que había sucedido.

—Aún tenemos que llevarte de vuelta —le dije a Bryce—. Incluso sin la torre del reloj, todavía necesitas ir al lugar para cruzar.

—Lo sé —dijo Bryce—. Lo sé. Pero si todavía estoy dormido del otro lado...

—Alec se encargará de ello.

Bryce asintió, pero era el tipo de asentimiento que se da para terminar una conversación más que para estar de acuerdo. Así que me aparté y dejé que Bryce enfrentara sus propios demonios.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Selenia.

—Tengo que cruzar. Debe ser casi de mañana. Anna y yo tenemos que llegar a Nueva York. Tenemos que detener a Piotr.

—¿Y nosotros? ¿Nos quedamos aquí sentados esperando a que vuelvas?

Negué con la cabeza.

—No, cuando Bryce esté listo, deberían intentar entrar en la torre del reloj. O lo que queda de ella. Si Alec lo libera, es posible que no tengan mucho tiempo para que él cruce.

Selenia y yo volvimos a su apartamento, nos despedimos y luego me acosté en la cama y crucé al otro lado.

El amanecer se extendió sobre el pueblo. El oro se elevaba en una hermosa mañana mientras los pájaros del bosque silbaban. Algunas almas se movían fuera de la ventana, comenzando sus tareas diarias. Anna respiraba lentamente a mi lado, perdida en algún sueño. No por mucho tiempo más. Le di el tiempo que pude mientras me preparaba. Bajé a la recepción y conseguí un horario de los trenes.

Doce horas de viaje desde aquí hasta Nueva York. Cuanto antes empezáramos, mejor.

—Pensé que ya habrías tenido suficiente de trenes —dijo Anna mientras nos dirigíamos a la estación una hora más tarde, dejando *The Pine's Rest* sin pagar por nuestra noche gracias a una puerta trasera—. ¿No fuiste un rehén las últimas dos veces que viajaste en uno?

—Casi. Con mi suerte, las aeronaves no son mucho mejores. Al menos es más fácil bajarse de un tren —dije—. No tengo dinero para comprar un coche, y no tenemos tiempo.

—Doce horas. Nunca he estado en un tren tanto tiempo.

—Si tenemos suerte —dije—, no nos encontraremos con nadie que conozcamos. Las horas

pasarán en paz. Incluso tomaré una copa.

—Tal vez.

El tren que íbamos a tomar empequeñecía la pequeña estación. Un largo ferrocarril de pasajeros que se extendía vagón tras vagón. Gasté los últimos dólares que tenía para conseguirnos billetes a tarifa reducida para guías. Una vez que llegáramos a la ciudad, dependeríamos de lo que pudiéramos conseguir. Cualquier caridad que la gente nos ofreciera, siempre y cuando no supieran quiénes éramos realmente.

Los vagones estaban destartados, y solo teníamos un banco para nosotros. No había dinero para un compartimento de lujo o cualquier tipo de cabina con cama. Comparado con la opulenta aeronave, esto era más lo habitual para mí.

—¿Por qué crees que tu madre se rindió? —preguntó Anna después de que le contara lo que había leído en los diarios de mi madre—. Simplemente se quedó allí, en el hospital...

—No creo que tuviera otra opción —dijo—. Por la forma en que lo escribió, parecía que iban tras Katherine incluso antes de que yo naciera. Piotr sabía lo que yo sería.

—Pero no podía usarte hasta que crecieras lo suficiente como para pasar a Riven —dijo Anna.

—Creo que Piotr tenía múltiples planes. Yo era una de sus apuestas, y creo que solo al final decidió usarme. O intentarlo. Tuvo mucho tiempo para dejarme crecer.

—Quiero saber por qué —dijo Anna—. ¿Por qué molestarse? ¿Por qué arriesgar a tantos guías, por qué arriesgarlo todo para intentar conectar Riven con nuestro mundo?

El carrito de café pasó mientras el tren avanzaba por el paisaje ondulado del oeste de Pennsylvania, colinas verdes y campos cultivados para las cosechas de verano. Agarré un par de tazas y di un sorbo. Incluso ese pequeño toque de normalidad ayudaba.

—Por la misma razón que tantos otros han intentado lo mismo —dijo—. Creo que está asustado. Es mayor. No quiere entregarse a lo que viene después. Aunque no puedo estar seguro. Es solo una suposición.

—¿Y los otros líderes? ¿Los que tenía en la Montaña? —dijo Anna—. Deben estar trabajando juntos.

—Piénsalo —dijo—. En Riven, no envejeces. No mueres. No puedes lastimarte realmente por mucho tiempo. Al menos no como espíritu. ¿Traer eso aquí? Podrías vivir para siempre.

—No sabes qué pasaría si los espíritus cruzaran.

—Es un riesgo que está dispuesto a correr.

—¿Qué harías tú, en su lugar? —preguntó Anna—. ¿Destruirías todo intentando encontrar una forma de volver?

Una pregunta fácil de responder que no. Una pregunta difícil si realmente lo pensaba. ¿Quién no querría la oportunidad de vivir para siempre, de ver y hacer todo sin preocuparse por su salud física? Por otro lado, la razón por la que estábamos tratando de detener a Piotr era que abrir la puerta podría destruir todo lo que amábamos. Podría hacer que tanto Riven como nuestro mundo se desmoronaran.

—Creo que querría lo que Piotr quiere —dijo—. Pero espero que tendría la fuerza para resistir. ¿Y tú?

Ahora era el turno de Anna de mirar por la ventana y tomarse un momento para pensar. ¿Éramos iguales a Piotr, solo que sin el poder y la posición?

—Soy una persona egoísta —dijo Anna—. Hago muchas cosas por mí misma y para lograr mis objetivos. No creo que pudiera hacer esto. No creo que pudiera justificármelo y decir que la oportunidad de una vida extraña e interminable valdría este riesgo.

Asentí.

—Solo quedan once horas más.

No me importaría la espera.

GRAN MANZANA, POCA OPORTUNIDAD



Chicago no era una ciudad pequeña. Tenía su cuota de edificios altos y diseños deslumbrantes. Nueva York era algo completamente distinto. Un escaparate de arquitectura experimental, donde los locos magos del metal y el vidrio podían dar rienda suelta a su imaginación. Estructuras de todas las formas se alzaban y descendían por el horizonte, entrelazándose y curvándose a veces unas con otras.

Salas elevadas, sostenidas por globos inflados, como zepelines estacionarios, dominaban el espacio entre edificios y permitían a la gente cruzar sin tener que descender los muchos pisos hasta el suelo. Luces y sonidos salpicaban las ventanas del tren y resonaban por nuestro compartimento. Una interminable plétora de vehículos motorizados, bocinas y gruñidos y rumores ocultos que componen la sinfonía de fondo de cualquier lugar bullicioso.

Anna y yo salimos de Penn Station y nos pusimos nuestras máscaras, la primera vez desde que dejamos Chicago que me molesté en ponérmela. La contaminación, al parecer, era un hilo conductor común entre nuestras ciudades.

—¿Dónde crees que están celebrando la conferencia? —le pregunté a Anna mientras ella observaba el caos a nuestro alrededor.

—Yo diría que sigamos las caravanas —dijo Anna, señalando.

Seguí su mirada y vi los coches dispersos adornados con varias banderas. Los vehículos achaparrados transportaban a embajadores y presidentes a través del tráfico y las multitudes hacia su destino. Aunque íbamos caminando, fácilmente mantuvimos el ritmo.

En Chicago, los taxis del centro mantenían las calles despejadas. Si caminabas sobre una de las líneas, corrías el riesgo de que te atropellaran. En Nueva York, simplemente había demasiada gente. No había taxis automatizados, solo los conducidos por humanos. Una interminable variedad de coches y caballos, caminantes y jinetes.

Mientras nos acercábamos a lo que parecía ser una gran plaza, oí los gritos de un vendedor de periódicos cercano. Voceaba la edición vespertina, incluyendo los diversos discursos de esta noche y el programa para mañana. Nos acerqué al pregonero y, después de suplicarle a Anna que pagara por un ejemplar, agarré el periódico.

—No está aquí esta noche —dije mirando las listas de políticos de todo el mundo—. Mañana, sin embargo, Piotr tiene la velada para sí mismo.

—¿Qué estás pensando?

—Mira a tu alrededor —dije—. Hay tanta gente, tantos policías. No hay manera de que podamos acabar con él en la calle. Pero si podemos seguirlo, tal vez podamos averiguar dónde se

aloja.

—Empiezas a hablar como un infiltrado —dijo Anna.

—Tal vez se me esté pegando algo de ti —respondí.

—Solo puedo esperarlo —dijo Anna—. Si no vamos a por Piotr esta noche, necesitamos un lugar donde quedarnos. Y estoy sin blanca.

—Eso hace dos de nosotros.

Nos quedamos en la calle, Anna leyendo el periódico y yo escaneando la multitud. Tratando de pensar en algo que hacer. No podía apoyarme en mis contactos guía; el grupo de Nueva York me entregaría en el momento en que mostrara mi cara. Podríamos simplemente vagar por las calles hasta el día siguiente, pero no me entusiasmaba la idea de enfrentarme a Piotr después de pasar toda la noche sin descansar.

—¿Qué te parece esto? —Anna levantó el periódico y señaló un anuncio impreso que ofrecía servicios para conectar a la gente con sus parientes perdidos. Ya sea aquí o en Riven.

—¿Infiltrados?

—Puede que tú seas buscado por los guías —dijo Anna—. Pero yo sigo siendo una infiltrada, y estoy en su lado bueno. Creo.

—¿Siquiera los conoces?

—¿Acaso tú conoces a todos los guías? —replicó Anna—. Vamos, vayamos.

El anuncio mencionaba una oficina en el Lower East Side de Manhattan. Una caminata de veinte manzanas sólidas desde donde estábamos ahora, pero yo disfrutaba del ejercicio. Absorbiendo las vistas y los sonidos de una metrópolis diferente. Los edificios aquí eran más altos, más comprimidos en el paisaje más pequeño. Los sonidos también eran diferentes: acentos mezclados y llamadas de diferentes tipos de comidas. Había una sensación de movimiento aquí que no tenía en casa.

Había similitudes: los Mechs estaban por todas partes. La conferencia aumentó la seguridad, haciendo que las patrullas fueran aún más prolíficas que en Chicago. Las máscaras también eran el símbolo de estatus del día aquí, con los grupos más adinerados luciendo arreglos artísticos sobre sus rostros y los menos acomodados optando por filtros de tela de colores.

La reacción al ver a un par de guías era la misma especie de precaución nerviosa. Las multitudes se apartaban alrededor de Anna y de mí mientras caminábamos. Los ojos recorrían mi abrigo de arriba abajo.

Finalmente, con el sol desapareciendo bajo el horizonte y la ciudad bañándonos con luces brillantes, llegamos a un edificio achaparrado que parecía, temblando bajo la imponente construcción a su alrededor, que no duraría mucho en este mundo. La oficina y los apartamentos de arriba pertenecían a los infiltrados, o, como declaraba el cartel exterior, *Los Mejores Buscadores de Nueva York*. La puerta estaba abierta, el interior iluminado por una plétora de luces.

—Mira, tienen electricidad —le dije a Anna.

—Tienen dinero —dijo Anna—. Laurence y yo hacemos lo que podemos con lo que tenemos.

Dentro, nos recibió una fila de sillas en una habitación rodeada de puertas. Escondites privados donde los clientes podían hablar con un infiltrado sin preocuparse por ser escuchados.

—¿Puedo ayudarlos? —dijo la mujer mientras salía del pasillo trasero. A diferencia de Anna, que iba con un atuendo casual, la infiltrada llevaba un vestido profesional. Lista para los negocios, y para cierto tipo de clientela que no creía que se molestara en aprovechar a un infiltrado.

—Tengo un favor que pedir —dijo Anna. Ante el asentimiento de la mujer, nos lanzamos a contar nuestra historia. Filtramos detalles como el derribo de la aeronave. Lo redujimos a que los dos necesitábamos pasar la noche en la ciudad y no teníamos los fondos para hacerlo.

Cuando Anna terminó, la mujer nos dijo que esperáramos un minuto y desapareció de nuevo por la puerta.

—¿Crees que se lo ha creído? —dije.

—Para nada —dijo Anna—. Pero volverá con una oferta.

—¿Con una oferta?

—Los Sneaks no regalan las cosas —dijo Anna—. Supongo que si no podemos pagar, nos pedirán que hagamos otra cosa. Tal vez puedas usar tu máscara para ahuyentar a los clientes malos.

—Muy graciosa.

La mujer regresó y nos hizo señas para que la siguiéramos. Atravesamos un pasillo anodino y volvimos al inicio de los apartamentos. Una sala amplia con una pequeña cocina, mesa y sillas. Una radio transmitía al orador actual de la conferencia. En la mesa estaban sentados otros tres sneaks, todos con trajes y camisas con cuello.

—Eres guía, ¿verdad? —dijo la mujer después de invitarnos a sentarnos. Asentí en respuesta—. Entonces sabes que Riven se está volviendo más peligroso últimamente. Incluso hemos perdido a uno de los nuestros.

—Lo siento —dije—. Por eso estamos aquí. Estamos tratando de poner fin a esta guerra.

—Lo que no entiendo —dijo la mujer— es por qué venís a nosotros cuando deberíais tener muchos guías a los que recurrir para pasar una noche en la ciudad.

—Estamos tratando de mantenerlo en secreto —dijo Anna.

—¿Por qué no nos decís por qué estáis realmente aquí —dijo uno de los otros sneaks, un hombre delgado y mayor—, o os echaremos por esa puerta ahora mismo?

Miré al grupo, vi solo curiosidad, no hostilidad. Una disposición a creer.

—Necesitamos impedir que el líder de los guías destruya Riven.

UNA TARIFA



—D e todas las cosas ridículas que he oído hoy —dijo el hombre delgado—, esta se lleva la palma. ¿Intentar matar al líder de los guías? ¿Por qué?

—Porque quiere que Riven se fragmente y envíe los espíritus de vuelta aquí —dije.

—Absurdo —dijo otro de los furtivos—. Eso sería un suicidio.

—No si ya estás muerto —dije—. Entonces, podrías vagar por el mundo como un espíritu. Vivir para siempre. O al menos eso es lo que se piensa.

—Nunca he oído que eso haya pasado antes —dijo el hombre delgado—. ¿Dónde está la prueba de que siquiera funcionaría?

Negué con la cabeza. No había ninguna prueba. No que yo supiera.

—¿Por qué arriesgarse? —intervino Anna—. Si Piotr tiene éxito, nuestro mundo será invadido. Si no funciona, si no puede crear un portal, entonces Riven seguirá siendo demasiado peligroso para que alguien lo cruce. Os quedaréis sin trabajo.

—Ahora eso es un argumento que puedo entender —dijo la mujer que habíamos conocido en la entrada—. En cualquier caso, todo lo que pedís es pasar la noche. Eso podemos proporcionarlo. A cambio de un favor.

—Un favor —dije.

—Tenemos una clienta con una petición especial —dijo la mujer—. Puede cruzar a Riven y sabe adónde quiere ir. Sin embargo, Riven es un lugar peligroso en este momento. Demasiado peligroso para nosotros. Pero, ¿para un par de guías experimentados?

—Entonces, ¿llevamos a esta clienta vuestra a algún lugar de Riven y nos dejaréis quedarnos? —dijo Anna, y luego me miró.

—Podemos hacer eso —dije. No había forma de que un trabajo de escolta fuera difícil. No con todo lo que ya habíamos pasado.

—Entonces está acordado —dijo la mujer—. Silas, ¿te importaría ir a buscar a Honora y decirle que podemos proceder esta tarde?

Silas, el hombre delgado, asintió, se levantó y salió de la habitación. La mujer se volvió hacia nosotros.

—Si no os importa, puedo mostraros vuestras habitaciones. Imagino que necesitaréis conseguir vuestro equipo en el otro lado. Así que, ¿queréis empezar?

—¿Lanzándonos directamente a ello? —dije.

—No sé de dónde vienes, guía, pero en esta ciudad no perdemos el tiempo —respondió la

mujer.

—Me parece bien.

Nos instalaron a Anna y a mí en un par de habitaciones individuales, camas gemelas colocadas en rectángulos de paredes desnudas. Al menos las almohadas eran suaves y las mantas buenas. Puede que a los furtivos no les importara la decoración, pero ponían calidad donde importaba.

Mientras me preparaba para cruzar, me di cuenta de que nunca habíamos preguntado sus nombres, y ellos nunca habían preguntado los nuestros. Supongo que si vas a trabajar con criminales, es mejor permanecer en el anonimato.

Aparecí en Riven junto a Anna, en un callejón cerca de las ruinas de la torre del reloj. Reconocí los edificios, aquellos por los que había pasado innumerables veces en mis cacerías por el mundo gris.

—¿Al apartamento? —dije, y Anna estuvo de acuerdo.

Ambos tomamos nota de dónde habíamos aparecido, ya que tendríamos que volver a este punto para regresar a Nueva York. En el suelo a nuestro alrededor, había basura esparcida. Camas rotas y sábanas desgarradas. Un par de colchones sucios apoyados contra la pared. Los guías se tomaban el tiempo de establecer verdaderas bases. Construían y mantenían espacios destinados a cruces frecuentes. Esto, esto estaba hecho para parecer aleatorio y lo suficientemente sucio como para pasar por un accidente. Solo me di cuenta del verdadero propósito de la basura porque había cruzado a este punto.

Anna y yo nos abrimos paso por los callejones y avenidas hasta el apartamento. Otros guías y algún que otro espíritu pasaban por allí, obligándonos a ocultarnos. Aun así, comparado con el caos de la fuga de Bryce, disfruté del paseo. Las calles tranquilas y vacías eran un respiro bienvenido de las multitudes de Nueva York.

—¿Sigues estando bien? —preguntó Anna mientras continuábamos—. ¿Sobre tus padres?

—Me mantengo —dije—. Sería peor, excepto que pasé la mayor parte de mi vida solo. Ahora simplemente he vuelto a lo habitual.

—Supongo —dijo Anna, aunque su tono implicaba lo contrario.

—¿Y tú? No he notado lágrimas, y te has mantenido serena.

—Vaya, si esa no es la cosa más bonita que me han dicho nunca... —Anna se rio—. Me lo guardo para mí. Nutro su memoria.

—Lo siento —dije—. A veces hablo como un martillo.

—¿A veces?

Anna guardaba su dolor para sí misma. Lo embotellaba y lo escondía. Yo no era muy diferente. Cada día traía un momento tras otro que quería compartir con Graham y Katherine. En Riven o en cualquier otro lugar. Salvar a Bryce, escapar de la torre del reloj en llamas, podía imaginarme hablando de cada detalle con mis padres y ganándome sus elogios, soportando sus amorosas críticas.

Al mismo tiempo, había sido fácil volver a la costumbre de confiar solo en mí mismo. Evaluar la situación y depender de mi propio juicio para salir de ella. No *necesitaba* a Graham y Katherine para sobrevivir, pero quería que compartieran mi mundo.

Cuando entramos en el apartamento, Bryce, Selena y Nicholas estaban inclinados sobre el banco de trabajo del científico. Armando alguna nueva arma u otro invento.

—¡Hemos vuelto! —anuncié, y el grupo se dio la vuelta—. Y necesitamos nuestras cosas.

PRIMEROS CRUCES



Si hubo un momento en el que sentí que Bryce ya no era mi mentor, fue cuando me dejó ir con Selenia y Anna. Me permitió salir del apartamento armado y listo para la aventura, pero sin él. Bryce dijo que tenía que esperar a Alec, ya que el guía aún estaba trabajando para ver si podía localizarlo al otro lado y liberarlo. Si Alec podía causar una distracción lo suficientemente grande para que Bryce cruzara.

Por mi cuenta. El líder de nuestro pequeño grupo.

Nos dirigimos de vuelta hacia el lugar lleno de basura en el callejón cerca de la torre del reloj. Donde el niño aparecería en algún momento pronto. Selenia, con su cuchilla colgando ociosamente de su mano izquierda, silbaba una vieja canción mientras caminábamos. Anna, por su parte, parecía perdida en profundos pensamientos.

No dije nada. Tenía mucho en qué pensar. Podía sentir que el conflicto con Piotr se precipitaba hacia su final. Una pelea que probablemente dejaría solo a uno de nosotros con vida. Las preguntas que me carcomían la cabeza se referían a lo que sucedería después. ¿Se rebelarían o dispersarían los guías, dejando que los espíritus enojados hicieran de las suyas? ¿Se unirían a mí o a alguien más? ¿Se enfrentarían a los muertos y devolverían la cordura a Riven o colapsarían?

Por supuesto, Piotr podría cortarme por la mitad y resolver todos mis problemas, pero ese no era un camino divertido para recorrer.

—¿Este es el lugar, verdad? —dijo Anna, y parpadeé, dándome cuenta de que tenía razón. El mismo callejón, los mismos colchones sucios.

—¿Así que esperamos? —dijo Selenia, y luego miró a Anna—. ¿Es esto lo que hacías antes? ¿Llevar a la gente de viaje por Riven?

—A veces —Anna tenía un tono defensivo en su voz—. Solo si podían cruzar, sin embargo. La mayoría de las veces era encontrar y reportar.

—Hacer recados, quieres decir.

Me reí.

—Puede que Selenia haya adoptado algunos de mis viejos prejuicios.

—Lo noté —dijo Anna—. Solo eran recados si el cliente quería que lo fueran. Cuando estás ayudando a alguien a sanar una herida emocional, o a tener una última conversación con un ser querido, eso no es tan trivial.

Se escuchó un ruido de crujidos, un tintineo disperso mientras bits y piezas de roca y basura caían de su montón junto a nosotros. Saliendo de debajo de una sábana, una niña morena de no

más de doce años nos miró.

—Dijeron que me escondiera, así que me escondí —dijo la niña—. Dijeron que habría un hombre y una mujer, ¿hablaban de ustedes?

—¿Eres Honora? —pregunté y la niña asintió—. Entonces somos a quienes buscas.

—¿Dónde están tus padres? —dijo Anna, y Honora señaló hacia el norte por el callejón.

—¿Por qué no te pones detrás de Anna y nos vas diciendo por dónde ir mientras caminamos? —dije, guiándonos. No había razón para perder el tiempo. Cuanto antes pudiera cruzar la niña, menos posibilidades habría de que le sucediera algo terrible.

Al norte de la torre del reloj, la ciudad se convertía en una serie de parques desmoronados y grupos de casas. Un lugar que podría haber sido, habría sido una zona residencial elegante si los estanques no estuvieran secos y polvorientos, las casas arrasadas y los árboles hechos pedazos de lo que fueron. De las partes de Riven que habían sufrido a lo largo de los siglos, el norte había caído más bajo.

—¿Cuándo cruzaste por primera vez? —Anna continuó su conversación con Honora, acribillando a la niña con pregunta tras pregunta. Al principio no entendí por qué, pero luego me di cuenta de que Honora estaba prestando más atención a sus respuestas que a las ruinas que nos rodeaban. Ignorando al espíritu ocasional que pasaba. Las chispas que estallaban en el aire sobre nosotros mientras los guías se llamaban entre sí.

—Hace tres años —dijo Honora—. Fue aterrador. No entendía.

—Me lo imagino —murmuré. Recordaba vívidamente mi primera vez. Tenía siete años, acurrucado en el sofá, el único lugar para dormir en el apartamento donde vivía mi padre adoptivo en ese momento. Un guía viejo y malhumorado, Morton, que, a pesar de su edad y su molestia general con todo, me vigilaba constantemente.

Mirando hacia atrás, me di cuenta de que el viejo me mantenía en ese sofá por una razón. Estaba atado a la parte superior de un apartamento en los Warrens, una habitación con una puerta que él había cerrado desde afuera. Cuando me lancé a Riven, sin tener idea de lo que estaba haciendo, estaba a salvo. Las ventanas tenían barrotes; barras de metal clavadas en las paredes. Solo podía mirar la ciudad debajo de mí, hasta que él abriera la puerta.

—¿Hablaste con tus padres sobre eso? —preguntó Anna.

—Me dijeron que solo era un mal sueño —dijo Honora—. Que no tenía que preocuparme.

Morton no había jugado conmigo. Esa misma noche, cuando abrió la puerta, me dio un cuchillo casi de la mitad de mi altura. Me dijo que, sin importar la edad que tuviera, cada noche tenía la posibilidad de matarme. Morton, con su largo abrigo negro y su rostro cubierto de arrugas, me miró fijamente hasta que sostuve el cuchillo como si tuviera la intención de usarlo. La primera de muchas lecciones.

—Los míos también —dijo Anna—. Pero tú sabías que eso no era cierto, ¿verdad?

Honora extendió su brazo izquierdo y señaló una cicatriz retorcida y feroz.

—Aprendí.

Mi primer encuentro con un espíritu enojado ocurrió más de un año después. Un año de cruzar a esa habitación cerrada y esperar a que Morton me dejara salir. Habíamos evitado cualquier trabajo real de guía en ese tiempo. Explorando, tomando rutas sinuosas que pensé que estaban planeadas pero que, en realidad, eran el trabajo de Morton con un resonador para evitar cualquier peligro.

Aquella noche, poco después de haber cumplido ocho años, nos detuvimos frente a una tienda destrozada. Los estantes desnudos estaban rotos y apoyados unos contra otros, con copos de ceniza acumulándose en las esquinas. Morton se volvió hacia mí, exhalando uno de sus

constantes suspiros entrecortados, como si tratar conmigo fuera una carga mal prometida e innecesaria.

—Ahí dentro —dijo Morton— hay una prueba. Tu primer desafío real. ¿Crees que estás listo?

—Sí —respondí con la invencibilidad de un niño respaldando mi voz.

—No lo estás —replicó Morton—. Te van a hacer pedazos. Te destrozarán. Si tienes suerte, seré lo suficientemente rápido para salvarte. Si no...

Probablemente Morton había dicho eso para asustarme y hacerme ser cauteloso. Para que temiera las consecuencias. Pero después de un año soportando las interminables premoniciones funestas y gruñidos de Morton, quería demostrarle que no era inútil.

—¿Y entonces qué hiciste? —le preguntó Anna a Honora.

—Aprendí a esconderme —dijo Honora—. ¿Tú también?

—Todo el tiempo —respondió Anna—. Todavía lo hago.

Me aventuré en la tienda lentamente, sosteniendo el cuchillo frente a mí; un escudo tanto como un arma. Desde la parte trasera del lugar, oculto detrás de un mostrador, escuché una voz murmurando para sí misma. Susurros quedos que soltaban, de vez en cuando, una sola sílaba. Coloqué cada paso con cuidado, midiendo la distancia y dejando que las suelas de mis botas aterrizaran uniformemente en el suelo.

El mostrador en sí era la mejor parte de la tienda. Todavía más o menos intacto, aún con una vitrina de cristal. No había más que estantes vacíos dentro, pero podía ver a través. Podía vislumbrar a la criatura al otro lado.

Mi primer espíritu enojado estaba sentado en el suelo, un niño no mucho mayor que yo. Tenía las piernas extendidas y, en sus manos, sostenía lo que parecían ser algunos pedazos de madera rota. Los movía juntos, presionándolos en ángulos entre sí. Tratando de construir algo.

Por fin pude entender sus palabras. Una serie de nombres, repetidos para sí mismo una y otra vez. En ese entonces no lo entendía. Ahora, he escuchado a los espíritus hacer lo mismo. Una forma de recordar partes de sus vidas mientras Riven comenzaba a arrebatárselas.

—¿Cuándo fallecieron tus padres? —le preguntó Selena a Honora.

—Hace solo una semana —dijo Honora—. Me hicieron prometer que vendría a verlos.

—¿Así que por eso estás aquí?

Honora asintió. —Estaban muy enfermos. No podían levantarse de la cama, así que dijeron que se despedirían aquí. Donde pudieran estar de pie.

Los ojos del niño ardían con el fuego pálido. Recuerdo haber mirado fijamente ese rostro durante un minuto entero, absorbiendo la ira parpadeante. La boca que se retorció. Luego miré hacia la entrada de la tienda, vi a Morton parado allí, vi su sombrío asentimiento.

Rodeé el mostrador, sostuve el cuchillo firme y me acerqué al niño. Ni siquiera notó que estaba allí hasta que estuve casi encima de él, con el cuchillo a una pulgada de su pecho. Entonces su rostro se encontró con el mío, y se quedó en silencio.

Nos miramos fijamente durante un largo momento. Y entonces se abalanzó sobre mí, sus manos tratando de agarrar mi cara. Grité, caí hacia atrás y clavé el cuchillo hacia adelante por desesperación. Sentí que se hundía en algo.

—¡Gira la empuñadura, Reed! —gritó Morton desde el otro lado del mostrador.

Sentí los dedos del niño rozar mi cara mientras giraba la muñeca. Abrí los ojos a tiempo para ver el fuego azul extenderse desde el cuchillo, cubriendo al espíritu enojado. Vi cómo el rostro gruñón del niño se transformaba en una expresión de vacío.

—¿Cómo sabes dónde encontrarlos? —dijo Anna—. Riven es un lugar grande.

—Les dije dónde me escondía —dijo Honora—. Mi lugar favorito cuando crucé.

—¿Cuánto falta? —preguntó Selena.

—Justo allí —Honora señaló una gran arboleda de árboles muertos, y entre ellos, un pequeño cobertizo. Sus lados de madera estaban hundidos y el techo tenía un pequeño agujero, pero por lo demás el lugar parecía intacto.

Morton me había arrastrado, me había obligado a salir a la calle para ver al niño alejarse en la distancia.

—Ahora va hacia El Ciclo —dijo Morton—. Donde se supone que debe estar. Lo hiciste bien, Reed. Parece que podrías estar listo para el siguiente paso.

Una semana después, había dejado el sofá de Morton para siempre y abordado un autobús a Chicago, donde conocí a un hombre llamado Bryce.

DI ADIÓS



Abrí la puerta torcida del cobertizo. En el interior, entre rayos de luz gris filtrada y trozos dispersos de escombros, había un par de espíritus que me miraban con ojos tranquilos y comprensivos. No había señales de fuego pálido, ni necesidad de mantener la mano en mi látigo.

—¿Son los padres de Honora? —pregunté.

—Lo somos —respondió la mujer—. ¿Está ella contigo?

Esa declaración por sí sola, una respuesta consciente a una pregunta, hizo tanto como cualquier otra cosa para calmar mis temores. Los espíritus que estaban al borde de perderse a sí mismos no tenían tanta compostura. No les importaba qué preguntas se les hacían.

—Sí —dije, y luego le hice una señal a Honora para que entrara—. Son todos tuyos.

Anna se quedó en el cobertizo con la niña mientras Selena y yo tomamos una posición casual afuera.

—Me alegro por ella —dijo Selena.

—Es raro —respondí—. Los dos se cruzaron lo suficientemente cerca el uno del otro como para mantenerse cuerdos aquí. Eso es suerte.

—Dudo que Honora lo vea así.

Asentí. Dudaba que lo hiciera. Era difícil apostar unos días extras con un padre moribundo contra la oportunidad de despedirse de ambos en Riven. Aunque yo sabía qué opción elegiría.

—¿Crees que tus hijos alguna vez intentaron verte? —le pregunté a Selena.

—No sé si pueden cruzar —dijo Selena—. Si pudieran, si pueden, entonces espero que hayan seguido adelante. Ya no soy la madre que conocieron.

Dejé caer el tema y Selena no intentó retomarlo. Sus hijos eran un tema delicado. Selena nunca los mencionaba. No sabía sus nombres, ni cómo se veían. Para ella, tal vez, era una parte de una vida que ya no tenía. Pasamos a hablar de El Ciclo, de lo que Anna y yo planeábamos para Piotr.

La puerta del cobertizo se abrió detrás de mí. Anna guio a Honora pasando junto a nosotros, la niña secándose las lágrimas pero por lo demás manteniéndose erguida.

—Sus padres tienen algo que pedirte —me dijo Anna—. Llevaremos a Honora de vuelta y tú nos alcanzarás.

Levanté una ceja, pero Anna la esquivó y miró a Honora, dándole un suave empujón para que empezara a caminar de regreso.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Selena y negué con la cabeza.

—No creo que esto lleve mucho tiempo —respondí.

De vuelta en el cobertizo, cerré la puerta detrás de mí. Los padres de Honora me miraban fijamente, sus rostros calmados y decididos. De nuevo, su madre habló primero, después de haber tomado las manos de su esposo y sostenerlas con fuerza.

—Te pedimos que nos dejes ir —dijo ella—. Nos hemos despedido y no deseamos pasar ni un momento más en este lugar miserable.

El padre asintió en acuerdo.

—¿Están seguros? —pregunté—. Juntos, ustedes dos podrían ser capaces de aguantar por algún tiempo. Tal vez ver a Honora de nuevo.

—Podemos oírlo —dijo el padre—. Sentirlo presionando contra nosotros. Si vamos a irnos, entonces quisiera que sea por nuestra propia elección. No quiero convertirme en un animal.

Ahora la madre asintió.

Usé el cuchillo. Giré la empuñadura, un ligero pinchazo en sus brazos, y el fuego se los llevó.

Al salir del cobertizo, torcí la puerta. La bloqueé con algo de la madera caída de los árboles muertos. Con suerte, eso retrasaría su camino hacia El Ciclo lo suficiente para que Honora cruzara. El último recuerdo de sus padres sería como ellos lo querían.

Volvimos a la ciudad y dejamos que Honora cruzara en un colchón sucio en el callejón. Anna la siguió, dándole su equipo a Selena. Yo también le entregué el mío a Selena, de modo que parecía una caricatura, cargada con una cantidad ridícula de armas. Excepto que, como espíritu, realmente no podía cansarse.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Selena.

—Vamos a intentar encargarnos de Piotr mañana por la noche. Con suerte, después de eso, encontraré una manera de cruzar y darte una actualización —dije—. Si las cosas salen bien, todo habrá terminado.

—Entonces comenzará la verdadera batalla —dijo Selena, sus ojos dirigiéndose hacia un conjunto de chispas amarillas que explotaban en lo alto.

—Lo salvaremos —dije—. Con todos los otros guías, podemos mantener Riven unido.

—¿Recuerdas cuando dije que no me gustaba este lugar? ¿Que quería una salida?

—Casi haces que me maten tratando de encontrarla.

Me había llevado directamente a Graham y su vicioso martillo. Para ser justos, Selena también había guiado a Alec y Bryce a mi rescate, pero aun así...

—Lo siento por eso —respondió Selena—. Lo que intento decir es que ahora, en lugar de sentirme atrapada por Riven, siento que soy parte de él. Estoy participando en este mundo. He encontrado una nueva vida, Carver, y no quiero perderla.

HABLANDO Y RASTREANDO



Cuando regresé de Riven, era media mañana. Anna y los otros espías estaban hablando durante el desayuno, intercambiando estrategias para evadir guías y brechas. Todos hicieron una pausa cuando me senté, hasta que Silas me acercó el plato de pan y queso que estaban compartiendo. Me mantuve en silencio mientras la conversación se reanudaba. Dejé que las palabras me envolvieran mientras seguía dándole vueltas en mi mente a las formas de atrapar a Piotr.

El día pasó rápido después de eso. Anna y yo exploramos lo que pudimos de la ciudad, buscando señales de Piotr u otros guías. Tratando de mantener un perfil bajo. El accidente del dirigible estaba en todos los periódicos y radios a todo volumen, pero nadie había intentado culparnos todavía. Lo achacaban a un fallo mecánico.

Eso se veía todo el tiempo. Las máquinas que se descomponían eran tan comunes como cada nuevo día. Una parte estándar de la vida. Lo que no lo habría sido, lo que habría atraído más atención, era la afirmación de que un par de criminales se habían abierto paso hasta la sala de máquinas y habían derribado la nave. ¿Por qué atraer controversia cuando no era necesaria?

Finalmente llegamos a una plaza amplia donde, en el centro, bajo una gran cúpula de mármol y rodeada por una columnata cubierta con las banderas de todos los estados, una pancarta daba la bienvenida a los participantes de la conferencia mundial por la paz. El sol se hundía en el horizonte. El turno asignado para hablar de Piotr sería pronto.

—Supongo que es hora —dije.

—De todos modos, mis pies podrían usar un descanso —respondió Anna.

Nos acercamos a la entrada, una larga serie de escalones delgados que, sin embargo, nos llevaron lo suficientemente alto como para mirar por encima de las cabezas de las multitudes que se movían de un lado a otro detrás de nosotros. Un gran grupo de seguridad estaba al frente, sosteniendo porras y vistiendo los uniformes azul oscuro de la policía de Nueva York.

—¿Crees que nos están buscando? —preguntó Anna.

—No lo creo —dije—. ¿Por qué pensarían que vendríamos aquí?

—Oh, no sé, ¿tal vez porque estrellamos un dirigible que se dirigía a Nueva York?

—Solo actúa con confianza —dije—. Nadie nos ha culpado por el accidente todavía.

El acto de confianza nos llevó al frente de la fila, hasta el punto donde un oficial de policía, sosteniendo un gran conjunto de papeles con nombres, nos miró y negó con la cabeza.

—No están en la lista, no van a entrar.

—Somos adiciones de última hora —intentó Anna.

—Lo siento —respondió el oficial—. Si están con una embajada, o tienen un patrocinador, hagan que vengan y agreguen sus nombres. Entonces los dejaré entrar. Pero si solo quieren escuchar, transmitirán los discursos en cualquiera de los bares de por aquí.

El oficial señaló un par de establecimientos al pie de las escaleras. Anna y yo elegimos un lugar llamado *Los Espíritus Guiados*. Parecía apropiado; un bar temático de Riven. Estaba vacío por dentro, quizás debido a la hora ligeramente temprana y el entretenimiento ofrecido. Los altavoces alrededor del pequeño bar, un lugar lleno de muebles de madera y paredes grises moteadas, emitían un discurso ventoso tras otro.

—¿Cómo vamos a atrapar a Piotr desde aquí? —preguntó Anna.

—Todo lo que necesitamos saber es cuándo se va. —Hice una señal al camarero—. Entonces podemos seguirlos hasta su hotel e intentar entrar allí.

—¿Con tus manos desnudas? —Anna alzó una ceja.

—Con lo que pueda encontrar. Hemos llegado tan lejos. No podemos detenernos ahora.

El camarero nos hizo un gesto y nos dio una bebida gratis. Por ser guías, dijo. Le pregunté cómo había nombrado el lugar y el hombre dijo que había fracasado en el entrenamiento de guía cuando era niño, pero aún recordaba cómo se veía Riven. Cómo se sentía. Preguntó si había cambiado en algo en las décadas desde la última vez que cruzó, antes de que lo cegaran para mantenerlo a salvo.

Le dije que no.

Los altavoces estallaron con estática, un cambio en los presentadores. Quien fuera que estuviera dirigiendo el programa de la noche anunció que el siguiente orador no venía de ningún país, pero quizás era el más afectado de todos ellos.

—Piotr está hablando —dije—. No puedo creerlo.

—¿Qué apuestas a que hablará sobre abrir la puerta y enviar a todos los espíritus de vuelta a Riven?

—Si eso sucede, creo que la policía podría hacer nuestro trabajo por nosotros.

A través de los altavoces, escuchamos los tonos ásperos de la voz de Piotr. Agradeciendo a los varios países por asistir y expresando su esperanza de que esta cumbre pudiera ser el comienzo del fin de la guerra mortal.

—Todos ustedes han visto a sus hijos e hijas partir de esta vida en esta lucha sangrienta y miserable —dijo Piotr—. Sin embargo, por cada persona que se entrega al servicio de su país, mis guías pagan un precio adicional. En una guerra que ustedes no pueden ver, estamos tratando de mantenerlos a todos a salvo. Lanzándonos al peligro día tras día, noche tras noche para enviar las mismas almas que ustedes pierden al Ciclo.

—Recuerden, mientras las negociaciones continúan, que cada pedazo de tierra, cada pueblo, cada tratado se vuelve inútil si Riven cae. Si los muertos enojados regresan para tomar lo que han perdido.

Tomé un sorbo lento de vodka. La ira ardiente burbujeo mientras Piotr continuaba despotricando sobre las amenazas que planteaba el colapso de Riven. El hombre que quería provocar esa caída haciendo todo lo posible para evitarla. Aunque, por otro lado, había una razón por la que los guías lo seguían sin cuestionarlo. Piotr era un líder. Sabía cuándo y qué decir.

Después de otros diez minutos delineando todas las consecuencias nefastas, Piotr concluyó su discurso con una súplica por la paz. Los aplausos lo despidieron del escenario. El anunciador declaró concluidos los eventos de la noche.

Y nuestra noche comenzó.

EL ATAQUE



Pensé que sería más difícil encontrar a Piotr entre las masas que salían del centro de conferencias. Hordas de personas con chaquetas claras y oscuras, a pesar del clima cálido. Con mascarillas puestas. Pero Piotr era alto, y su máscara dorada con puntas azules no cubría por completo el cabello blanco que le caía desde la cabeza sobre los hombros. Anna y yo nos quedamos de pie frente al bar y lo observamos mientras se dirigía hacia una fila de automóviles en espera. Y luego los ignoró. Continuó caminando por la avenida, perseguido por un grupo de reporteros que le lanzaban preguntas.

—Tal vez tiene un hotel cerca —dijo Anna.

—Mejor para nosotros, entonces —respondí.

Comenzamos a caminar, cuidando de mantener cierta distancia entre nosotros y nuestra presa. Aunque no habría importado. La acera estaba tan abarrotada de gente, incluso a esta hora de la noche, con el sol ya puesto y las luces encendiéndose, que reconocer a una persona al azar parecía una idea ridícula. De no ser por esa melena blanca ondeante, no habría habido forma de seguir a Piotr.

Después de varias cuadras, Piotr se dio la vuelta y levantó una mano. Los reporteros, junto con sus grabadoras para tomar notas, se detuvieron. Oí a Piotr decirles que no habría más comentarios y que tuvieran buenas noches. El hombre que perseguíamos desapareció dentro de su hotel.

Lo seguimos.

El *Avalon* parecía como si el Ezra's se hubiera transformado en un gran hotel. En lugar de un solo bar carmesí, la madera oscura componía la mayor parte del interior. Un suelo de mármol recibía nuestros pasos y un ejército de porteros atendía a los huéspedes que entraban y salían o buscaban indicaciones. Nos flanqueaban restaurantes a ambos lados del vestíbulo, lugares muy por encima de la pequeña cantidad de dinero que los sneaks nos habían dado por el trabajo de anoche.

Atrajimos miradas al entrar, nuestras capas sucias y apariencia desaliñada no nos hacían ningún favor con una multitud que buscaba la confirmación de su propio estatus elevado. No es que me importara. No tenía ningún interés en la pomposidad de la ciudad. Lo único que quería estaba subiendo la gran escalera central frente a nosotros.

No estoy seguro de qué hizo que Piotr mirara en nuestra dirección. Un sonido que no escuché. O una de esas sensaciones inquietantes de sentir ojos en tu espalda. De cualquier manera, el líder de los guías hizo una pausa en su ascenso y se volvió hacia nosotros, posando

sus ojos en los míos mientras nos quedábamos de pie dentro de la puerta mirándolo.

—¿Va a huir? —preguntó Anna.

—No lo creo. —No sabía por qué pensaba eso, solo que la idea de Piotr, con su ornamentada capa oficial, cubierta de contornos dorados con la insignia del guía, saliendo corriendo y jadeando por las escaleras parecía ridícula.

Un momento después, Piotr se dio la vuelta y continuó subiendo. Lo seguimos. Ya no había razón para esconderse. Ni esperanza de fingir. El mismo Piotr subía lentamente, dándonos tiempo para alcanzarlo y ver cada vez que elegía tomar la escalera hacia otro nivel. Subiendo cada vez más alto.

Se detuvo en el octavo piso, uno debajo de la azotea. Se dio la vuelta y nos miró desde el rellano que estaba encima de nosotros.

—Carver Reed —dijo Piotr—. Has resultado bastante difícil de eliminar.

—No por falta de esfuerzo de tu parte —respondí.

—Solo estoy haciendo lo que es mejor —dijo Piotr—. Riven se está derrumbando, y necesitamos una manera de aliviar la presión.

—Dejar que los espíritus crucen de vuelta no va a ayudar en nada.

—Ah, sí, porque tú eres un experto en tales cosas. Dudando de mí, alguien que tiene toda la sabiduría de los guías que vinieron antes trazando su curso.

—¿Podemos callarlo de una vez? —murmuró Anna.

Tomé impulso y corrí, adelantándome a Anna. Por dos razones. Una, no quería que ella estuviera tan implicada en esto. Si era posible, Anna podría escapar sin llamar demasiado la atención sobre sí misma. Sin arruinar su vida de la manera en que yo estaba destruyendo la mía. Y dos, realmente quería enfrentarme a Piotr yo solo. Por mis padres.

Piotr se dio la vuelta y corrió por el pasillo mientras yo cargaba. Llegué a la parte superior de las escaleras y me lancé tras él. Oí a Anna golpeando la alfombra detrás de mí.

—¿Por qué huyes? —le grité a Piotr—. Si realmente estás tratando de salvar el mundo, ¿por qué ocultar tus intenciones?

—Porque nunca lo entenderían —respondió Piotr. De repente se volvió hacia una habitación, metió una llave en la cerradura y la giró. Abrió la puerta justo cuando lo alcancé. Me arrastró adentro mientras yo le agarraba el hombro.

Oí la puerta cerrarse de golpe detrás de mí mientras entrábamos en la habitación, una espaciosa suite con varias camas y lámparas colgando del techo. Fuera de las ventanas, Manhattan se extendía. Lo vi solo por un momento antes de sentir otras manos que me apartaban de Piotr.

Lancé un codazo hacia atrás, sentí que golpeaba una barbilla. Las manos soltaron mi brazo derecho y lancé un puñetazo al tipo que sujetaba mi izquierda. Lo atrapó, y reconocí ese rostro. Ensangrentado y maltratado. Cicatrizado y enojado.

Derringer me empujó contra una cómoda, haciendo temblar la radio que estaba encima. Lanzó un gancho con su mano izquierda hacia mi cara, que esquivé y contraataqué con un placaje a la altura de la cintura. Oí un clic, la puerta cerrándose con llave mientras empujaba a Derringer contra una silla. Se desplomó en el suelo, gimiendo. Y entonces sentí un punto clavándose en mi espalda. El dolor agudo de un cuchillo besando mi piel.

—Querrás detenerte ahora, Carver —dijo Piotr, lanzando una mirada a Derringer—. O Polk terminará con tu vida aquí mismo.

Me quedé inmóvil. Intenté mirar alrededor de la habitación para ver si había una salida fácil. Algo que pudiera usar para cambiar las tornas. Hasta entonces, podía hacer preguntas.

Mantenerlos distraídos.

—Tú y Derringer son imposibles de matar —le dije al hombre detrás de mí—. ¿Cómo llegaron siquiera aquí?

—El reportero nos lo contó todo —dijo Polk—. Un cuchillo en la garganta fue suficiente para hacerlo hablar. Tomamos el tren nocturno. Parece que tú y Anna fueron demasiado lentos.

Aquella noche que pasamos en el hotel. Eso les había dado ventaja. Nada que pudiéramos hacer al respecto ahora.

—Parece que el viaje no le hizo ningún favor a Derringer —dije—. ¿Estás tan hecho un desastre como él? ¿Un espectáculo de horror para la vista?

Sentí que el cuchillo se movía, los músculos de Polk se tensaban. Si pudiera girarme lo suficientemente rápido, podría quitarle la navaja... Tomé aire.

—Carver, si te mueves —dijo Piotr, asintiendo hacia Derringer—, te disparará. No importa lo rápido que creas que eres, no puedes vencer a ambos.

Derringer sacó un revólver de su chaqueta y lo apuntó hacia mí. Atrapado entre un cuchillo y una bala. No era exactamente como quería que esto sucediera.

FORZADO A CRUZAR



Me sentaron en la cama. Derringer fue al baño a limpiarse mientras Polk mantenía el revólver apuntando a mi cara. Piotr estaba de pie frente a mí, con las manos a los costados y una expresión casi triste por la situación.

—Lo extraño es, Carver —dijo Piotr—, que cuando te nombré guía principal de Chicago, lo dije en serio. Pensé que estabas a la altura de la tarea. Después de que Graham y Barth fracasaran, casi había renunciado a usarte como una vía de escape. Riven se está derrumbando, pero aún necesitaría guías fuertes para mantener el flujo bajo control una vez que los espíritus hubieran destrozado Riven. Pensé que tú podrías ser uno de ellos.

—Gracias por la consideración.

—Ahora, sin embargo —continuó Piotr—, incluso si pudieras ayudarme, tu muerte estaría justificada. Causaste terror y daño a personas tanto en este mundo como en otros. Heriste a guías y civiles. Ataste espíritus en lugar de enviarlos a El Ciclo. Bajo cualquier criterio, Carver, eres un criminal. Uno que no merece menos que la muerte.

—Y sin embargo, todo esto es debido a tus acciones —dije.

—Sí, sí —dijo Piotr—. Cúlpame a mí. Soy la fuente de todos tus problemas. Suena satisfactorio, ¿no? Echar todas las faltas de tu vida sobre los hombros de alguien más. Déjame decirte, Carver, qué se siente mejor: asumir tus fracasos, asumir tus éxitos. Te daré una última oportunidad de redimir tu vida. Cruza, encuéntrame en la Montaña y dame la oportunidad de salvar Riven. Todavía hay tiempo para que aliviemos la presión. Para usar tu milagro y ayudarnos a controlar el fin de Riven.

—¿Y si digo que no? —Mi mente daba vueltas entre opciones y oportunidades, buscando formas de salir de la cama y escapar. Podría lanzarme por la ventana, caer a la calle y estrellarme contra el suelo. Podría hacer un intento desesperado por agarrar el arma de Polk, pero incluso si lograra arrebatarla, recibiría al menos una bala. Seguiría en desventaja numérica.

No sabía adónde había ido Anna, pero me alegraba de que no me hubiera seguido. Me alegraba de que Piotr no pareciera preocuparse por ella. Si este era realmente el final, entonces esperaba que ella pudiera encontrar una forma feliz de pasar sus últimos días antes de que los espíritus invadieran la Tierra.

—Una respuesta simple —dijo Piotr—. Primero, Polk aquí presente te disparará. Luego rastreamos a Bryce y Alec; les haremos pagar por ayudarte. Enviaremos a Anna, esa escurridiza a la que insististe en convertir en guía, a recibir una limpieza. Al final, cuando los espíritus rompan El Ciclo y abran un camino fuera de Riven, todo lo que habrás causado será

sufrimiento.

—Lo has pensado bien.

—Me da no poca satisfacción —dijo Piotr—. Ahora, por favor, elige.

Miré el cañón del arma de Polk, el rostro de Piotr, y decidí que la única forma en que tenía una oportunidad de ayudar a mis amigos era del otro lado. Una muerte inútil aquí no significaría nada. Así que cerré los ojos, me concentré en Riven y crucé.

Excepto que sentí que me jalaban. Me jalaban muy lejos. Esta cama había sido usada antes, ya había sido contaminada y atada a un lugar en Riven. Un lugar mucho más allá de cualquiera en el que hubiera estado alguna vez. Y cuando abrí los ojos en la grisácea otredad, estaba perdido.

LOS CAMPOS



A mi alrededor, alcanzando casi mi barbilla, había largas espigas blancas de grano. Se balanceaban de un lado a otro con la brisa de Riven. El sonido susurrante, acompañado de nada más, un silencio casi total que llegaba a mis oídos mientras escudriñaba los alrededores. Había cruzado fuera de la ciudad, eso era obvio.

Laurence, el espía que trabajaba con Anna, me había mostrado una vez los mapas en su oficina. Su guarida subterránea bajo el edificio en construcción en Chicago, una ciudad que quizás nunca volvería a ver. Me dijo que al este de la ciudad de Riven se extendía un interminable campo de grano. Espigas como estas. Probablemente estaba en ese campo, en algún lugar.

No podía ver el horizonte urbano, ni torres en ruinas a lo lejos. Ningún punto de referencia más allá de las espigas oscilantes. Bajo mis pies, el suelo duro se sentía igual que en el bosque. Tierra cubierta de hierba muerta. No tenía armas, nada más que la camisa y los pantalones que cruzaban cada vez. El abrigo que traje conmigo.

Aun así, estaba en Riven. Eso me daba opciones. Me sumergí en mí mismo y me proyecté. Me concentré en el vínculo entre Selenia y yo. Envié mis emociones a través de nuestra gran división y me conecté con ella. Sentí su cálida oleada de felicidad que mantuve y atesoré.

—¿Dónde estás? —dijo Selenia a través de nuestro vínculo—. ¿Encontraste a Piotr?

Le conté la historia. Por turnos, experimenté su conmoción y su ira. Estoy seguro de que ella también sintió las mías.

—Así que ahora estoy aquí —dije—. Dondequiera que sea aquí.

—¿Se supone que debes encontrarte con ellos en la Montaña? —preguntó Selenia.

—Eso es lo que Piotr me dijo —respondí—. No creo que esperara que yo cruzara aquí.

—Entonces úsalo, Carver. Usa el tiempo para pensar en algo. Para encontrar una forma de ganar.

—Lo intentaré, pero tengo curiosidad —dije—. Alguien cruzó en esta cama, alguien la trajo aquí. ¿Por qué?

Selenia no tenía una respuesta. No podía obtener una dirección, así que después de un minuto decidí caminar. Apartar los granos con mis manos y deambular por el interminable campo. Las espigas se sentían secas pero no frágiles. Duras y fuertes. A pesar de estar muertas, o lo que fuera que estuvieran en este mundo, el grano no estaba listo para doblarse.

—¿Cómo están aguantando ustedes dos? —le pregunté a Selenia mientras caminaba.

—Cada vez es más difícil salir —dijo Selenia—. Se están formando más brechas cada día.

Los guías están por todas partes. Si tengo que salir, puedo usar mi abrigo y llevar mi cuchilla, y no se dan cuenta de que no soy uno de ellos.

—¿Crees que Riven se está desmoronando?

—¿Tal y como lo conocemos? Sí.

—¿Entonces estoy haciendo lo incorrecto? ¿Debería rendirme? ¿Encontrar a Piotr y dejar que me use para abrir su puerta?

Selena se quedó callada después de esa pregunta. Me dejó vagar más lejos bajo ese cielo inmutable cubierto de nubes. Si no hubiera sentido el flujo de emociones contradictorias que llegaban a través de nuestro vínculo, podría haber pensado que no había escuchado la pregunta.

—Quiere traerse de vuelta —dijo Selena—. Te lo dijo claramente. Eso no es lo que está destinado para nosotros cuando vamos a Riven. Hiciste un juramento de ser un guía, cuya misión es ver que los espíritus lleguen a salvo a su fin. Si eres quien dices ser, entonces es tu trabajo asegurarte de que Piotr no abra la puerta.

—Me parece casi mezquino —dije—. Si pudiera salvar a Riven a costa de mi vida, ¿por qué no debería dársela?

—No sabes eso —dijo Selena—. Y ya ha sacrificado ¿cuántas vidas de guías? ¿Cuánto tiempo y energía? Si hubiera dedicado todo este tiempo a reunir más espíritus, a elaborar una estrategia para detener la guerra en tu mundo, quizás esto no sería un problema.

Asentí, aunque ella no pudiera verlo. La puerta de Piotr podría salvar a Riven a corto plazo, pero ¿a qué terrible costo para el resto del mundo?

Una línea se difuminó en la distancia, una parte del horizonte que no coincidía con el resto. Más oscura que el gris y fluyendo hacia arriba. Humo de un fuego. Un objetivo.

—Encontré algo —dije—. Gracias por la charla.

—¿Eso es todo lo que puedes decirme? —dijo Selena.

—Lo siento. Gracias, como siempre, por estar ahí. Por hacerme entender que no siempre soy tan malvado como parezco ser.

—Nunca lo eres. Ve, encuentra tu camino de vuelta a mí.

UN ALMA ANTIGUA



Una pequeña choza se alzaba bajo la estela de humo, construida con tallos del trigo muerto. Frente a ella ardía el fuego, una gran pila de grano consumiéndose mientras las llamas se abrían paso a través de ellos. Más lentamente de lo que habría esperado, pero esto era Riven. Las leyes naturales no siempre se aplicaban aquí.

La dueña del fuego, o al menos eso supuse que era, estaba de pie a un lado observando cómo ardían los tallos. Llevaba un abrigo fino, de la misma longitud que cubría todo el cuerpo como el que yo lucía. Solo que el suyo parecía más antiguo, de confección más pobre de una época más simple. Tela áspera tejida con menos precisión que la que producían las máquinas modernas para nosotros. Su capucha le ocultaba el rostro, y la única forma en que supe que era una mujer fue por el cabello que salía de la parte inferior de la capucha, largo y plateado, y sus manos que sobresalían de las mangas y se entrelazaban frente a ella.

—Hace mucho tiempo que no tengo un visitante aquí —dijo la mujer sin apartar la mirada del fuego.

—¿Dónde es aquí? —pregunté.

—Los nombres deben intercambiarse antes de hacer preguntas —dijo la mujer—. El mío es Nara.

—Carver Reed —Me adentré en el claro alrededor del fuego y extendí mis manos, las dejé suspendidas sobre el resplandor naranja. Sentí el calor, como la torre del reloj mientras se quemaba.

—Carver Reed —dijo Nara—. Aquí es un lugar muy lejano de cualquier parte.

—Crucé en un hotel, en Nueva York —dije—. Me traje de vuelta allí, en medio del campo.

Nara asintió.

—Todavía quedan algunos de esos. Lugares antiguos que te permiten venir a estas partes muertas de Riven. Cada vez son más escasos.

—Necesito regresar a la ciudad —dije—. ¿Puedes indicarme el camino correcto?

Ahora Nara me miró, su rostro mostraba rastros de arrugas, sus ojos de un azul nublado. En Riven podías ser quien quisieras. Creabas la imagen de ti mismo. Nara había renunciado a la juventud por un semblante más sabio, aunque uno que llevaba su edad con ligereza.

—Puedo —dijo Nara—. Pero tengo tan pocos visitantes. ¿Te importaría quedarte un rato y contarme sobre el mundo del que vienes?

Nara no era una persona, me di cuenta. Era un espíritu. Debería haberlo visto antes, reconocer que nada más se molestaría en construir un hogar aquí en la naturaleza salvaje. Solo

que un espíritu que sobreviviera lo suficiente para crear un lugar como este tenía que estar vinculado por alguien más, y la única persona que conocía que vinculaba espíritus al azar era Piotr.

—¿Quién te controla? —pregunté. Nara se rio.

—¿Controlarme? —dijo Nara—. Soy demasiado vieja para eso.

—¿No estás vinculada?

—¿Qué propósito serviría, tan lejos de todo? —respondió Nara—. ¿Quién me encontraría para vincularme en primer lugar?

—Tus respuestas están generando más preguntas.

—Me temo que es un hábito mío —dijo Nara—. Así que dime, Carver. ¿Ya han ganado los americanos?

—¿Ganado?

—Sí, creo que la última vez que vi a alguien como tú, los americanos estaban luchando por su independencia. Era toda una historia.

Hice una pausa. Nara no estaba hablando de la guerra actual, sino de algo ocurrido hace más de un siglo.

—Ganaron —dije, sin saber qué más decir.

—Entonces él se habría sentido decepcionado —dijo Nara, sacudiendo la cabeza—. Pasó demasiado tiempo hablando de su gran imperio. Como si hubiera olvidado que todos los imperios eventualmente caen.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Mucho tiempo. Cuando desees mucho quedarte, Riven no intenta moverte.

—Los espíritus no pueden quedarse por sí mismos. No para siempre —dije. Me di cuenta de que Nara, de pie allí, parecía contradecir esa afirmación. Que el Ciclo siempre atraería a un espíritu eventualmente. Si eso no era cierto, entonces el Ciclo no era tan fuerte como me habían dicho, o Nara estaba mintiendo y tal vez Piotr quería que yo viniera aquí.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo llegó a existir Riven? —dijo Nara—. ¿Por qué existe todo esto?

—Solo después de haber bebido un poco —respondí.

—He estado seca durante siglos —dijo Nara, volviendo a un tiempo pasado—. El último vino desapareció hace mucho.

—¿Qué? —dije, porque ¿qué más se podía decir?

—No importa. ¿Dijiste que querías encontrar el camino de vuelta a la ciudad? —dijo Nara. Tuve la impresión de que jongleaba con docenas de pensamientos simultáneos, saltando de una idea a la siguiente sin una conexión clara—. Hace mucho tiempo, realmente era una. La ciudad.

—Ahora son ruinas —dije—. Y no lo serán por mucho más tiempo.

—¿Finalmente se está desmoronando?

—Demasiados espíritus —dije—. Riven está siendo invadido.

—¿Por eso quieres volver?

Le conté todo. No estaba seguro por qué. Si era por los tonos suaves de su voz, la sensación de que Nara tenía cantidades infinitas de conocimiento y una paciencia igualmente infinita. No parecía juzgarme por mi destino o por mi papel en hacer de Riven lo que era. Escuchaba como alguien que no tenía ningún deseo de hablar jamás.

—Así que tengo mis razones —concluí.

—Diría que sí las tienes —dijo Nara—. Excepto que, por lo que has dicho, careces de la habilidad.

—Tengo que intentarlo.

—Si sales victorioso, ¿qué harás después?

—Supongo que intentaré ayudar a los guías lo mejor que pueda. Asumiendo que no me encierren para siempre.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó Nara.

—Siento que lo harás independientemente de lo que diga.

—Cuando hayas terminado, cuando tu búsqueda de venganza acabe, vuelve aquí —dijo Nara—. Dices que quieres salvar Riven. Puedo ayudarte.

—Estoy aquí parado ahora mismo. Aceptaré cualquier pista. Consejos.

Nara sonrió, con unos labios fríos. Una expresión que no estaba sazonada con bondad ni alegría. Más bien, hizo que el gesto pareciera mecánico. Una parte esperada de la conversación y nada más.

—He estado esperando durante mucho tiempo —dijo Nara—. Puedo esperar un poco más. Te ayudaré a encontrar tu camino, y cuando hayas terminado, tú me ayudarás a encontrar el mío.

UN NUEVO VÍNCULO



Entonces, ¿qué sabes sobre Riven que pueda ayudarme? —le pregunté a Nara mientras estábamos alrededor del fuego.

—Qué pregunta tan amplia —respondió Nara—. Un espíritu puede aprender mucho en siglos de vida aquí.

—Entonces, como no tengo siglos, ¿qué tal si vamos al grano y me das lo que más me va a ayudar?

—Difícil de responder —dijo Nara—. Pero si me preguntaras qué podría darte más fácilmente, sería hablarte sobre el vínculo.

—Ya sé cómo hacer eso —dije. Vincular un espíritu era una de las primeras cosas que te enseñaban una vez que habías pasado el entrenamiento básico necesario para convertirte en guía. Doblegar espíritus a tu voluntad, aunque solo fuera por un breve tiempo, era fundamental para buscar brechas, para ganar aliados en situaciones peligrosas, o incluso porque necesitabas alguien con quien hablar. Todo eso estaba bien, todo era aceptado bajo las reglas de los guías, siempre que dejaras ir al espíritu cuando hubieras terminado. Selenia y yo elegimos ignorar esa parte.

—Entonces dime —dijo Nara—. Si estás tan seguro de ti mismo, ¿cuánto de ti has entregado?

—¿Entregado?

—Quiero decir lo que digo. ¿Has nutrido a aquellos que vinculaste, o los sustentas? ¿Les das tu vida para mantenerlos fuertes o les enseñas a desarrollar la suya propia?

¿Desarrollar la suya propia? Los espíritus ya estaban muertos. No podían tener su propia vida. Nara no tenía sentido. Pero entonces, aquí estaba yo hablando con un espíritu que afirmaba haber vivido durante siglos en medio de un campo interminable de grano. El sentido no jugaba un papel importante en esta situación particular.

—Hago lo que me enseñaron —dije—. Una parte de mí va a vivir con cada espíritu que vinculo.

—¿No regresa?

—No a menos que el vínculo se rompa.

Nara asintió.

—Así es como se enseñó. Así es como se aprendió. Así no es como tiene que ser.

—¿Estás diciendo que hay otra forma de vincular un espíritu? —dije.

—Estoy diciendo que puedes recuperar tu fuerza —dijo Nara—. Mientras sigues evitando

que aquellos que amas vayan al Ciclo.

—¿Aquellos que amo?

—Incluso alguien tan viejo y solitario como yo puede notar cuando un hombre habla de alguien de quien no se separará —dijo Nara—. El tono defensivo en tu voz, la forma en que tus ojos se dirigen al borde del claro. Cómo evitas innecesariamente hablar de una persona específica. Todo es cómo intentas proteger a quien amas. Puedo ayudarte, ayudarla a protegerte.

—Bien —dije—. Entonces dímelo. O muéstramelo. O haz lo que tengas que hacer para devolverme mi fuerza. Estamos perdiendo el tiempo.

Había sentido ese impulso una vez antes. Cuando el espectro cerca de la Montaña había roto mi vínculo con Selena y Nicholas. Recuperar esa fuerza sería una bendición contra Piotr, una ventaja que necesitaría para mantenerme firme contra él.

—Busca la parte que te falta —dijo Nara. Asentí—. Encuéntrala, y encuéntrala a ella.

Busqué dentro de mí y encontré esa pequeña comezón, esa parte que me faltaba. Cuando la encontré, toqué a Selena a través de nuestro vínculo. Envié una ola de felicidad. Ella respondió de la misma manera. Sentí que me devolvía una pregunta, preguntándome dónde estaba, qué estaba haciendo. Solo le dije que esperara. Que escuchara.

—Ahora debes retirarte de ella —dijo Nara—. Recupéralo. Recupéralo todo.

—¿Quieres decir romper el vínculo?

Nara negó con la cabeza.

—Retíralo. Verás lo que sucede.

Como flexionar un músculo, como contener la respiración. Absorbí la conexión entre Selena y yo. Su preocupación se filtró, la inquietud que probablemente sentía viniendo de mí. Pero no me detuve. Nuestro lazo se redujo excepto por una pequeña hebra, una hebra que no parecía poder cortar, no parecía poder cerrar sin romperlo todo.

—Casi ha desaparecido —dije.

—Mantenlo ahí —dijo Nara—. Espera por ella. Ella aprenderá.

Intenté transmitir tranquilidad a través del diminuto vínculo. Como tratar de hablar a través de un agujero minúsculo que no podía ver. Como tratar de encontrar la mano de Selena en la oscuridad.

—Si ella es fuerte, desarrollará la suya propia. Para abrir su propia alma y dejarla prosperar —dijo Nara.

—No entiendo. Si está muerta, ¿cómo puede vivir sin mi ayuda?

—Así como las raíces pueden hacer crecer múltiples semillas, un vínculo adecuado puede permitir que muchos espíritus florezcan sin matar al anfitrión —dijo Nara—. Lo que queda dentro de ella crecerá para llenar el espacio que has proporcionado.

Sucedió rápidamente. Mantuve mi enfoque en mi vínculo con Selena, pequeño y leve como era. Eventualmente, como un cálido resplandor de un fuego distante, nuestra conexión creció. Se abrió de nuevo a un camino amplio y claro entre nosotros. Solo que esta vez era un nudo atado por ambos. Si antes me había concentrado en mí mismo para encontrar a Selena, para alcanzar a través de nuestro vínculo, ahora era como otro sentido. Como escuchar u oír. Ella era parte de mí y yo parte de ella.

Mi fuerza regresó. No toda, pero la mayor parte. Como si me hubiera recuperado de una carrera agotadora.

—Así es como lo está haciendo —dije en voz alta—. Así es como Piotr está vinculando a todos esos espíritus.

Nara me miró.

—¿El líder de tus guías?

—Debe haberlo descubierto —dije.

—O le hubiera contado mis secretos.

Ahora era mi turno de mirarla de reojo. —¿Quién lo habría sabido? Dijiste que yo era el primero aquí en cien años.

—No soy la única capaz de transmitir tal conocimiento —dijo Nara, y me sentí tonto. Por supuesto. Si alguno de esos guías hubiera sabido cómo atar espíritus de esta manera, podrían haberlo transmitido de un líder al siguiente. Un secreto para mantener a todos sus espíritus despiertos. Esperando una oportunidad para liberarse de las cadenas de Riven.

—Gracias —dije. A continuación, tendría que repetir el proceso con Nicholas. Recuperar cada pedazo de mí mismo que pudiera.

—Guarda tus agradecimientos —dijo Nara—. Los darás cuando regreses.

—Lo haré —dije—. ¿Por qué insistes tanto en eso?

—Porque ninguno de los otros lo ha hecho. —Nara se volvió hacia su fuego—. Han tomado mi conocimiento y me han dejado aquí para pudrirme.

UN REGRESO



El tiempo en Riven era un concepto fluido. No había días que contar, ni movimientos del sol que seguir mientras cruzaba el cielo. Solo había una creciente sensación de agotamiento, una conciencia hormigueante de que mi cuerpo en el mundo real podría necesitar algo de atención. Pero no había vuelta atrás.

Nara y yo incluso lo intentamos, después de que insistí. Incluso si cruzaba hacia el cañón del revólver de Polk, tal vez podría conseguir algo de agua. Un bocado para comer. Evitar que mi cuerpo se marchitara.

Seguimos mi rastro de tallos aplastados y rotos hasta donde crucé. Bajo su atenta mirada, me senté entre el trigo e intenté cruzar de vuelta. Al principio, se sentía normal. Riven se desvaneció y mi alma, o mi conciencia, o como quieras llamarlo, flotó. La sensación de los tallos de grano, un montón que habíamos hecho para darme suficiente cama para cruzar de vuelta, desapareció.

Floté sobre el agua en un mar infinito de noche. El vacío por el que todos pasamos al cruzar entre Riven y nuestro mundo. Después de unos segundos, debería haber despertado al otro lado. En cambio, seguí flotando. Algo no estaba bien.

Si alguna vez has experimentado esos momentos antes de quedarte dormido, esos instantes en los que puedes decir que estás a punto de caer en un sueño, eso es lo que me pasó. Donde mi yo sin forma y sin figura empezó a caer en ese vacío.

—*Me están bloqueando el camino de regreso* —dijo Bryce.

No podía despertar. Polk o Derringer, o Piotr, me mantenían dormido. Me alejé de ese dulce impulso, esa rendición a la oscuridad sin fin. Empujé mi alma de vuelta a Riven. Me concentré en la cama de grano, ese cielo gris, hasta que mis ojos se abrieron ante el rostro curioso de Nara.

—Entonces debes darte prisa —dijo Nara cuando le expliqué por qué había vuelto.

—¿Alguna posibilidad de que puedas ayudar con eso? —dije—. No conozco exactamente mi camino por aquí. Todo se ve igual.

—Para un forastero, supongo que sí —dijo Nara. Luego señaló—. Directo por ahí. Verás las murallas de la ciudad antes de mucho.

—Mantendré mi promesa —le dije—. Volveré por ti.

—¿Por mí? —dijo Nara—. No, Carver Reed, creo que volverás por ti mismo.

Sin saber cómo responder a eso, me fui con un asentimiento. Caminé pesadamente a través del grano hasta que la muralla apareció en la distancia, su masa gris brillando en el horizonte y gradualmente volviéndose real.

Le dije a Selena que estaba en camino, le dije que preparara a Bryce y Alec. No tenía idea de

cuánto tiempo me esperaría Piotr. Cuántos días estaba dispuesto a perder. O cuánto tiempo me quedaba antes de que Riven cayera.

Una vez que estuve en la ciudad, sin embargo, era evidente que Riven se tambaleaba al borde. Edificios como el Palacio, antes polvorientos pero enteros, estaban marcados por paredes rotas y puertas destrozadas. Espíritus y espectros desahogando su frustración, las marcas reveladoras de guías contraatacando con armas propias.

Le había preguntado a Nara, le pregunté si con todo el espacio en los campos de grano Riven podría sobrevivir. Si los espíritus podrían extenderse hacia el infinito. A lo que Nara respondió que no se trataba del número de espíritus, sino de su proximidad entre sí. La fuerza colectiva que en pequeñas cantidades puede hacer un espectro, pero en mayores cantidades podría formar brechas y eventualmente abrir esos mismos agujeros.

—Seleno dijo que estarías aquí —dijo Anna, saliendo de un callejón—. Casi no lo creo. Pensé que estarías muerto seguro.

—Debería estarlo —dije—. Pero Piotr aún no está listo para rendirse. No quiere arriesgarse a una puerta completamente abierta.

—¿Así que en su lugar te envió al este de la ciudad?

—No creo que supiera a dónde iba —dije—. ¿Dónde estás tú?

—Estoy de vuelta con esos astutos en Nueva York. Ayudándoles con el trabajo de clientes.

—Al menos escapaste —dije.

—Estoy tratando de averiguar cómo rescatarte —dijo Anna mientras caminábamos hacia el apartamento—. Solo que no es fácil. Polk y Derringer están en la habitación todo el tiempo, y los demás generalmente no están lejos. Piotr mismo se ha ido; no sé dónde.

—Podrías intentar con la policía —dije—. Afirmar que me tienen como rehén.

—Puede que lo hayas olvidado —dijo Anna—. Pero eres un criminal buscado.

—Hmm, buen punto. Aun así, podría valer la pena.

—¿Quieres que lo intente? Podrían impedir que cruces.

—Mejor que ser utilizado —dije—. Si no podemos ganar, entonces tú tienes que hacerlo. Tienes que sacarme de sus manos.

Anna asintió. —Han pasado tres días, Carver. ¿Dónde estabas?

—Perdido —dije—. Fue realmente, realmente aburrido.

Anna pareció creer la explicación. Si pensó que mentía, no me presionó al respecto. Nadie más necesitaba saber sobre Nara, por ahora.

ARMADOS Y REUNIDOS



Cuando llegamos al apartamento, todos ya estaban allí. Listos y esperando. Bryce sostenía su voulge y llevaba un abrigo nuevo que Nicholas había hecho. Selena tenía su cuchilla. Incluso Alec había regresado, negando con la cabeza cuando le pregunté si había encontrado una manera de salvar a Bryce.

—Está bajo arresto —dijo Alec—. Hay guías apostados en su casa, manteniéndolo en esa cama. Su familia está en un hotel.

—Nunca pensé que harían algo así —dijo Bryce.

—Se supone que el castigo debe ser terrible para evitar que otros guías tengan ideas.

—Mira lo bien que les ha funcionado —respondió Bryce.

—Está bien. Después de esto, Anna, ¿puedes trabajar con Alec para sacar a Bryce? —pregunté—. ¿Usar algunos de tus contactos para sacarlos de la ciudad?

—Parece que crees que soy una especie de maestra espía —dijo Anna.

—¿No lo eres?

—Podría ser capaz de idear algo —dijo Anna, negando con la cabeza.

—Tendrías mi gratitud —dijo Bryce.

—Considéralo un agradecimiento por meterme en este lío —Anna torció su rostro en una sonrisa—. Sin ti contratándome, probablemente ya me habrían atrapado. O mutilado un espíritu.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Alec—. ¿Vamos directamente a la Montaña?

Asentí. No había mucho más que hacer. Llevar la pelea a Piotr y esperar que nos fuera mejor esta vez que antes. Esperar que saber lo que venía fuera suficiente. Que pudiéramos hacerlo mejor que Graham y Katherine.

Nicholas decidió quedarse atrás esta vez. Afirmó que sería más útil pasar el viaje trabajando en otros proyectos. Cosas de las que no quería hablar hasta estar seguro de que funcionarían. No discutí. Sin el científico, sería un cuerpo menos que proteger.

Esta vez, mientras salíamos, me quedé durante toda la caminata. Los dos días caminando por las avenidas de Riven, atravesando el muro hacia el bosque y a lo largo del mismo sendero recorrido por miles de espíritus que iban al Ciclo. Alec y Anna entraban y salían según podían. Alec tomó el tren solo, volvió al campamento de Inman y a la escena del crimen. La policía había cerrado la investigación, dejando las cabañas desiertas. Camas vacías y esperando.

Mientras avanzábamos, chispas salpicaban el cielo. Guías comunicándose sobre esta o aquella brecha. Los aullidos de los espíritus, de rabia más allá de la comprensión, resonaban entre los edificios. Riven desgarrándose a sí misma en guerra.

Aun así, por primera vez en días, tenía esperanza.

LA VENGANZA SEGÚN LO PLANEADO



La Montaña se alzaba ante nosotros, su entrada resplandeciendo con el pálido reflejo azul de El Ciclo desde lo más profundo. La última vez que estuve allí, fue con mi madre y mi padre. Ahora, con mi mentor y mi amiga. Selena, el espíritu que amaba. Con nosotros, una mujer a la que entrené: Anna. Los escurridizos en Nueva York tenían muchas camas sincronizadas con varias partes de Riven. Incluyendo el bosque.

A nuestro alrededor, la interminable marcha de los muertos continuaba; espíritus rozándonos en su camino vacío hacia El Ciclo. Detrás de nosotros, los árboles fantasmales nos llamaban con sus hojas temblorosas. Miré a todos mis compañeros y les di un asentimiento.

—Dentro, déjenme manejar a Piotr —dije—. Mantengan a los otros espíritus alejados de nosotros. Si tienen que controlarlos, háganlo. Si no tienen que hacerlo, déjenlos estar. Cada alma atada le quita un poco de fuerza a los golpes de Piotr.

Saqué mi látigo con la mano derecha, y mi izquierda se posó sobre el familiar cuchillo largo. Herramientas hechas para servir a un propósito, para servir a una orden que ya no me quería. Una orden cuyo líder me quería muerto. Me pareció apropiado que estos fueran los medios para el fin de Piotr.

Marchamos hacia el interior de la Montaña, manteniéndonos en fila con Anna en la retaguardia, Selena, Bryce y Alec detrás de mí. Seguimos pasando las bifurcaciones, los túneles que llevaban a tesoros dejados atrás por guías del pasado. Pronto llegamos a ese descanso central, el lugar donde, antes, habían estado la capa y la espada de Piotr. Ahora, no había nada.

—Carver —anunció Piotr desde abajo de las escaleras, hacia El Ciclo—. Te has tomado tu tiempo. Temía que nunca aparecieras. Que tu cuerpo simplemente se consumiera en esa habitación de hotel y murieras como un cobarde.

No podía verlo, solo podía escuchar su voz haciendo eco.

—Piotr, esto es entre tú y yo —respondí—. Sal aquí y arreglemos esto como debe ser.

—¿Una pelea justa? —dijo Piotr—. Eso es delicioso, viniendo de ti. Quien intentó emboscarme con esa chica en Nueva York. No, creo que es mejor que te ganes tu audiencia.

—¡Detrás! —gritó Anna, y nos giramos. Un grupo de antiguos guías, luciendo todo tipo de armas y capas, irrumpió a través de la línea de espíritus muertos. Se deslizaron entre la multitud de espíritus, bailando entre los muertos sin pausa. Sin tropezarse con los muchos pies o ser empujados a un lado por hombros apáticos.

Tuve que recordarme que estos no eran enemigos normales, sino lo mejor que los guías tenían para ofrecer. Líderes atados a servir al siguiente en esta cadena interminable hasta que,

con el portal o con el final de mi látigo, la cadena pudiera romperse.

—Ve, Carver —dijo Selen—. Nosotros podemos contenerlos.

Bryce me empujó hacia las escaleras mientras desenvainaba su voulge.

—No dejes que esto sea en vano.

Mi mentor, siempre inspirador. Bajé corriendo los escalones mientras el choque de metales resonaba detrás de mí. Mis amigos luchando por sus vidas.

Ya era hora de que yo luchara por la mía.

Al final de las escaleras, la cueva se ensanchaba en una plataforma plana frente al gran océano azul de El Ciclo. Piotr estaba de pie cerca del borde, observando a los espíritus dar un paso hacia el olvido. Frente a mí, sin embargo, estaban dos espíritus que pensé que había perdido.

—Hola, Carver —dijo Graham, con su martillo descansando sobre su hombro.

—Ya era hora de que aparecieras —me dijo Katherine, mi madre lanzando ociosamente una de sus porras al aire—. Nos estábamos aburriendo esperándote.

—¿No es una agradable sorpresa, Carver? —dijo Piotr—. Tus padres. Aún vivos, por así decirlo. Piénsalo; podrías devolverlos a casa. Solo tiéndete y entrégate.

Hay un cierto tipo de ira que se apodera de ti. Que te deja sin aliento y enfocado. Que destruye toda consideración de cualquier otra cosa que no sea la fuente. Que convierte la realidad en un único punto blanco incandescente y no puedes pensar en nada más. No puedes hacer nada excepto arremeter contra él en un frenesí incesante. Piotr era ese punto, y yo lo borraría.

Di un paso hacia Piotr y mis padres cerraron la brecha. Graham levantó su muñeca, ese mismoartilugio listo para disparar uno de sus cables ardientes. Lancé el látigo, lo hice chasquear contra el artilugio de Graham. La espiral del látigo se enrolló alrededor del metal y tiré hacia atrás con tanta fuerza que el artilugio mismo se desprendió de la muñeca de Graham y voló hacia mí.

Hice chasquear el látigo, aún enrollado alrededor del artilugio. Apuntando a Katherine, que venía hacia mí desde mi lado derecho. Ella barrió su porra hacia arriba a través del artilugio, enganchándolo y tirando con fuerza. Intentando arrancar el látigo de mi agarre. Solo que yo no era el mismo guía que había sido. Por un lado, con el truco de Nara, me había vuelto más fuerte. Por otro, no tenía preocupaciones.

Sin vacilación.

Sin miedo.

Piotr me había llevado al borde de la razón. Al punto donde no quedaba nada excepto esta pelea, esta victoria. Así que giré mi hombro y tiré. Barrí mi brazo y arrastré a mi madre y su porra con él. La derribé sobre Graham mientras él avanzaba con el martillo. Cayeron uno sobre el otro al suelo.

No dudé. Corrí y usé el cuchillo. Primero mi madre, y luego mi padre. Dos puñaladas, dos quemaduras de fuego azul, y mis padres se habían ido. De nuevo.

—Impresionante —dijo Piotr—. Aunque supongo que no debería sorprenderme. No querían hacerte daño. Resistieron con mucha fuerza.

—¿Resistieron? —Miré a los ojos vacíos de mis padres mientras se levantaban.

—¿Alguna vez has visto a Graham abrir con esa muñeca suya? —dijo Piotr, desenvainando su gran espada y apuntándola hacia mí—. ¿Por qué Katherine intentaría atrapar tu látigo en lugar de simplemente esquivarlo, cortar por debajo y lanzar sus golpes? Tus padres te dejaron ganar.

Extendí mi mano hacia mi madre. Existía la posibilidad, ahora que habían sido separados de Piotr, de que pudiera volver a vincularlos. Quizás convertir esto en un tres contra uno. Entonces

vi la espada de Piotr moverse por el rabillo del ojo. Silbó hacia mí en un largo corte que me obligó a retroceder, alejándome de mis padres.

—Es hora de que estos dos encuentren la paz, ¿no crees? —dijo Piotr. Mis padres, ajenos al mundo, se dieron la vuelta y caminaron esos fatídicos pasos hacia El Ciclo. Solo faltaban momentos para que cayeran.

—Creo que necesitas dejar de hablar —dije, levantando el látigo. Piotr retrocedió ante mi primer golpe, quedando el látigo corto. Se alejó de mis padres y de mí, hacia el borde izquierdo.

Lo seguí, usando el látigo para mantener a Piotr y su ondulante espada grande a distancia. Cada vez que chasqueaba, lo obligaba a retroceder otro centímetro. Cada vez más cerca de ese azul omnipresente. Eché un vistazo mientras mis padres caminaban por ese corto precipicio con los otros espíritus. A punto de saltar al Ciclo.

No podría llegar a ellos. No estaba seguro de querer hacerlo. Merecían su descanso. Habían sufrido lo suficiente. Si quería honrar su memoria, lo haría enviando a Piotr junto con ellos.

DE CERCA Y CORTANTE



La sombra de mi látigo proyectó una línea ondulante a través del resplandor de El Ciclo mientras se reflejaba en las paredes de la caverna. Mi cuchillo lo acompañaba, un filo recto apuntando hacia la garganta de Piotr. Él se mantuvo fuera de alcance, al otro lado de la habitación. La multitud de espíritus errantes nos dividía mientras marchaban sin fin hacia el lago azul. La gran espada de Piotr se alzaba por encima de ellos.

—Puedo decir que esto es refrescante —dijo Piotr—. Finalmente conocer a alguien digno. Una prueba después de todos estos años.

—No soy una prueba —dije—. Esto no es un juego.

—Entonces demuéstremelo.

El hombre corpulento avanzó, abriéndose paso a codazos entre la fila de espíritus y atravesándola. Justo hacia el golpe de mi látigo.

El látigo lo golpeó en el hombro, la punta hundida en la piel de Piotr. Perforando un agujero en su abrigo. Pero Piotr era demasiado ancho para que el látigo lo envolviera. Se sacudió el ataque, continuando su avance. Piotr bajó el hombro e inclinó el cuerpo hacia adelante, trayendo la gran espada en un golpe tajante que me habría partido en dos. Si me hubiera quedado quieto.

Me aparté de un salto, poniendo distancia entre nosotros. La gran espada falló mi cara por un pie, la hoja negra y plateada destellando luz reflejada al pasar. Espacio suficiente para que mi látigo golpeará de nuevo. Atrapé el brazo derecho de Piotr cuando su balanceo lo llevó al camino del látigo. El cordón se enroscó alrededor del antebrazo de Piotr y se aferró con fuerza. Apreté mi agarre, mantuve el látigo bien abierto para evitar que Piotr volviera a poner la espada en posición.

Por su parte, el líder de los guías miró fijamente mi látigo alrededor de su muñeca, como si no pudiera creer que realmente lo habían atrapado.

—El problema con los advenedizos como tú —dijo Piotr— es que no entienden su historia.

—¿Historia? —Me abalancé hacia adelante con el cuchillo. Una fuerte puñalada y tal vez podría forzar a Piotr sobre el borde. Hacia El Ciclo, de donde no hay retorno.

—Cada líder que vino antes me ha entrenado —dijo Piotr mientras yo iba a apuñalar—. Cada táctica descubierta a lo largo de los años, de los siglos, la he aprendido.

Cuando mi cuchillo se acercaba a su pecho, Piotr soltó la espada y balanceó su mano, la que estaba atada con el látigo, hacia mi ataque. Mi propio cuchillo cortó el cordón y lo seccionó mientras la gran espada golpeaba el suelo. Mantuve mi puñalada en movimiento, empujé hacia adelante mientras la hoja perforaba el abrigo de Piotr, cortando su pecho.

Sentí sus grandes manos en mi brazo, empujando el cuchillo hacia atrás y lejos. Su rodilla se disparó contra mi estómago, y Piotr me arrojó al suelo. La fuerza del hombre era increíble. No tenía forma de contrarrestar eso. Me sentía ligero y suelto en su agarre, como un hilo en el viento.

Piotr agarró su espada mientras yo me ponía de pie. Había perdido un látigo, y mi cuchillo se veía terriblemente pequeño junto a esa gran espada. Tendría que cambiar de táctica.

—Pero con todos los beneficios vienen los costos —dijo Piotr volviéndose hacia mí. Levantando su arma—. Lo sé todo, Carver. Todos los secretos de Riven.

—¿Eso crees?

—Sé que este lugar está condenado —dijo Piotr—. La única esperanza que tenemos está en encontrar una salida.

Piotr lanzó un tajo con la espada hacia mí, pero fue perezoso. Me obligó a retroceder, pero no lo suficientemente rápido como para intentar matar. Mis manos sintieron la pared trasera de la habitación, la roca lisa tallada por cualquier ingeniero antiguo que construyó esta cueva.

—No estás muerto —dije—. No necesitas quedarte aquí.

—Todos llegamos a Riven eventualmente —dijo Piotr siguiendo mi retirada—. Estoy eligiendo planear con anticipación.

Cuando Piotr dio un paso hacia otro balanceo, me lancé a correr. Esta vez hacia la línea de espíritus. Ellos proporcionaban algo de cobertura, me daban la oportunidad de pensar. Me abrí paso entre un par de enfermeras, ambas llevando las cicatrices de la enfermedad. Detrás de mí, escuché la espada de Piotr morder a los mismos espíritus. Cortándolos y retorciéndolos. Despejando un camino asesinando a los muertos.

—Deja de correr, Carver —dijo Piotr—. Tengo otras cosas que me gustaría hacer.

—Lo siento —dije, y cuando Piotr atravesó la línea de espíritus, saqué y disparé la pistola de Inman. Todavía la tenía, todavía tenía balas incluso después de todo este tiempo. Piotr no lo vio venir, solo logró abrir los ojos por la sorpresa cuando la bala mordió su pecho.

Seguí el ataque, lanzando el cuchillo delante de mí y, cuando Piotr se movió para bloquearlo, agarrando sus manos y luchando por su espada. Piotr podría ser más fuerte que yo, pero esperaba que, con la sorpresa de mi lado, pudiera arrebatarle el arma.

Recurrí a trucos sucios. Le di un rodillazo en el estómago a Piotr, le clavé el talón en el pie y hundí mis uñas en sus manos mientras luchábamos por la espada. No fue suficiente. Por primera vez, escuché a Piotr gruñir, un retumbar áspero y doloroso, y usó sus hombros para alejarme.

—Inesperado —dijo Piotr—. Debería haber imaginado que usarías esa arma de cobardes. Te queda bien.

Piotr se inclinó hacia otro balanceo, e hice lo único que se me ocurrió. Agarré a un espíritu que pasaba por mi izquierda y lo arrojé en el camino de la hoja. El ataque de Piotr mordió al espíritu, pero el fantasma detuvo el impulso de la espada. Me dio una apertura. Corrí y puse mi pie derecho detrás del tobillo derecho de Piotr, presioné contra los hombros del hombre mientras trataba de liberar la espada del espíritu. Envié a Piotr tropezando al suelo.

Las manos de Piotr se soltaron de la espada cuando lo hice tropezar, y me volví para agarrar su arma. La saqué el resto del camino del espíritu, que miraba la herida sin comprensión. Que se dio la vuelta y continuó su caminata. Que saltó al Ciclo sin saber que su miserable existencia puntuaba el fin de un tirano.

Me paré sobre Piotr con su gran espada sostenida en mis manos.

—Dime una vez más —dije— sobre todo ese conocimiento.

ÚLTIMA MIRADA



En ese momento, vi cómo la ira, la furia y el miedo se desvanecían del rostro de Piotr. El hombre al que una vez consideré un sabio, un líder en tiempos oscuros, ahora simplemente parecía un anciano.

—Has ganado —dijo Piotr—. Lo admito; estoy acabado. La victoria es tuya y, con ella, la oportunidad de ver la ruina de este mundo.

—Lo estoy deseando —dije, alzando la espada.

—Hay algo que deberías ver —dijo Piotr—. Normalmente, cuando cae un líder guía, la transición es más ordenada. El espíritu tiene tiempo de transmitir la información. De decirle a su reemplazo lo que necesita saber.

—Ya tengo eso, gracias —dije, pensando en Nara, pero vacilé. Piotr podría estar diciendo la verdad. Quién sabe qué tipo de secretos tenía, o qué herramientas conocía que podrían ayudar después de que lo enviara a El Ciclo.

—No todo. Déjame ponerme de pie. Mantén la espada. Presiónala contra mi espalda si quieres.

—¿Adónde?

—No está lejos. Por muy malvado que creas que soy, Carver, realmente no deseo ver todo reducido a cenizas. Quería salvar Riven.

Una parte de mí quería darle el golpe mortal allí mismo. Quemar a Piotr con fuego retorcido y enviarlo a El Ciclo. Pero ¿y si estuviera desechando lo único que podría ayudarnos a restaurar Riven? ¿A repeler los espíritus y mantenernos a salvo? ¿No tenía yo una responsabilidad?

—Adelante, entonces —dije—. Si veo algo, si veo que esas manos se mueven, atacaré antes de que llegues a ninguna parte.

—No esperaré menos —respondió Piotr, y entonces lo dejé ponerse de pie. Le permití guiarme fuera de la cámara y de vuelta por las escaleras hacia el rellano. Excepto que, a mitad de camino, giró a la derecha y entró por un pequeño pasaje. Uno que había pasado por alto, asumiendo que, como todos los demás, conducía a la cama perdida de un viejo guía.

En cambio, el camino ascendía constantemente, enroscándose sobre sí mismo. Estrechos escalones tallados en la roca nos llevaron por un pasaje oscuro mientras el resplandor azul de El Ciclo se atenuaba. Pronto, una familiar luz gris lo reemplazó. El exterior.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Los guías solían vivir en la Montaña —dijo Piotr—. Cientos de años antes de que yo naciera, los guías operaban desde estas cuevas. Solo cuando los espíritus comenzaron a cruzar

hacia la ciudad, trasladamos nuestra operación. Con el tiempo, hubo cada vez menos necesidad de venir aquí. Menos necesidad de saber adónde iban los espíritus después de que les quitáramos su ira.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Para que entiendas —dijo Piotr—. Vamos a donde los guías vigilaban. A donde podían ver a los espíritus amasándose, podían ver a los espectros hacer su trabajo. Podían planear sus incursiones nocturnas.

Unos momentos después vi que Piotr no mentía. El pasadizo se abría a una pendiente rocosa, muy por encima de la puerta por la que habíamos entrado. El bosque oscuro se extendía debajo de nosotros y a lo lejos podía distinguir la ciudad de Riven; su muralla era una línea oscura en el horizonte. Debajo de nosotros, la abarrotada procesión de espíritus marchaba hacia la Montaña desde kilómetros de distancia.

—Desde aquí, un vigilante podía ver una señal desde cualquier lugar. Incluso desde las murallas de la ciudad, un guía podía lanzar una chispa cuando estaban en problemas y esperar que llegara ayuda.

—¿Por qué hemos venido aquí? —dije—. Esto no nos ayudará.

Al subir los escalones, al hacer mi camino por el estrecho pasaje, no había podido mantener la gran espada lista. No la había sostenido contra la garganta de Piotr desde que pisamos las pendientes. La había mantenido agarrada en mis manos, pero no en posición de atacar. Así que no hice nada cuando Piotr sacó un chispero de su cinturón y lo levantó en el aire.

—No —dijo Piotr—. Pero me ayudará a mí.

Piotr presionó el botón en la parte inferior del chispero y motas doradas brillantes se lanzaron alto en el aire, destellando contra el cielo ceniciento.

—¿Qué fue eso? —dije, apoyando la espada de Piotr contra su garganta.

—La última señal que necesito enviar —dijo Piotr.

—¿A quién?

Piotr solo se rió.

Me desvanecí. Esa es la única forma en que puedo pensar para describirlo. Yo, el yo físico, permanecí inmóvil en esa pendiente con la gran espada de Piotr sostenida contra su garganta. Mi espíritu, mi alma, se estremeció. Cayó como si hubiera caído por un pozo sin fin.

Partes de mí se desprendieron mientras me precipitaba. Primero, con un desgarró como rasparme la rodilla contra el concreto, se fueron los lazos que había formado con Selen y Nicholas. Arrancados y desaparecidos.

Luego huyó la sensación de hormigueo, la advertencia que mi espíritu me había estado dando durante días de que necesitaba cruzar de vuelta. Eso no se desgarró. Desapareció, como si el sentimiento nunca hubiera estado allí.

Seguí cayendo, seguí precipitándome a través del olvido mientras cada parte de mí se dividía y volvía a unirse, se doblaba y giraba y retorció. Como si estuviera gravemente enfermo y, al mismo tiempo, estrellándome contra la tierra.

Parpadeé.

Piotr me miraba a lo largo de su hoja. Sus ojos eran inquisitivos, curiosos.

—¿Cómo se siente? —preguntó Piotr.

Me miré. Todo parecía estar allí. Podía sentir mis dedos agarrando la empuñadura de la espada, podía sentir la brisa helada de Riven en mi cuerpo. Podía sentir mis pulmones intentando respirar el no-aire de Riven. Y sin embargo...

—¿Qué has hecho?

—Carver —respondió Piotr—. Estás muerto.

NUEVA VIDA



No tenía una manera racional de lidiar con esas palabras. No estaba preparado para esto. Ninguno de los escenarios que había planeado contemplaba esta posibilidad. Durante el viaje hasta aquí, Bryce y yo habíamos pasado parte del tiempo hablando sobre cómo podrían aparecer mis padres.

Esperaba que Piotr intentara persuadirme de abandonar mi vida. Una oportunidad más para tomar el camino fácil.

Había planeado enfrentarme a una pelea que podría perder, y había guardado la pistola de Inman como sorpresa.

Bryce y yo habíamos practicado el forcejeo, con él sosteniendo su voulge como si fuera una espada para que yo supiera cómo arrebatársela a Piotr.

Si iba a morir, todos asumimos que sería a manos de Piotr. En cambio, había sido el arma de Derringer, o un cuchillo en una habitación de hotel en Nueva York. Mi cuerpo no había luchado por sobrevivir. Me habían asesinado.

—Te rendiste —dije. Busqué dentro de mí esa conexión, ese vínculo con mi yo físico, pero no había nada—. Nunca abrirás tu puerta.

—¿Acaso importa? —dijo Piotr, señalando con la cabeza la extensión de Riven frente a nosotros—. Míralo. ¿Todos esos puntos, esos estanques de luz?

Seguí su mirada. Salpicados como estrellas en el cielo nocturno había círculos brillantes; los más cercanos en el bosque se revelaban a medida que Piotr los señalaba. Estanques.

—Son brechas —continuó Piotr—. Cada una de ellas. Aparecen más cada hora. Riven está invadido. O escaparé cuando uno de esos espíritus furiosos abra un agujero, o estaré demasiado muerto para que me importe.

—Será lo segundo —dije. Retiré la hoja y, con un solo golpe limpio, puse fin al reinado de Piotr como líder de los guías.

Su cuerpo se desplomó en el suelo y luego se elevó. Ahora era un espíritu puro. Uno que podría vivir de nuevo. Excepto que yo estaba esperando. Giré la empuñadura de la gran espada y extinguí el destello del alma en los ojos de Piotr.

Me dejó allí en la ladera y volvió caminando al túnel en el camino hacia El Ciclo.

No sé cuánto tiempo estuve allí de pie, observando las brechas brillar en el extenso paisaje debajo de mí. No había guías operando en el bosque. Los espíritus que cruzaban desde esas brechas seguirían saliendo, encontrándose entre sí y alimentándose de su ira para convertirse en necrófagos o manadas de monstruos errantes y mutiladores.

Piotr se había ido. El Maestro, como lo habíamos llamado durante esos meses tratando de averiguar quién era, había llegado a su fin. Riven, sin embargo, parecía tan mal como antes.

—¿Carver? —La voz de Selena surgió de la Montaña, subiendo por el pasadizo.

—Aquí arriba —respondí, y poco después Selena se unió a mí en la ladera de la montaña—. ¿Están todos bien?

Selena contempló la vista y luego se sentó en el suelo junto a mí. Dedicó una larga mirada a la gran espada de Piotr.

—Seguimos aquí, si eso cuenta. Alec sufrió algunos rasguños, así que él y Anna están regresando.

—Bien —dije—. Necesitarán su energía. ¿Y Bryce?

—Nos está esperando cerca del Ciclo. Vigilando para asegurarse de que todos los espíritus que Piotr ató entren.

—Siempre pensando en la misión.

—Vi a Piotr caer por el borde —dijo Selena—. Eso significa que se acabó, ¿verdad?

—Una parte —dije—. Dime, ¿puedes sentirlo?

—¿Sentir qué?

—El vínculo. Tú y yo.

Observé sus ojos mientras se cerraban brevemente, mientras Selena buscaba el lazo que nos había mantenido unidos durante más de un año. La vi abrirlos, tomar su mano y colocarla sobre la mía.

—Puedo enseñarte —dijo Selena—. Cómo resistir el Ciclo. Se volverá más fácil.

—¿Y esto? —Agité mi mano hacia la vista—. No sé cómo lidiar con eso. No hay forma de que podamos enfrentarnos a todas esas brechas.

—Tal vez no —dijo Selena—. Pero nos hemos enfrentado a monstruos terribles antes y hemos salido con vida. Por así decirlo, de todos modos.

Nos quedamos allí en la ladera un rato más, contando las brechas y midiendo nuestro afecto en el silencio. Durante toda nuestra relación, Selena había dependido de mi vínculo para mantenerla alejada del Ciclo. Ahora, por primera vez, necesitaría su ayuda, su apoyo, para resistirlo. Para guiarme.

MANTÉN EL HILO



Los susurros comenzaron en lo que Bryce dijo que era el segundo día. Estábamos en el bosque, los tres caminando junto a espíritus que marchaban en la dirección contraria, cuando los escuché. Suaves e indistintos, como los restos de un sueño al despertar. Menos palabras reales que impulsos. Un tirón para dar la vuelta, para regresar a El Ciclo.

—Ríe —dijo Selenia cuando notó que me había detenido, cuando ella y Bryce se adelantaron unos pasos—. Piensa en algo gracioso.

—Eso es difícil de hacer por encargo —dije. Pero lo hice. Busqué y reproduje un recuerdo de una de las muchas veces que Nicholas se había hecho explotar en su laboratorio, todo en aras de la investigación. Un horno arruinado y un científico con el pelo en llamas, su bata chamuscada y con parches faltantes.

Los susurros se detuvieron con mi sonrisa. Se desvanecieron, aunque aún podía sentirlos. Como la sed más mínima, persistiendo al borde de mis sentidos.

—Funcionó —dije, y Selenia asintió. Bryce, noté, mantuvo sus ojos en mí un poco más. Una de sus manos había ido detrás de su espalda, lista para sacar su volve.

Yo era un espíritu, libre y capaz de volverme en cualquier momento. Habría hecho lo mismo en el lugar de Bryce.

Selenia continuó dando consejos mientras regresábamos a la ciudad. Trucos como reír o concentrarse en un recuerdo preciado. O en un ser querido. Cualquier cosa que te acercara a tu propia humanidad. Eso era lo que mantenía a El Ciclo a raya.

—Nunca se va del todo, ¿verdad? —le pregunté mientras pasábamos por la puerta occidental de la ciudad.

—Te acostumbras —dijo Selenia—. Después de un tiempo es como cualquier otra cosa. Algo con lo que lidias.

Como si lidiar con la muerte no fuera suficiente.

Alec nos recibió en el apartamento con una explosión de buenas noticias. Había estado comunicándose con otros líderes de guías y, después de considerar la situación, habían decidido devolverle la vida a Bryce.

—Y más que eso —dijo Alec—. Como eres el guía de mayor rango, Bryce, vamos a votar para hacerte el nuevo líder.

—No lo quiero —dijo Bryce—. Estoy retirado.

—No creo que tengas opción —respondió Alec—. Viste todas esas brechas. Si vamos a tener una oportunidad, necesitamos a alguien que pueda unir a los guías. No voy a ser yo.

Bryce miró ceñudo en dirección a Alec.

—Bryce —dije—. Acéptalo. Serías el mejor líder que los guías hayan visto jamás. Conoces Riven de adentro hacia afuera, ya tienes conexiones en el otro lado, y conmigo aquí, tienes a tu emisario espiritual resuelto.

—¿Emisario espiritual? —preguntó Bryce.

—Supuse que querías crear un nuevo puesto —respondí—. Alguien que te ayude a conectar con los espíritus que no están enojados, que no quieren cruzar todavía.

—Todos ustedes están asumiendo que Riven va a seguir existiendo por mucho más tiempo —dijo Bryce—. Están tratando de hacerme el capitán de un barco que se hunde.

—Porque eres el único que puede salvarla.

Bryce refunfuñó un poco más, pero ya no le quedaban fuerzas para pelear. Para cuando se fue a cruzar de vuelta con Alec, los dos ya estaban hablando de asignaciones y ajustes, qué regiones necesitaban más apoyo y cómo podían impulsar el reclutamiento.

Los observé dirigirse hacia la torre del reloj, un dúo del que yo una vez había formado un trío, y me sentí perdido.

—Veo que conseguiste una nueva arma —dijo Nicholas, arrodillándose detrás de mí para inspeccionar la gran espada de Piotr. La había traído de vuelta de la Montaña, ya que con el látigo cortado necesitaba algún tipo de defensa.

—Es un trofeo —respondí.

—Bastante mortal para ser un trofeo —dijo Nicholas—. Los grabados en esto son exquisitos. Diría que tiene al menos cien años o más. Posiblemente antigua. Algunas partes, al menos.

—¿Algunas partes?

—Sí. Parece que tu espada es un compuesto. Puedo distinguir al menos tres tipos diferentes de hierro y acero. Puntos en los que han sido unidos. Si esto estuviera en el otro lado, tal técnica haría que un arma como esta fuera propensa a romperse —Nicholas se subió las gafas por encima de los ojos—. ¿En Riven? Tal vez funcione de manera diferente.

Levanté la espada y la miré, las rayas negras y plateadas que corrían por la hoja. Las runas que no podía leer aparecían cada par de pulgadas en el metal. La empuñadura, un diseño ondulado de oro y verde que se fundía en una guarda bronceada. Piotr nunca explicó dónde la había encontrado. Con él desaparecido, el origen de la espada seguiría siendo una historia desconocida.

Tal vez la usaría para contar una nueva.

INVADIDO



Y dices que tenemos que volver? —preguntó Selen—. ¿Alejarnos de las brechas que podríamos estar cerrando?

—Hice una promesa —dije mientras empacábamos nuestras armas. La ballesta colgaba sobre mi espalda, la gran espada debajo de ella. Mi cuchillo y látigo, recién reparados por Nicholas, colgaban de mi cintura. Comida y bebida no eran necesarias. Nunca lo serían.

—¿A quién, de nuevo?

—A un viejo espíritu. Se hace llamar Nara, aunque no estoy seguro de que ese sea su verdadero nombre —dije—. Dice que puede ayudar.

—Pensé que habías dicho que los espíritus no podían permanecer en Riven a menos que estuvieran atados.

—Eso dije —respondí—. O estoy equivocado, o alguien la está controlando. Espero que sea lo primero.

Nara no había dicho qué quería que hiciera, por qué quería que volviera, pero si había logrado sobrevivir sin ataduras en Riven durante cientos de años, entonces quería conocer su secreto. Quería saber cómo quedarme.

Anna y Alec llegarían pronto para ayudarnos a llegar a las puertas orientales de la ciudad. Salí al balcón, el lugar favorito de Selen para observar, y vi las chispas explotar sobre los edificios destruidos de Riven. Los gritos resonaban por los callejones mientras las cenizas arremolinaban el cielo. Una ciudad de muertos llena de vida.

Este era mi hogar ahora, y lucharía por él.

Toda su vida, Carver quiso salvar a Riven, el mundo de los muertos.

Continúa la aventura de fantasía en El Fin del Espíritu, La Trilogía Riven Libro tres.



SOBRE EL AUTOR

A.R. Knight escribe ciencia ficción y fantasía en el gélido norte de Wisconsin. Acompañado por un par de gatos, disfruta sumergiéndose en aventuras que tratan tanto del villano como del héroe.

Después de obtener un título en periodismo y recorrer el país instalando software de atención médica, A.R. Knight pensó que sería bueno volver a lo que amaba. Así que ahora tiene una pequeña oficina y las primeras horas de la mañana para tejer cualquier historia que surja de su imaginación.

Cuando no está escribiendo, A.R. Knight tiende a viajar a cualquier lugar que pueda, ya sea a islas frente a la costa de Ecuador, a la selva tropical, a practicar snowboard en las Montañas Rocosas o a degustar whisky en Edimburgo. Esa es la ventaja de la vida de escritor, puedes llevarla a cualquier parte.

Para contactarlo o ver qué está haciendo, visita www.blackkeybooks.com

AGRADECIMIENTOS

Existe la idea de que escribir es un acto solitario, pero nada podría estar más lejos de la verdad. Todos los escritores dependen de amigos, familia y, sí, de los lectores para seguir tejiendo sus historias.

En particular, me gustaría agradecer a mi esposa, Nicole, cuyo amor y aliento infinitos hacen que cada día sea más brillante. A mis hermanos, Jonathan, Justin y Matthew, y a mis padres, Bob y Mary, quienes ayudan a mantener una sonrisa en mi rostro.

Y, por supuesto, a todos ustedes, lectores, que hacen posible esta vida.

Gracias.

SIN TÍTULO

Para Justin

Derechos de autor © 2017 por Adam Knight

Todos los derechos reservados.

ISBNs:

Libro electrónico: 979-8-88858-124-7

Edición de bolsillo: 979-8-88858-133-9

Publicado por Black Key Books

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud entre los personajes y situaciones dentro de sus páginas y lugares o personas, vivas o muertas, es involuntaria y coincidental.

www.blackkeybooks.com

✿ Creado con Vellum